



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE  
MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**COLEGIO DE HISTORIA**



***FELIPE ÁNGELES, FORMACIÓN Y PARTICIPACIÓN EN LA  
PRIMERA ETAPA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA, EL  
MADERISMO***

**TESIS**

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO EN HISTORIA**

**PRESENTA:**

**ABENTOFAIL PÉREZ ORONA**

**DIRECTOR DE LA TESIS:  
DR. FELIPE ARTURO ÁVILA ESPINOSA**

**CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO, D.F., AGOSTO 2015**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Agradecimientos**

El trabajo que ahora concluyo no puede ser concebido de ninguna manera como una obra individual. Solos no podemos hacer nada, es producto de un esfuerzo colectivo que, como tal, debe ser reconocido.

Agradezco a mis padres Abel Pérez Zamorano y Guadalupe Orona Urías quienes me mostraron el camino más noble y humano por el que vale la pena vivir la vida. No sólo me mostraron el sendero a seguir, hicieron la parte más difícil, impulsarme con su ejemplo y sus consejos a nunca claudicar, a mantenerme firme sin importar las dificultades, enseñándome primero a contar las piedras para que algún día, juntos, contemos las estrellas.

A usted Maestro que ha sabido en una vida unificar los anhelos y las esperanzas de una época entera, gracias a que ha hecho de la inteligencia no una posesión, sino una herramienta de transformación.

A mi hermana Fuensanta quien siempre me ha hecho manifiesto su apoyo incondicional.

A mi asesor el Dr. Felipe Arturo Ávila quien se encargó de dirigir y orientar este trabajo, tanto por sus consejos como por los conocimientos ofrendados, así como a los profesores que tuvieron la amabilidad de leerlo y corregirlo.

A mis compañeros con los que he crecido y con los que me he forjado, así como a todos aquellos que sin saberlo están presentes en este logro, mismo que sólo gracias a su esfuerzo y dedicación ha sido posible. Aunque quisiera corresponderles con un trabajo a la altura de su sacrificio, sólo puedo garantizarles que el conocimiento obtenido aunque sea aún limitado, será acrecentado y utilizado enteramente a favor de la causa que ha unido nuestras vidas.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
I. PRINCIPALES ESTUDIOS EN TORNO AL GENERAL FELIPE ÁNGELES.....	9
II. FELIPE ÁNGELES, ORÍGENES Y ETAPA FORMATIVA.....	13
1) Orígenes.....	13
2) Formación en el Colegio Militar.....	17
2.1) Sus primeros pasos como estudiante.....	17
2.2) Docencia y vida castrense.....	20
III. TRIUNFO DEL MADERISMO. PRIMER ACERCAMIENTO DE ÁNGELES A LA REVOLUCIÓN.....	34
1) Antecedentes.....	34
2) Triunfo de la revolución maderista.....	46
2.1) Incorporación de Ángeles al gobierno maderista.....	46
2.2) Amistad con Madero.....	49
IV. FELIPE ÁNGELES Y EL ZAPATISMO.....	53
1) Situación del campesinado morelense al triunfo de la Revolución y los orígenes del zapatismo.....	53
2) El gobierno interino de Francisco León de la Barra.....	57
3) Fricciones e inestabilidad del gobierno maderista en Morelos.....	64
4) Felipe Ángeles, campaña en Morelos.....	73
V. LA DECENA TRÁGICA.....	88
1) Una conspiración de carácter castrense.....	88
2) El primer cuartelazo.....	97
3) Felipe Ángeles llega a auxiliar desde Cuernavaca.....	103
4) La traición más dolorosa. El Ejército abandona a Madero.....	121
EPÍLOGO.....	136
CONCLUSIÓN.....	142
BIBLIOGRAFÍA.....	148

## INTRODUCCIÓN

La Revolución Mexicana es uno de los procesos históricos más complejos de la historia nacional y que hasta nuestros días sigue produciendo una gran cantidad de trabajos. La complejidad de su estudio radica en los vaivenes que sufrió el proceso revolucionario y que lo llevaron a atravesar varias etapas cada una de las cuales tanto en sus fines como en sus medios se vieron duramente tergiversadas.

Los protagonistas de la Revolución han sido, así como el proceso en su totalidad, producto de un sinfín de biografías que, desde diferentes puntos de vista, buscan dilucidar la importancia de la figura en cuestión en todo el proceso revolucionario. Existen en la actualidad una gran cantidad de estudios sobre las principales figuras del proceso revolucionario, como Francisco I. Madero, Victoriano Huerta, Venustiano Carranza, Francisco Villa, Emiliano Zapata, Álvaro Obregón, etc...; todos estos, protagonistas del proceso revolucionario y cuya participación es incuestionable.

Pero estudiar y comprender la historia partiendo de la premisa de que son los “grandes” hombres los que se encargan de decidir su curso es, a mi juicio, erróneo. Considerar que sin la participación de alguno de ellos en el proceso revolucionario, su curso hubiese sido fundamentalmente distinto, es atribuirle al azar mayor mérito del que le corresponde. La Revolución Mexicana, así como cualquier proceso histórico que se busque comprender debe ser estudiado partiendo de la idea de que es producto de todo un desarrollo histórico que le antecede y que fue creando las condiciones propicias para que el levantamiento popular fuese posible.

Es, desde esta perspectiva que pretendo tomar las herramientas para estudiar la participación de uno de los caudillos de la Revolución Mexicana que, si bien es cierto, no fue, en ninguna de las etapas comprendidas en el proceso

revolucionario el protagonista principal, quedándose a la sombra de figuras como Francisco I. Madero, Venustiano Carranza y Francisco Villa, su participación fue crucial, dado el nivel político y estratégico que ocupó en cada una de las facciones revolucionarias a las que perteneció.

La difícil tarea que representa el elaborar un estudio sobre la figura de Felipe Ángeles, tanto por la limitada cantidad de fuentes que existen sobre él como por la cantidad de interpretaciones que sobre su figura se han vertido, lo deja muy claramente expuesto Guilpain en la introducción a su obra *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana*

“Dos elementos permiten entender en alguna medida por qué el proceso de reconstrucción e interpretación de la personalidad del general Felipe Ángeles se revela particularmente difícil. Por una parte, tanto su pensamiento político como algunos importantes periodos de su vida no han sido explicados en las obras biográficas que le han sido dedicadas...Por otro lado, esa dificultad surge también de la abundancia de las interpretaciones contradictorias y de las polémicas frecuentemente apasionadas, incluso violentas, que su conducta y sus posiciones han suscitado, sobre todo durante las cuatro décadas que siguieron a la Revolución. Según Mauricio Magdaleno, “su humana figura ha sido presa de vituperios y panegíricos en un grado que ni siquiera las de Carranza y Villa alcanzaron jamás. (...) Sobre la memoria de Ángeles se han encendido las más deslumbrantes lámparas del homenaje popular y se han vertido las más apabullantes cataratas de lodo”<sup>1</sup>

Sería demasiado pretencioso intentar en un solo trabajo abordar la participación de Felipe Ángeles en todo el proceso revolucionario. El objetivo de este estudio es reconstruir la vida de Ángeles en su etapa formativa, así como su

---

<sup>1</sup> Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 2013, p. 43.

primer acercamiento a la revolución, asumiendo lo determinante que fue éste en su participación en todo el proceso histórico al que hacemos alusión.

Es indudable que la participación de Felipe Ángeles en la revolución mexicana tiene un fundamento cualitativamente distinto al de otros caudillos. Ángeles, a diferencia de Villa y Zapata, no pertenecía a los sectores más humildes de la población y no sintió en carne propia las injusticias que durante el porfirismo padeció dicha clase. Tampoco pertenecía a la burguesía mexicana, que había sido ignorada por Porfirio Díaz por las desavenencias políticas que con su sistema de gobierno existían, como fue el caso de Francisco I. Madero y Venustiano Carranza.

La formación de Felipe Ángeles estuvo, desde sus primeros años, directamente influenciada por la formación militar del padre, quien había combatido en la guerra contra Estados Unidos y durante la invasión francesa. La vocación de Ángeles por seguir el camino de las armas fue creada y moldeada desde su niñez; su entrada al Colegio Militar fue únicamente la realización de un ideal que venía forjándose años atrás. La disciplina que en el Colegio Militar le fue inculcada caló profundamente en la personalidad del joven Ángeles; su determinación y fidelidad absoluta a dicha institución le permitieron convertirse en poco tiempo en uno de los hombres más destacados dentro del Colegio, dejando a su vez una huella indeleble en su carácter. “Formó su disciplina en el Colegio Militar. A ella debe su carácter, con esa peculiar adhesión de pertenencia y lealtad total que los militares tienen hacia su ejército, los jesuitas hacia su orden y los bolcheviques hacia su partido, miembros todos de comunidades combatientes de estricta obediencia, a las cuales se deben y fuera de las cuales no conciben su existencia como individuos.”<sup>2</sup>

La preparación académica recibida por Ángeles en el Colegio Militar y complementada por sus estudios en el extranjero, hicieron de él uno de los militares más destacados académicamente. El advenimiento intempestivo de la

---

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 9.

revolución maderista provocó una transformación radical en la personalidad de Ángeles quien a pesar de solicitar su reincorporación al ejército en esos momentos de inestabilidad social, fue excluido de éste y se vio así imposibilitado de servir a la institución a la que se debía enteramente. Esta exclusión permitió que al triunfar Madero, Ángeles se incorporara al ejército con un historial limpio que en principio lo predispuso positivamente hacia Madero, quien lo nombraría director del Colegio Militar, cumpliendo con esto uno de los anhelos más ansiados por Ángeles.

Su participación en el gobierno maderista como director del Colegio Militar y, más adelante, como encargado de la campaña en Morelos transformarían radicalmente su percepción política y social. El golpe de Estado orquestado por Huerta al gobierno maderista significaría el fin de la primera etapa del proceso revolucionario y determinaría a su vez el rumbo que el general Ángeles seguiría en los años venideros. Esta primera etapa trastornaría sin lugar a dudas las convicciones de Ángeles y sería el principio de un proceso ideológico evolutivo que maduraría hasta ya entrada la lucha de facciones.

Esta investigación se centrará en el desarrollo político, social y militar de Felipe Ángeles hasta la caída del maderismo con lo que es posible considerar, se cierra una primera etapa que sin lugar a dudas definiría profundamente la participación de éste a lo largo de todo el proceso revolucionario hasta su muerte en 1919.

El primer capítulo comprende la etapa formativa de Felipe Ángeles, desde las condiciones en las que pasa su infancia, mismas que se dieron en un contexto en el que el país se encontraba aún sumido en un periodo de re estabilización social y en el que sin lugar a dudas, la figura paterna que entonces desempeñaba el papel de Jefe Político de distintos distritos del estado de Hidalgo influyó decisivamente en la orientación que Ángeles daría a su vida. Felipe Ángeles Meno había tomado las armas para defender al país en la guerra contra los Estados



Unidos en 1847 y posteriormente durante el período que comprende la intervención francesa: 1862-1867, llegando a obtener el grado de coronel.

Ángeles entraría al Colegio Militar en el año de 1883, a los 14 años de edad. Pasaría siete años en el Colegio, que correspondían a la formación teórica, y un año más de formación práctica. Su evolución académica dentro de la institución fue sumamente destacada y reconocida. Posteriormente se convertiría en catedrático dentro del Colegio y sería comisionado para desempeñar algunas funciones de carácter militar en el extranjero. El espíritu crítico que le caracterizó y que se reflejó en varios de los artículos publicados en la *Revista del Ejército y Marina* le ganó evidentemente varias enemistades que le significarían obstáculos en su desarrollo profesional. Su paso por el Colegio Militar culminaría con su envío a Francia como estudiante e investigador, país en el que culminaría su formación militar convirtiéndose así en uno de los más destacados artilleros mexicanos.

En el segundo capítulo observamos a un Felipe Ángeles cualitativamente distinto. Su paso por Francia y el acercamiento a una teoría militar más desarrollada y a una concepción social distinta se observarían en algunos de los escritos que aparecerían años más tarde. Su incorporación al maderismo lo acercaría evidentemente más a las causas populares, lo que se observa en su campaña en Morelos, que transformó radicalmente las formas en las que se había buscado reprimir el levantamiento rebelde en dicho estado. La concepción que tenía Ángeles del respeto y el apego a las instituciones lo acercaría a Madero, convirtiéndose así en uno de los hombres de confianza del presidente. Sus reformas, aunque apenas incipientes por el poco tiempo que estuvo al frente del Colegio Militar, mostraron a un Ángeles reformado que distaba mucho de poder compararse con la entonces alta jerarquía militar.

La labor de pacificación y el distanciamiento con algunos de los hombres más laureados del ejército por sus campañas militares durante el porfirismo, como Huerta, Robles y López Casso, se abordan en el tercer capítulo. La campaña en

Morelos reflejó la concepción que Ángeles tenía de la sociedad y del mismo ejército, al que ahora criticaba más aún por sus estrategias de exterminio y genocidio. En este capítulo se realiza una breve descripción de la situación que prevalecía antes de la llegada de Ángeles a Morelos, buscando con esto demostrar, en la medida de lo posible, la radical diferencia que existía entre la vieja guardia del porfirismo y la política humanista y pacificadora que ahora buscaba Ángeles inculcar a esta institución.

El último capítulo se centra fundamentalmente en los acontecimientos acaecidos en la ciudad de México los primeros meses de 1913. El golpe de Estado fraguado por Félix Díaz y Bernardo Reyes no fue más que el síntoma de un proceso que iba ya en seria descomposición. La política de Madero en su intento de reorganizar al país había fracasado; el grupo que antes apoyó su levantamiento le había vuelto la espalda al no encontrar solución a sus demandas y, por otro lado, la estructura porfirista desde la que intentó Madero realizar su proyecto de reconstrucción veía en él un obstáculo en su anhelo de regresar a los años maravillosos del porfirismo.

La Decena Trágica fue históricamente la gota que derramó el vaso. En ella se reflejó la descomposición ya en ascuas del maderismo, quedó en evidencia la pugna de intereses que desde el triunfo de la Revolución en 1911 se venía gestando. La labor de Ángeles durante el Cuartelazo ha sido cuestionada por la poca convicción con la que defendió la causa maderista, y aunque como él mismo reconoce, pudo haber hecho más, se evidenció en la fatídica toma de decisiones a la hora de la verdad, la imposibilidad de que un hombre solo rompiera con una estructura militar y política encabezada por los antiguos bastiones del porfirismo. Su aprehensión junto con Madero y Pino Suárez vino a dar cuenta de la calidad del pensamiento y las convicciones de Ángeles. Fue, de todos los hombres del ejército que pelearon del lado maderista, al único que se le reconoció como una verdadera amenaza al nuevo régimen.

Finalmente, y como último apartado del trabajo de investigación, el epílogo se ocupa del último período que pasó Ángeles en México, encarcelado y bajo la custodia de los golpistas que sin atreverse a deshacerse de él por la importancia que dentro de la institución militar representaba, no permitieron tampoco que se uniera a las filas de los sublevados y terminaron por “exiliarlo” nuevamente a Francia, exilio del que regresaría meses después para incorporarse a las filas de la revolución.

A lo largo de este trabajo se buscará demostrar, como uno de los objetivos principales, la influencia que Madero tuvo sobre la personalidad y el pensamiento de Felipe Ángeles durante el corto, pero valioso tiempo que éste permaneció a su lado. Durante todo el proceso revolucionario se observará en el carácter de Ángeles la huella imborrable que Madero dejó en él, y aunque si bien es cierto esta idea fue madurando y adecuándose a las nuevas circunstancias que en el país aparecían, no dejará de ser fundamental la comprensión de la determinante repercusión del maderismo en la formación política e ideológica de Felipe Ángeles.

## CAPÍTULO I

### PRINCIPALES ESTUDIOS EN TORNO AL GENERAL FELIPE ÁNGELES

Felipe Ángeles es una de las figuras más polémicas de la Revolución Mexicana, su participación en el proceso revolucionario ha desatado en torno a su persona una gran cantidad de estudios en los que se busca interpretar desde diferentes perspectivas su aporte a la Revolución.

Los trabajos que se han escrito sobre la figura de Felipe Ángeles no son, a diferencia de otros caudillos de la Revolución, tan abundantes. Existen dos biografías que fueron escritas por contemporáneos de Ángeles y que demuestran la ambivalencia de opiniones que en torno a su persona giran.

En primer lugar, la biografía escrita por Federico Cervantes publicada en 1943 y quien figuró como uno de los hombres a las ordenes de Ángeles, termina haciendo un retrato de este enigmático personaje de la manera más bella posible, aludiendo siempre a su figura como encantado de antemano por el hombre del que habla en más de 500 páginas. Estas palabras dan muestra de la ferviente admiración de Cervantes hacia Ángeles “La evolución del maestro, el jefe y el amigo, fue tan notable, que cuando posteriormente, como subalterno inmediato, traté íntimamente en la campaña revolucionaria , las prendas de su carácter me cautivaron más que su talento y pude, conscientemente, admirarlo como al hombre más completo que he conocido”<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución (Biografía, 1869-1919)*, México, Colección Bicentenario, 2008, p. 29.

Independientemente de la interpretación que Cervantes dé a la figura de Ángeles, la biografía que él escribe es sumamente útil si consideramos la cantidad de información que en ella hay, desde documentos escritos por Ángeles hasta declaraciones que sólo por este medio se conocen.

En contraparte a esta biografía casi heroica de Ángeles, está la de Bernardino Mena Brito, quien, habiendo estado al servicio de Venustiano Carranza, escribió una obra en la que busca no dejar ni un pelo del prestigio de Ángeles y en el que se vuelca con todas las herramientas a la mano buscando desacreditar la labor política y militar del general. La obra escrita por Mena Brito, *Felipe Ángeles, Federal*, refleja la opinión que sobre Ángeles existía dentro del carrancismo. La interpretación que hace de la figura del general es la antítesis de lo escrito por Cervantes.

El trabajo de Mena Brito está evidentemente prejuiciado hacia la persona de Ángeles, y ahí se declara, sin velo alguno, enemigo del general, a quien sin empacho alguno oscurece y enjuicia en cada una de sus interpretaciones. La animadversión que sentía Brito como portavoz del carrancismo hacia Ángeles no la oculta ni busca hacerla pasar desapercibida; se declara a todas luces parcial, y las palabras con que introduce al lector en su obra reflejan claramente el objetivo de la misma: “No vengo a engañarte con palabras meditadas y falsas de quienes se dicen historiadores imparciales. Este libro no es sereno. Está escrito con la fuerza pasional de un hombre que puso todo su ardor en la lucha revolucionaria...Yo, como particular de esa masa, sentía animadversión contra el general Felipe Ángeles -quien es representativo de un gran grupo de individuos- sin poderme dar cuenta de los motivos que tenía para ello”.<sup>4</sup>

La polarización que existe entre las opiniones de Federico Cervantes y Mena Brito nos obliga a tomar cada uno de sus juicios con pinzas para no errar en

---

<sup>4</sup> Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, México, Herrerías, 1936. p. 5.

la interpretación, aunque sin lugar a dudas ambos trabajos significaron a su vez un notable aporte en cuanto a documentación y recopilación de información.

Posteriormente, y ya en el ámbito académico, aparecieron algunas obras que buscarían rescatar del olvido la figura de Ángeles, entre las que destaca la obra de Odile Guilpain *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, que se centró fundamentalmente en el pensamiento de Ángeles y la forma en la que éste influyó en el proceso revolucionario. Guilpain realiza en esta obra un estudio sobre la evolución ideológica de Ángeles, y pone de manifiesto factores que no se habían utilizado anteriormente en la interpretación de la vida del general. Abordar el aspecto ideológico de la vida de Ángeles es sin lugar a dudas un gran acierto, dada la paradójica situación en la que se encontraba Ángeles. La ambivalencia que caracterizó su personalidad al ser educado por el Colegio Militar y pasar posteriormente por algunas facciones de naturaleza antagónica en el proceso revolucionario, determinaron a un revolucionario “sui generis” al que Guilpain logra descubrir, a pesar de los múltiples inconvenientes que por la calidad del trabajo se encontraría en el camino.

Destacan también en la investigación sobre Felipe Ángeles los trabajos realizados por Adolfo Gilly y Friedrich Katz. El primero ha realizado múltiples investigaciones que abordan aspectos concretos de la vida de Ángeles y que aparecen en obras como *Cada quién morirá por su lado* y *La Revolución interrumpida*, así como una gran cantidad de artículos en los que rescata, al igual que Guilpain, el aspecto humanista y progresista que representó Felipe Ángeles en la Revolución Mexicana. Compiló también los análisis de varios autores en el Coloquio Internacional Felipe Ángeles y la Revolución Mexicana en la obra *Felipe Ángeles en la Revolución*.

Gilly enmarca la personalidad del general entre la de aquellos hombres que no han sido reconocidos por la historia, tomando en cuenta el determinante aporte que su participación representó. La labor de Adolfo Gilly en torno al

reconocimiento de la figura de Felipe Ángeles ha sido sumamente fructífera; el trabajo de investigación realizado por él, así como la gran recopilación que en sus obras existe sobre lo ya escrito al respecto, ha despejado el camino para todos aquellos que buscan comprender la todavía enigmática figura de Felipe Ángeles.

Por su parte Friedrich Katz, quien es reconocido principalmente por su trabajo sobre Francisco Villa, no deja de reconocer el importante papel que jugó Felipe Ángeles, no sólo en las campañas en las que peleó al lado de “El Centauro del Norte”, sino en todo el proceso revolucionario. Katz reconoce la singularidad que representaba el papel de Felipe Ángeles en la revolución, que no podía ser encasillada en ninguno de los grupos existentes. Reconoce su labor intelectual, así como su desempeño en el terreno ideológico dentro de la revolución. “Fue el único alto oficial del ejército federal que se unió a las fuerzas revolucionarias y también uno de los pocos generales mexicanos, fueran federales o revolucionarios, que era a la vez un intelectual en el más amplio sentido del término...Además, era uno de los muy pocos militares que gozaban tanto del prestigio nacional como de popularidad en gran parte del país. Ante todo, fue uno de los pocos ideólogos de la revolución.”<sup>5</sup>

A los trabajos antes citados se suman muchos otros que abordan particularidades de la vida de Felipe Ángeles, y que serán tomados en cuenta para realizar esta investigación que busca, apoyada en las interpretaciones ya existentes, realizar un estudio sobre la formación del personaje y su participación en el maderismo, tomando en cuenta todos los factores estudiados por los autores antes citados que permitan comprender a la postre la contribución de Ángeles al proceso revolucionario en su totalidad, hasta su muerte en 1919.

---

<sup>5</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, México, Era, 2004, Tomo I, p. 314.

## CAPÍTULO II

### FELIPE ÁNGELES, ORÍGENES Y ETAPA FORMATIVA

#### 1) Orígenes

Felipe de Jesús Ángeles Ramírez nació en el municipio de Zacualtipán, estado de Hidalgo, el 13 de junio de 1868. Sus padres fueron Felipe Ángeles Meno y Juana Ramírez. Era el tercero de cuatro hijos del segundo matrimonio de su padre, quien procreó una numerosa familia, teniendo todavía un matrimonio más, llegando a tener 12 hijos en total.

La infancia de Felipe Ángeles Ramírez se desarrolló en los municipios de Molango, Zacualtipán y Huejutla, siendo este último el lugar en el que comienza sus estudios de primaria, continuándolos posteriormente en Molango. De esta primera etapa formativa de su vida, casi nada se puede analizar del todavía infante Felipe Ángeles; lo poco que se logra rescatar en lo que a su educación se refiere es la influencia que Federico Cervantes señala de uno de sus profesores llamado Arcadio Castro, “quien descubrió en aquel joven sencillo, una clara inteligencia”<sup>6</sup>.

Más allá de la formación escolar que a tan corta edad se muestra prácticamente invisible, es innegable la influencia que su padre tuvo sobre él. Felipe Ángeles Meno era, según la mayoría de los biógrafos de Ángeles, de clase

---

<sup>6</sup> Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución*, op. cit., p. 11.



media o “relativamente acomodada de provincia”<sup>7</sup>. Había combatido contra la invasión de los Estados Unidos a México en 1847, así como en la defensa del país en contra de los intervencionistas franceses entre 1862 y 1867. Aunque no era un militar de carrera, había logrado adquirir una reputación y un prestigio dentro del ejército, que por las condiciones en las que se encontraba el país se había visto obligado a aceptar a todos los voluntarios que quisiesen formar parte de sus filas. Ángeles Meno llegaría a ser promovido a coronel por el entonces presidente Benito Juárez, y posteriormente condecorado por el presidente Díaz por su actuación en el sitio de Querétaro.<sup>8</sup>

Después de haber servido a las armas, Felipe Ángeles padre se desempeñó como jefe político de distintos distritos del estado de Hidalgo, siendo, “según el Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo: Jefe político de Huejutla (de mayo a noviembre de 1875), Jefe político del Distrito de Atotonilco el Grande (a partir del 19 de agosto de 1876, fecha de su nombramiento), Jefe político del Distrito de Molango (de junio de 1879 a mayo de 1886), Jefe político de Zacualtipán (de julio de 1886 a junio de 1889)”.<sup>9</sup>

No es posible obviar la indiscutible carrera militar de Felipe Ángeles padre, quien había dedicado gran parte de su vida activa a la lucha armada, misma que no se detuvo en su papel de Jefe político en los distritos antes mencionados: “En Huejutla, el coronel no sólo se dedicó a la labor administrativa sino también militar, ya que el 28 de marzo de 1876 libró una batalla contra Julián Herrera y trescientos hombres a los que derrotó en Chililico, “haciéndose dos muertos, varios heridos y

---

<sup>7</sup> Álvaro Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, México, Domés, 1982, p. 8.

<sup>8</sup> Carmen Lorenzo Monterrubio, “El origen hidalguense de Felipe Ángeles” en *Felipe Ángeles, trabajos del foro nacional en Hidalgo*, Oaxaca, Colección Bicentenario p. 6.

<sup>9</sup> *Ibidem*

un prisionero; recogiendo armas y caballos. De nosotros un herido”. Después de esto, el enemigo se dispersó rumbo a la sierra”.<sup>10</sup>

El entorno en el que crece Ángeles Ramírez está, pues, evidentemente influenciado por la carrera y la labor militar de su padre, quien no había detenido su labor como militar a pesar de que el país se encontraba ya en una relativa estabilidad política y social. No es arriesgado plantear entonces que desde su niñez Ángeles haya sido, consciente o inconscientemente, inclinado por parte de su padre a la carrera de las armas, misma que se realizaría plenamente con su entrada al Colegio Militar.

“Es muy probable que durante su niñez, su imaginación haya sido poblada con los relatos de las guerras vividas por su padre, relatos que exaltarían las virtudes militares y el sentido de la patria, en boca de un hombre que fuera uno de los innumerables campesinos enlistados, voluntariamente o a la fuerza, durante el siglo XIX, para defender la independencia y la soberanía territorial de México. Ciertas palabras de Ángeles se pueden escuchar como un eco de lo que debió haber oído muchas veces en boca de su padre”.<sup>11</sup>

A esta influencia de carácter militar y nacionalista recogida de su padre y que interpreta Guilpain de la manera antes citada, hay que añadir algunos extractos rescatados por Carmen Lorenzo Monterrubio en los que se observa que no sólo fue el espíritu militar el que buscó inculcar su padre en Felipe Ángeles, sino a su vez, toda una filosofía de vida que se refleja también en la importancia

---

<sup>10</sup> Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo. Miércoles 29 de marzo de 1876, Tomo VIII, Núm. 13, p. 2. en Carmen Monterrubio, “El origen hidalguense de Felipe Ángeles” en *Felipe Ángeles, trabajos del foro nacional en Hidalgo. op. cit.*, p. 8.

<sup>11</sup> Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana, op. cit.*, p. 120.

que le da a la educación, misma que reflejaría años después Felipe Ángeles Ramírez como estudiante del Colegio Militar

“Comprendiendo los inmensos resultados de la instrucción pública en bien de la ilustración del futuro pueblo y que esa superioridad recomienda con tanto afán, el personal de esta oficina se promete fijar toda su atención sobre el particular, hasta obtener el éxito posible...la ignorancia conserva un dominio funesto en las masas y no cede su puesto sino gradualmente según que la ilustración avanza y se apodera del espíritu de las sociedades en esa lucha generosa de la luz con las tinieblas, del pasado y el porvenir...si la escuela multiplicando sus esfuerzos ha derramado luz por todas partes, ha arrancado y sigue arrancando todos los días a la ignorancia millares de espíritus, destinados antes a esterilizarse en la sombra o a corromperse en el vicio: si en la práctica de nuestras instituciones se perciben aún grandes dificultades, hay que señalar la causa en que esa luz no ha sido bastante poderosa para extirpar el deplorable oscurantismo en que hemos vivido por tantos años”.<sup>12</sup>

Como se observa en los extractos rescatados de las memorias de Felipe Ángeles padre, la concepción que tenía sobre la educación y la formación del hombre influyeron seguramente en la personalidad de su hijo quien no sólo tomó del padre la inclinación a la carrera militar, sino que a su vez, el respeto a las instituciones y el apego al estudio, mismo que se reflejaría posteriormente en su desarrollo como estudiante del Colegio Militar.

Después de concluir con su formación básica en los entonces distritos de Molango y Huejutla, Felipe Ángeles fue enviado, para terminar el bachillerato, al Instituto Literario y Escuela de Artes y Oficios de Pachuca el 9 de febrero de 1881, Instituto que representa el antecedente directo de la Universidad Autónoma del

---

<sup>12</sup> Extractos de dos de las Memorias administrativas relativas al Distrito de Molango de los años 1881 y 1882, rescatadas en: Carmen Monterrubio, “El origen hidalguense de Felipe Ángeles” en *Felipe Ángeles, trabajos del foro nacional en Hidalgo, op. cit.*

Estado de Hidalgo<sup>13</sup>, y en el que Ángeles cursó apenas dos años, de los cuales se tiene muy poca información y de la que sólo sabemos, por conducto de Federico Cervantes, que estuvo bajo la tutoría de Arnaldo Laroulé, amigo de su padre.

El paso de Felipe Ángeles por el Instituto Literario de Pachuca fue breve; apenas dos años estuvo en dicha institución, la cual sirvió como trampolín para satisfacer su más ansiado anhelo: estudiar en el Colegio Militar, al cual ingresó a la edad de 14 años.

## **2) Formación en el Colegio Militar**

### **2.1) Sus primeros pasos como estudiante**

La situación social y económica en la que vivó Felipe Ángeles los primeros años de su vida, si bien es cierto no fueron caracterizados por la necesidad y las limitaciones, tampoco le otorgaban muchas posibilidades de adquirir tan fácilmente la oportunidad de colocarse como estudiante de una institución tan respetada como lo era entonces el Colegio Militar, que a principios de la década de los ochenta del siglo XIX comenzaba con la llamada “época de oro”<sup>14</sup>.

La posición que ocupaba su padre como jefe político de Distrito tampoco le permitía, a pesar de ostentar el grado de coronel, colocar a su hijo en tan prestigiosa institución, siendo también, seguramente, uno de sus anhelos, como lo refleja el hecho de que haya elegido al general Manuel Mondragón como padrino para el hijo al que decidió darle su nombre.

La llegada de Felipe Ángeles al Colegio Militar no fue producto, pues, de un compadrazgo o del nivel político que pudiera atribuirse a su familia. Como se

---

<sup>13</sup> Jesús Ángeles Contreras, *Felipe Ángeles: su vida y su obra*, Pachuca, UAEH, 1996, p. 7.

<sup>14</sup> Luis Garfias Magaña, “El general Felipe Ángeles: esbozo de una biografía militar en Adolfo Gilly (compilador), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era, 2008.

muestra anteriormente, desde joven había manifestado cierta afinidad hacia la carrera militar, misma que complementó perfectamente con su buena predisposición para las matemáticas, y que a la postre le servirían como credenciales para ingresar a dicha institución. “A diferencia de muchos jóvenes del porfiriato que debían sus carreras a la riqueza, el patrocinio o el nepotismo, el ascenso de Ángeles se debió a sus dotes intelectuales”.<sup>15</sup>

Ingresó al Colegio Militar de Chapultepec en el año de 1883, a los 14 años de edad, y su desempeño en dicha institución fue sumamente notable, particularmente en Matemáticas, puras y aplicadas, como consta en su hoja de servicios. Tomando en cuenta lo fundamental que es esta ciencia en la carrera militar, particularmente en materia de artillería, en la que años después destacaría la figura de Ángeles, es digno de rescatar dicho aprovechamiento que sería primero desarrollado, y posteriormente reflejado en el campo de batalla con una eficacia que ha puesto el nombre de Ángeles en lo más alto de esta institución.

El aprovechamiento de Ángeles fue bueno en prácticamente todas las materias que debió cursar en el Colegio, exceptuando algunas en las que él mismo se sentía limitado. “Sin embargo, es curioso confirmar lo que en vida nos decía el general Ángeles: “Yo siempre he sido muy malo para el dibujo”, y ciertamente, la única materia de su carrera en que pasó con *mayoría*, fue la de dibujo. Tampoco se distinguió en inglés”<sup>16</sup>.

A pesar de estas limitaciones, su aprovechamiento fue bueno, llegando a obtener su primer ascenso apenas dos años después, como Alumno de primera del Colegio Militar, y algunos meses más adelante, en junio de 1885, obteniendo la jerarquía de Cabo de Alumnos. De su etapa como alumno del Colegio se tienen muy pocos datos, con excepción de algunos comentarios intrascendentes que en este sentido hacen Federico Cervantes y Bernardino Mena Brito, sus dos más

---

<sup>15</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa, op. cit.*, p. 314.

<sup>16</sup> Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución, op. cit.*, p. 11.

completos biógrafos, a pesar de la evidente contradicción que hay en sus interpretaciones.

El acontecimiento más destacable del que fue objeto su formación como estudiante fue la oportunidad que le brindó el entonces director del Colegio y que rescata de esta manera Vito Alessio Robles:

“Callado por naturaleza, era en el fondo un gran rebelde potencial. En presencia del general Díaz, que presidía el acto con un séquito de generales gloriosos e ignorantes, ante el escándalo y la indignación de estos últimos, se refirió a la evolución de la educación militar y expresó la necesidad de excluir de los mandos militares a los macheteros más o menos gloriosos e incultos. Aquellos generales pusieron el grito en el cielo e hicieron una representación ante el general Díaz, pidiendo el procesamiento de Ángeles. El presidente, con muy buen sentido, no accedió a la necia instancia. Respondió a los generales que el joven Ángeles tenía razón”.<sup>17</sup>

La actitud crítica mostrada por Ángeles ante sus superiores le valió evidentemente algunos enemigos, pero al mismo tiempo mostró el temple que se había formado y que le caracterizaría a lo largo de toda su carrera como un crítico contundente, y sobre todo congruente, ya que buscaría años después corregir todos los errores que en ese momento observaba él en la educación de los jóvenes estudiantes, y que a su juicio era un problema fundamental que debía solucionarse para beneficio de los estudiantes pero fundamentalmente de la reputación de la institución que se había encargado de formarlo y que tenía la responsabilidad de formar a los defensores de la patria. Años más tarde, en una de sus obras más reputadas *Teoría del Tiro* haría un análisis más fundamentado sobre el problema y las formas en que debía solucionarse, mismo que revisaremos a su tiempo.

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 12.

En el transcurso de los siete años de estudio que pasó por el Colegio, y uno de práctica, Ángeles fue ascendiendo peldaños en la jerarquía militar. En 1887 sería nombrado sargento segundo, y, finalmente, el 20 de noviembre de 1890 se graduaría con el grado de Teniente de Plana Mayor Facultativa de Ingenieros.<sup>18</sup>

## **2.2) Docencia y vida castrense**

La formación de Felipe Ángeles, a diferencia de la de muchos militares de la época, no concluye con la finalización de sus estudios en el Colegio Militar. Posiblemente por cuestiones ajenas a él, o por la comprensión interna de que su formación distaba mucho de ser la deseada, tomando en cuenta la preocupación constante que tenía Ángeles en las cualidades que debía tener un militar egresado de una institución tan prestigiosa y que manifestaría posteriormente, continuó con su preparación, mostrando argumentos suficientes que justificaran la excelente idea que de él se habían formado sus superiores, al grado de colocarlo como maestro suplente de algunas asignaturas, siendo todavía estudiante.

En 1890 tuvo a su cargo su primera asignatura, sustituyendo al entonces matemático Eduardo Prado, quien al dejar la cátedra recomendó que fuese el todavía estudiante Felipe Ángeles quien lo sustituyera como profesor. Ángeles se hizo cargo de la tarea sin recibir remuneración alguna.

Al obtener el título de Teniente de Ingenieros, fue encargado en el Batallón de Zapadores de coordinar las excavaciones del canal del Duero, en Zamora, Michoacán, y, posteriormente, en los años siguientes, comisionado a muchas otras labores fundamentalmente de carácter académico.

---

<sup>18</sup> AHDN, Cancelados, expediente Felipe Ángeles, f. 168.

El concluir su preparación como estudiante del Colegio Militar no significó, de ninguna manera, que con ello terminara su formación como académico. La visión que en él se había creado sobre la necesidad de continuar educando y educándose, particularmente en aquellas ciencias que en el Colegio eran sólo vistas como complementarias, y que para él significaban parte fundamental de la formación de cualquier oficial que perteneciese a una institución como el Colegio Militar.

La visión que Ángeles tenía tanto de la educación como de muchos otros problemas que a su juicio afectaban al pueblo mexicano, estaba evidentemente permeada por las condiciones en las que él había crecido y al mismo tiempo por el contexto social y político en el que se había educado. Sería equivocado estudiar la concepción política, social y cultural que tenía Ángeles como un todo acabado cuando recién había egresado como estudiante del Colegio, y utilizarla para comprender las distintas formas en las que asumió el proceso revolucionario en su totalidad.

Muy pocos hombres educados y forjados en la carrera militar pueden ser utilizados como ejemplo para demostrar cómo se transforma nuestra forma de pensar a medida que se adquiere mayor conocimiento y, sobre todo, cuando dicho conocimiento se puede comprobar en un proceso social tan complejo como lo fue la Revolución Mexicana.

En el Colegio Militar, Felipe Ángeles forjó un sentimiento de pertenencia a la institución que le había concedido no sólo conocimientos, sino un carácter y una personalidad. El haber ingresado al Colegio apenas a los 14 años permitió que dentro del Ejército se moldeara su espíritu y, aunque, como los mismos acontecimientos lo demostrarían, no volvería su ideal en fanatismo, es evidente que las enseñanzas ahí adquiridas jugaron un papel crucial en la vida del general.



No es materia de este trabajo adentrarnos en la formación ideológica de Felipe Ángeles, pero al buscar comprender su paso por el Colegio Militar como estudiante y como profesor no podemos más que voltear a los pocos, pero sustanciales documentos que han perdurado hasta nuestros días, así como a las condiciones en las que el joven estudiante y el respetado profesor, se formó.

La última década del siglo XX en México estuvo caracterizada por una gran efervescencia social y política que se debía fundamentalmente al agotamiento del sistema político que había buscado perpetuar el entonces presidente Díaz hasta el fin de su vida. Estas circunstancias hicieron que el ejército cobrara una importancia vital, dado que representaba para el grupo político que tenía en sus manos el poder, el recurso último del que hacían cada vez más uso, buscando con esto reprimir cualquier manifestación de insubordinación o inconformidad que pusiera en riesgo sus intereses.

De igual manera, la idea que este grupo político representaba y que encarnaba en el llamado grupo de los “científicos” no se había logrado en su totalidad aunque había, inevitablemente, conseguido infiltrarse en varias de las instituciones que dependían directamente del gobierno, tales como la Escuela Nacional Preparatoria y el Colegio Militar. Los “científicos” habían adoptado el Positivismo como medio para interpretar a la sociedad mexicana y realizar en ella su “proyecto” de país. A estas ideas se había también unido el presidente Díaz. “El Positivismo mexicano adoptó las teorías de Henri de Saint-Simon y de Auguste Comte que habían gozado de una considerable aceptación en Europa después de la década de 1820. La ideología positivista o científica (razón por la que a cuyos adherentes en México se les llamó, después de 1893, “científicos”) defendía la aplicación del método científico no sólo para el análisis de las condiciones sociales, económicas y políticas, sino también para la formulación de políticas”.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*, México Planeta, 2010. p. 90.

La concepción que Ángeles tenía, tanto de la formación de los estudiantes del Colegio Militar como de la sociedad mexicana, no emanaba única y particularmente de la influencia de su padre o de las lecturas que aisladamente pudo realizar. Era producto, fundamentalmente, del influjo que sobre él habían ejercido las ideas de la época. Su constante preocupación ante la poca y mala educación que recibían los estudiantes del Colegio evidencian esta concepción: “Preocupado con lo que deberían saber los oficiales del ejército, me llamó desde luego la atención la Escuela Nacional Preparatoria y quise investigar cuál sería el objeto de esta institución. Lo primero que se me ocurrió a este fin, fue echarme en busca de los escritos de D. Gabino Barreda”.<sup>20</sup> El rescate que hace en su artículo “Mis Citas”, publicado en la *Revista del Ejército Marina*, son muestra clara del ideal de Ángeles entonces, aunque para ponerlo con sus propias palabras, es necesario recurrir a su obra *Teoría del Tiro*: “La creencia de que la ilustración de estos oficiales es la debida y que los estudios del Colegio Militar son demasiado científicos, proviene de una instrucción deficiente y de una estrecha inteligencia en quien así piensa: deficiente instrucción porque ignora las ciencias que considera superfluas y, por tanto, no sabe la aplicación que se les puede dar en la profesión militar; estrecha inteligencia, porque no puede comprender la amplitud y fecundidad del vastísimo campo de la ciencia, y cree que lo que él sabe es lo único útil, como el que cree que termina el universo hasta donde su vista alcanza”.<sup>21</sup>

Es cierto que Ángeles abordaba siempre con un espíritu crítico el problema educativo que observaba en nuestro país, pero es innegable también la influencia ideológica que había causado en él el proyecto surgido y propagado desde el Estado, lo que permitió que casi siempre, exceptuando la ocasión en que sufrió un arresto de ocho días por un artículo publicado en *El Diario* que criticaba la Escuela

---

<sup>20</sup> Felipe Ángeles “Mis Citas” en *Revista del ejército y Marina*. Tomo I. num. 4. 1906. p. 436.

<sup>21</sup> Felipe Ángeles, *Teoría del Tiro*, México, Talleres del Departamento del Estado Mayor, 1908, p. V.

Militar de Aspirantes, sus artículos y colaboraciones pasaban sin ningún contratiempo a pesar de que en ellos hacía aparentes críticas al gobierno.

Pero no sólo era el sistema educativo lo que mantenía ocupada la mente de Ángeles. Sus palabras evidencian otro problema que no sólo se manifestaba en él, sino que al igual que el educativo, que acabamos de abordar, era una constante en algunos grupos políticos de la época, principalmente, en el grupo que en ese entonces tenía en sus manos las riendas del país. Ángeles pensaba que los militares no podían ser considerados como un grupo social más dentro de la estructura social; debían ser reconocidos por su importantísima labor, aunque aceptaba que esta misma no se realizaba correctamente; aseguraba que el rol social que les correspondía era superior al de cualquier civil y que debían responder a la altura de la posición que el destino les deparaba.

“Ahora bien, por otro lado, estamos los militares tan postergados en nuestra sociedad, recibimos tan escasa instrucción en el seno del ejército y está la atmósfera tan cargada de amenazas de restringir la educación aún deficiente que nos da el Colegio Militar...¡Cómo!, pensé. ¿Será posible? Está reconocido oficialmente que los civiles para ser buenos obreros del progreso de nuestro país, necesitan el vasto caudal de conocimientos que imparte la Escuela Nacional Preparatoria. ¿Y nosotros, los oficiales del ejército? ¿Necesitamos menos? ¿Será tan insignificante nuestra misión social?”.<sup>22</sup>

Esta interrogante que se plantea en “Mis citas” la contestaría también en su obra *Teoría del Tiro* de la siguiente manera: “Por ahora no puede ser así, porque la nación es menor de edad, porque sus hijos son ignorantes y no saben organizarse para la defensa, y no saben cuál es su deber; pero ya irán a la escuela, ya se ilustrarán, ya conocerán cuál es la función social del ejército, y ya cumplirán sus deberes para con la patria. Y entonces, para dirigir esa masa, será

---

<sup>22</sup> Felipe Ángeles, “Mis citas”, *op. cit.*, p. 438.

indispensable organizar el mando, educando oficiales instruidos, de alta moralidad y elevadísimos ideales”<sup>23</sup>

Son varias cosas las que evidencian estas palabras de Ángeles. En primer lugar es innegable que consideraba el discurso que se había convertido en bandera del porfirismo en el que se argumentaba que la nación era todavía inmadura y que no podía gobernarse sola, que necesitaba el férreo brazo del ejército para mantenerla en sus cauces y que no fue, sino hasta 1908 que cambió formalmente el discurso con la entrevista Díaz-Creelman:

“Aquí en México nos hemos hallado en diferentes condiciones. Recibí este gobierno de manos de un ejército victorioso, en un momento en que el país estaba dividido y el pueblo impreparado para ejercer los supremos principios del gobierno democrático. Arrojar de repente a las masas la responsabilidad total del gobierno, habría producido resultados que podían haber desacreditado totalmente la causa del gobierno libre... La paz era necesaria, aun cuando fuese una paz forzada, para que la nación tuviera tiempo de pensar y actuar. La educación y la industria han llevado adelante la tarea emprendida por el ejército”.<sup>24</sup>

La confianza plena en el papel del ejército todavía en la primera década del siglo XIX y, al mismo tiempo, la creencia de que las masas populares por su limitada formación y por su equivocado papel en el desarrollo social del país, que deja de manifiesto Díaz en la entrevista al hacer referencia a las tres clases que conformaban la estructura social en México, y en la que pondera la función de la clase media “que es activa, trabajadora, que a cada paso se mejora”, sobre la rica que “están demasiado preocupados por sus mismas riquezas y dignidades para que puedan ser de alguna utilidad inmediata”, y, finalmente, “los pobres que son a su vez tan ignorantes que no tienen poder alguno”, no distan mucho, en la

---

<sup>23</sup> Felipe Ángeles, *Teoría del Tiro*, op. cit., p. VI.

<sup>24</sup> *Entrevista Díaz-Creelman*, Trad. Julio del Campo Mario, México, Cuadernos del Instituto de Historia. UNAM, 1963.

esencia, de las palabras de Ángeles, anteriormente citadas “porque la nación es menor de edad, porque sus hijos son ignorantes...”

Esta concepción de la situación social en la que se encontraba el país y que defiende Ángeles, todavía en 1908, año en el que publica su obra *Teoría del Tiro*, y que se corresponde con la publicación de la entrevista realizada por Creelman a Díaz, no es particularmente suya, era producto de todo un desarrollo histórico que había permeado profundamente en la concepción de gran parte de los grupos intelectuales de la época.

A pesar de eso, el espíritu crítico de Ángeles se observa en cada una de las propuestas que plantea en sus escritos, y que buscan, desde su concepción de la sociedad mexicana, mejorar su funcionamiento, aunque esto sea por el momento, mediante el perfeccionamiento de sus instituciones a las que Ángeles tenía plena confianza, pero consideraba, aún así, una renovación inmediata y profunda en éstas.

El apego a los ideales que representaba el Colegio Militar como institución era, pues, innegable. No sólo se había forjado una personalidad férrea e inalterable como soldado, misma que le acompañó hasta el fin de sus días, sino que, a su vez, era un fiel representante de esta institución a la que a pesar de esta fidelidad, criticaría y buscaría transformar para bien, siendo consecuente con sus ideales formativos, lo que le causaría un arresto en 1908 por criticar uno de los proyectos de mayor envergadura del ejército y que había puesto en marcha unos años antes con el nombre de Segunda Reserva, el entonces secretario de Guerra y Marina, Bernardo Reyes, y que terminaría de realizarse, aunque ya con Reyes imposibilitado como opositor de Díaz en el extranjero, como Escuela Militar de Aspirantes, misma que en los acontecimientos de la “Decena Trágica” jugaría un papel fundamental para los golpistas, apoyando a la facción reyista.

No es posible pues, radicalizar la postura de Felipe Ángeles en esta etapa ni como fiel seguidor del porfirismo y sus instituciones, mismas que respeta y que representa con la dignidad del soldado que era, sirviendo al Colegio Militar, pero que estaban muy lejos de convertirlo en un fiel representante del sistema político imperante al que, desde su trinchera, criticaba y buscaba transformar.

El balance que hace Cervantes es certero en este sentido, ya que no niega la influencia que Díaz pudo haber tenido en Ángeles, pero colocándolo en sus debidas dimensiones: “Es oportuno decir que Ángeles tuvo admiración y guardó gratitud por el general Díaz, por más que, en principio, era rebelde a todas las dictaduras. Cuando, posteriormente, en tiempos del Presidente Madero, siendo él el jefe de las operaciones en el Sur, hubo festejos en Cuernavaca, en momentos de expansión del pueblo, se escucharon vivas a Porfirio Díaz; lejos de molestarse por ello, habló expresando que quizás eran inoportunos esos vivas, pero reconocía que habría, sin duda, corazones agradecidos al estadista, como él mismo sentía el suyo lleno de gratitud; actitud liberal que fue motivo de censuras para el general Ángeles”.<sup>25</sup>

A lo largo de su formación como militar, Ángeles fue comisionado en varias labores relativas a la inspección y revisión de armamento, resumiéndose fundamentalmente en las siguientes: miembro de la “Comisión de cargas de tiro para cañón de campaña”, en 1890, tarea que desempeñaría también en 1894 siendo ya Capitán segundo de Plana Mayor, en 1900 formaría parte de un grupo de militares que tendrían a su cargo la revisión y estudio de “cargas reducidas de cartucho” y en 1901 sería enviado a Francia a inspeccionar la “construcción del material Schneider Cannel”.

En 1904 fue comisionado por el general Dávila para trasladarse a New Jersey, Estados Unidos con la misión de estudiar la pólvora sin humo que su inventor Hudson Maxim había propuesto al gobierno mexicano. La adquisición de

---

<sup>25</sup> Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la revolución*, op. cit., p. 31.

este material era esperada con particular ansia por el entonces Subsecretario de Guerra, general Rosendo Martínez, así como por el general Manuel Mondragón y algunos miembros de la clase política mexicana como el licenciado Pineda, quien “se expresó encomiásticamente del inventor y de la *excelente pólvora con que se iba a beneficiar* el ejército mexicano”.<sup>26</sup>

La respuesta de Ángeles como miembro de la comisión de la que había sido partícipe fue negativa, debido particularmente a que dicha pólvora era muy “rompiente”. Su negativa a que la pólvora fuese aceptada le acarreó algunos enemigos que ya veían la compra prácticamente cerrada: “Esta actitud, como era lógico, le concitó enemistades, entre ellas la del general Mondragón, jefe del Departamento de Artillería (que era padrino de Ángeles) y le trajo como consecuencia su postergación en el ascenso a teniente coronel, quedando atrás del oficial de igual grado Rafael Eguía Liz (muerto años después de forma trágica, en unión de su hijo, durante la Revolución). Sin embargo el general Díaz tuvo conocimiento de esta injusticia y ordenó que Ángeles fuera colocado en el lugar al cual tenía derecho”<sup>27</sup>

Al regresar de Estados Unidos y siéndole otorgado el grado de coronel técnico de artillería permanente, fue nombrado director de la Escuela Nacional de Tiro, ocupando dicho cargo de 1908 a 1911. Fue también profesor de teoría y práctica de tiro en la recién fundada Escuela Militar de Aspirantes (1905), cuya creación era consecuencia de las reformas militares de Bernardo Reyes a las cuales hicimos referencia anteriormente, y que se habían cristalizado ya en su ausencia en la Escuela Militar de Aspirantes.

El objetivo de la escuela era, según lo define el artículo primero de dicha institución en el decreto publicado el siete de diciembre de 1904, “formar oficiales

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 29.

<sup>27</sup> Garfias Magaña, “El general Felipe Ángeles.: esbozo de una biografía militar” en Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles en la Revolución*, *op. cit.*, p. 203.

subalternos para los cuerpos de infantería, caballería y artillería”<sup>28</sup> debido fundamentalmente a la poca producción que del Colegio Militar obtenía la nación y a la imperiosa necesidad de acrecentarla, tomando en cuenta lo necesario que era para el grupo político en el poder el fortalecimiento de su cuerpo militar.

Los estudiantes de la EMA pasaban por un período de tres semestres en los cuales adquirirían los conocimientos fundamentales que les permitirían rendir en los cuerpos antes citados en el Artículo Primero del decreto, siendo siempre considerados como subalternos, debido a la gran diferencia que existía entre la formación de éstos y los estudiantes del Colegio Militar.

Con el paso del tiempo, la rivalidad entre las dos instituciones formativas no tardó en evidenciarse, y el general Ángeles se hizo partícipe de esta antipatía mostrada por los estudiantes del Colegio Militar a la recién creada escuela en un artículo titulado “Importante a la Sociedad Mexicana y a los Oficiales del Ejército”, publicado en el periódico *El Diario*, arguyendo que “la instrucción adquirida por los aspirantes en sus tres semestres de estudios, podía ser repasada por un alumno de años superiores del Colegio de Chapultepec, durante una sobremesa”.<sup>29</sup>

Es posible que las palabras de Ángeles estuviesen acompañadas de cierto celo profesional producto de la posible competencia que estos nuevos oficiales pudiesen causar a los miembros del Colegio Militar, aunque no estaba completamente falto de razón si consideramos las palabras que el mismo director de la Escuela Militar de Aspirantes utilizó para referirse a ella en el primer informe

---

<sup>28</sup> Manuel Dublán y José María Lozano. *Legislación Mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*, arreglada por los licenciados Adolfo Dublán y Adalberto A. Esteva, continuación de la ordenada por los licenciados Manuel Dublán y José María Lozano, México, Edición Oficial, 1908, T XXXVI. pp. 1359-1360 en Sánchez Rojas, Luis Ignacio. “La educación en el ejército porfiriano 1900-1910” *Revista Tzintzun*, Morelia, num. 54, diciembre 2011.

<sup>29</sup> Felipe Ángeles, “Importante a la sociedad mexicana y a los oficiales del ejército”, *El Diario*, 13 de abril de 1908.



de dicha institución, haciendo referencia a los estudiantes de corte civil que ingresaban a la escuela y que alcanzaban casi la mitad de la matrícula de ésta:

“Entre los jóvenes que de la vida civil ingresan a la Escuela, se nota desgraciadamente un espíritu poco inclinado a someterse a la disciplina y condiciones físicas no siempre satisfactorias, que les hacen difícil soportar las fatigas del servicio militar. Entran muchos de ellos a la Escuela atraídos tal vez por el brillo del uniforme y pensando que van a tener una vida fácil y divertida, y al encontrarse sometidos a un régimen de estricta disciplina, a una vida de trabajo físico e intelectual, constantes, desmayan y piden su baja, muchas veces una o dos semanas después de estar en la Escuela.”<sup>30</sup>

Un año después, en el informe correspondiente al ciclo 1908, en el que Ángeles publica tan controversial artículo, la situación dentro de la Escuela era prácticamente la misma.

“En cuanto a los jóvenes que de la vida civil ingresan a la Escuela, siento tener que insistir en las ideas contenidas en mi informe del año anterior; creo firmemente que falta disciplina, espíritu de orden a muchos de nuestros jóvenes, que manifiestan completa repugnancia ante el régimen de orden y de trabajo que constituye la vida en una Institución Militar; incapaces, por sus hábitos indolentes y por la exagerada libertad de su vida anterior, de hacer un esfuerzo de voluntad para someterse a la regla, muestran pronto su falta de carácter, desfallecen y solicitan su baja unos días o unos meses después de haber ingresado, atraídos sólo por la idea de lucir en las calles de la ciudad un brillante uniforme. Para dar una idea del número de jóvenes que se hallan en el caso de que trato, me bastará decir que más de la mitad de las bajas habidas en el segundo semestre de 1907, se concedió a solicitud de los interesados.”<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> AGN, *Memoria de Guerra. 1906-1908*, anexos p. 144 en Luis Ignacio Sánchez Rojas, “La educación en el ejército porfiriano 1900-1910” *Revista Tzintzun*. Morelia, num. 54, diciembre 2011.

<sup>31</sup> *Ibidem*

Aunque la crítica del general Ángeles era completamente razonable, si consideramos el informe del entonces director de la EMA, la forma que utilizó para realizarla no fue del agrado de sus superiores, quienes hicieron efectivo el reclamo realizado por el coronel J. Vázquez, argumentando “que se ha excedido en sus apreciaciones ante el respeto que debe guardar a todo orden del superior, y previendo que la polémica que pretende sostener y que así pregona día a día, ha de ser más acalorada”, y posteriormente proponiendo “se imponga por ahora al citado coronel Ángeles, un arresto de ocho días en un cuartel de artillería, por la forma irrespetuosa con que se ha expresado de esa institución oficial de enseñanza militar”<sup>32</sup>

La petición del coronel Vázquez fue aceptada y decretado el castigo “Con motivo de un artículo que publicó en el periódico *El Diario* relativo a la Escuela Militar de Aspirantes la superioridad le impuso 8 días de arresto por la forma irrespetuosa con que se presentaba respecto de aquel plantel”<sup>33</sup>

Después de la publicación del artículo y de la fuerte crítica recibida como consecuencia, Ángeles fue enviado nuevamente a Francia, aunque esta vez no a una misión de carácter técnico, sino como estudiante e investigador, por lo que seguramente este “exilio enmascarado” fue, en un principio, del agrado de Ángeles, quien buscaba ávidamente cualquier oportunidad para desarrollar sus conocimientos. Aunque de su estancia en Francia se sabe poco, es conocido su paso por algunas escuelas militares francesas como las de Fontainebleau, Orléans y Mailly.

Durante ese período en el que permaneció en Francia, no fue únicamente la educación militar a la que le dedicó su tiempo; no es difícil suponer que se haya adentrado en el mundo intelectual y político de aquel país, que en ese entonces

---

<sup>32</sup> Artículo citado en Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución*, op. cit., p. 33.

<sup>33</sup> AHDN. Cancelados. Hoja de servicios del general Felipe Ángeles.

manifestaba un gran crecimiento cultural representado por figuras como Víctor Hugo, Balzac, Zolá, etc..., y que seguramente Ángeles leyó.

Asimismo, es innegable el impacto que sobre Ángeles causara y el desarrollo y los avances que en materia militar existían en Francia. Su pasión por la historia militar de una nación reconocida por su tradición castrense era por demás lógica. La admiración que la historia del ejército francés, desde Luis XIV hasta Napoleón Bonaparte, le causara, se manifestó años después, bautizando a sus caballos con los nombres de algunos de los hombres más reconocidos en la historia militar de Francia. “Turena, como el mariscal general de los ejércitos franceses bajo Luis XIII y Luis XIV, se llamaba su caballo en la batalla de Zacatecas. Ney, mariscal de Napoleón, fusilado en diciembre de 1815, y Curély, general de la caballería ligera de Napoleón en Rusia, eran los nombres de sus otros caballos en Zacatecas”.<sup>34</sup>

Su formación continuó en esos años en Francia, llegando a adquirir un cúmulo de conocimientos de carácter técnico y científico que lo convirtieron en un importante militar académico de la época, y cuya formación, a modo de conclusión, define muy claramente Álvaro Matute: “Los estudios constantes, los viajes, la vida docente, todo ello hizo que se perfilara Ángeles como un modelo o tipo moderno del militar mexicano. Ángeles no era definitivamente el militar pragmático, el hombre que se hacía en las campañas, ya que él tuvo la suerte de jamás ser destacado en las diversas campañas represivas que protagonizó el Ejército. Ángeles tampoco fue el militar burócrata de escritorio, que aprovechando sus relaciones cerca de las altas jerarquías pudiera ascender dada su indispensabilidad. Su trayectoria fue académica... Ángeles no era militar político, como los de las generaciones precedentes que sabían que el basamento armado era un magnífico peldaño para ascender al poder. El militar académico fue una necesidad nueva dentro del Ejército, acorde a la época de paz desarrollada

---

<sup>34</sup> Adolfo Gilly, “¿Y de mis caballos qué?” en Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles en la Revolución Mexicana*, México, ERA, 2008, p. 39.

durante el Porfiriato... Ángeles era más valioso en el aula, frente a los cadetes o en el campo de tiro, perfeccionando el manejo de la artillería”.<sup>35</sup>

La formación como académico militar, causa y consecuencia de esta “paz porfiriana” en la que vivía México, le permitieron desempeñarse en labores docentes en el Colegio Militar, siendo profesor de Matemáticas, Mecánica Analítica y Balística, así como profesor sustituto de algunas otras asignaturas. Al mismo tiempo trazaron el camino por el que continuaría Ángeles en el extranjero, convirtiéndolo en uno de los militares más preparados y capacitados del país en el terreno teórico-militar. Fue condecorado con la “Cruz de Honor” por 25 años de servicios sin interrupción y como “Caballero de la Legión de Honor” por el gobierno francés. Ángeles culminaría esta etapa formativa y docente pasando sus últimos años en Francia antes de que esta “paz porfiriana” se viniera abajo, a causa del agotamiento de toda una época.

---

<sup>35</sup> Álvaro Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, México. Domés, 1982, p. 10.

## **CAPÍTULO III**

### **TRIUNFO DEL MADERISMO. PRIMER ACERCAMIENTO DE ÁNGELES A LA REVOLUCIÓN**

#### **1) Antecedentes**

La comisión militar a la que había sido enviado Ángeles en 1909 a Francia impidió que presenciara casi en su totalidad la gestación el movimiento revolucionario que se venía generando en México, y que buscaba desplazar del poder en el que había permanecido casi 30 años, al entonces presidente Porfirio Díaz. A pesar de eso, al partir Ángeles a Francia, y considerando el grado militar que ostentaba, que en 1909 era ya de coronel, así como el espíritu crítico al que nos hemos referido antes, no podemos considerar que no tuviese noción alguna del reajuste político que se gestaba durante la primera década del siglo XX.

En 1899 había surgido en San Lui Potosí el Círculo Liberal Ponciano Arriaga, cuyos intereses evidentemente eran opuestos a los del grupo político que tenía en sus manos las riendas del poder, y en el que comenzaron a formarse algunas de las personalidades destacadas del movimiento revolucionario, como

los hermanos Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama y Rosalío Bustamante, entre otros.

Para 1900 saldría a la luz la obra de Heriberto Frías, *Tomochic*, que pondría en evidencia las prácticas poco profesionales y éticas que el gobierno utilizaba para someter a los pueblos rebeldes que no habían podido ser desplazados en esta aplastante marea de capitales orquestada por Díaz, principalmente con los inversionistas extranjeros y que, como consecuencia, había despojado de sus tierras a miles de indígenas y campesinos.

Los sucesos acaecidos en Chihuahua en 1891 ponen en duda, a juicio del presidente Díaz, la gobernabilidad del país. “No solamente se precisa contener el desorden sino contenerlo en el acto, para que cuando su noticia llegue al extranjero, llegue también la de su pacificación y así se evite el perjuicio al crédito”.<sup>36</sup> En la búsqueda de evitar esta desacreditación se reprime sangrientamente en el pueblo de Tomóchic a un movimiento de menos de 40 hombres que puso en serios predicamentos a un ejército conformado por más de 1000 soldados, y que no sólo mostró la ingobernabilidad que existía en el país, sino que evidenció y desacreditó al Ejército Federal, que sufrió seriamente en su búsqueda de aplastar esta pequeña rebelión debido a la mala organización del mismo y a los problemas internos que en éste existían.

“Contando con una aplastante superioridad numérica, el ejército espera conseguir una victoria fácil y rápida. Todo indica que, finalmente, los tomoches van a recibir el “castigo severo” que desde la ciudad de México les envía Porfirio Díaz. Sin embargo el ataque fracasa, lo cual es una muestra de la desorganización, la falta de espíritu combativo, la carencia de mandos capaces y los celos de la alta jerarquía del ejército”<sup>37</sup>

---

<sup>36</sup> Carta de Porfirio Díaz a José Ma. Rangel, Chihuahua, diciembre 9, 1981. AUIA/CPD. f. III/D 00003, en Rubén Osorio, *Tomóchic en llamas*, México, CNCA, 1995, p. 109.

<sup>37</sup> Rubén Osorio, *Tomóchic en llamas*, México, CNCA, 1995, p. 145.

El impacto que los acontecimientos en Tomóchic causaron en el seno del ejército, evidentemente había golpeado el prestigio de la institución, lo que sin lugar a dudas habría resentido Ángeles, aunque por otro lado complementaba en la práctica lo que Ángeles había criticado y buscado corregir en la teoría.

El mismo año en el que aparece *Tomóchic*, se publica el primer número de uno de los periódicos más críticos, y por lo tanto más perseguidos y calumniados por el gobierno porfirista, que a pesar de insistentes intentos no pudo frenar su publicación que duró hasta ya avanzada la Revolución Mexicana. El periódico *Regeneración* cuya publicación dirigieron inicialmente los hermanos Ricardo y Jesús Flores Magón, así como el Licenciado Antonio Horcasitas, quien aparece como editor, fue desde sus inicios un periódico que, utilizando como herramienta la crítica jurídica, arremetía contra el mal manejo que se hacía de la política mexicana. Para 1905, después de algunos intentos de censura por parte del porfirismo, y al confirmarse la alianza con algunos de los grupos políticos que también buscaban desestabilizar al régimen porfirista, como el antes citado Club Liberal Ponciano Arriaga, la crítica del periódico se volvió más demoledora llegando a exigir en sus páginas, la necesidad de una revolución:

“No vemos partidos políticos organizados, ni hombres de gobierno que descuellen por sus virtudes cívicas, ni por su honradez, ni vislumbramos un resquicio de libertad para poder organizar un partido, que para nosotros no podría ser otro que el liberal. Y después de haber hecho el análisis de nuestra situación política, vienen a nuestra mente la respuesta en sentido afirmativo; la respuesta amarga pero fatal. Ninguno que dirija la mirada hacia el porvenir de la patria, a no ser que trate de engañarse a sí mismo, podrá encontrar otra cosa que la revolución después de la muerte del dictador”<sup>38</sup>

Cercano ya el fin de la primera década del nuevo siglo, los problemas que debía solventar el gobierno porfirista para mantenerse al frente de la nación se

---

<sup>38</sup> *Regeneración*, 07 de enero de 1905.

hacían cada vez más grandes y visibles. Ejemplos de ello fueron las huelgas que se llevaron a cabo en los estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, organizadas por el Círculo de Obreros Libres, así como otros movimientos de protesta en diversas entidades, algunas de las cuales terminaron en verdaderas masacres, como la huelga de Cananea, en 1906, en Sonora y la de Río Blanco, en 1907, en Veracruz.

Las huelgas en Cananea y Río Blanco constituyeron en ese momento como un termómetro social y político. Las demandas de los obreros de estos estados reflejaban la difícil situación en la que se encontraba la incipiente clase obrera mexicana. Asimismo, la protección que el gobierno de Díaz otorgó a los empresarios extranjeros demostraba claramente los intereses de su política. Los obreros de Cananea, en una misiva enviada al presidente de la compañía manifestaban la razón de su inconformidad, misma que quedó muy lejos de ser cumplida; sus exigencias se restringían a las más mínimas condiciones salariales y de trabajo: “El mínimo sueldo del obrero será de cinco pesos diarios con ocho horas de trabajo”<sup>39</sup>. La respuesta que el gobierno dio a los obreros distaba muchísimo de resolver sus demandas; muy por el contrario, con la represión violenta reflejaba lo ajeno que estaba Díaz de la clase trabajadora y su total confianza en los grandes inversionistas extranjeros.

La huelga en Río Blanco, de un carácter similar a la de Cananea y acaecida apenas un año después de ésta, tuvo las mismas consecuencias catastróficas para la clase trabajadora. Los obreros de esta fábrica textil vivían en condiciones laborales insufribles y su inconformidad, como se observa, estaba completamente justificada:

“El desbordamiento de las ambiciones de las compañías explotadoras de la industria textil en todo el país y, en particular en la región de Orizaba, llegó a tal

---

<sup>39</sup> Hernández Begoña, *Huelga de Cananea*, Serie de Cuadernos conmemorativos, México, INEHRM, 1985 p. 16.



extremo, que los obreros se sintieron molestos en grado superlativo, pues los pagos de los jornales eran completamente exiguos y las responsabilidades reintegrables en dinero fueron muchas. Un tejedor, con dos telares, trabajando de seis de la mañana a nueve de la noche, exceptuando treinta minutos al medio día para tomar alimentos, ganaba solamente siete pesos a la semana como máximo. Por otra parte, cada uno de los desperfectos que sufrían los telares, desperfectos consistentes en roturas de piezas, etc., eran por cuenta del obrero encargado de la máquina. De manera que sí desgraciadamente se rompía una “catarina”, la empresa cargaba al trabajador la cantidad de cinco pesos, y ganando el obrero siete a la semana, resultaba que el sábado salía de su trabajo sólo con dos pesos de raya”.<sup>40</sup>

La respuesta, sin embargo, fue una negativa rotunda de los patrones a mejorar las condiciones laborales de los obreros, quienes al ver burladas sus demandas, se lanzaron a huelga y, por consecuencia, y con la misma política usada en Cananea, recibieron plomo en lugar de soluciones. “A las diez de la mañana llegó a Río Blanco el jefe político de Orizaba, señor Carlos Herrera, con una compañía del Trece Batallón, la que siguió hacia Nogales y se ordenó que las tropas abrieran fuego contra los trabajadores”<sup>41</sup>

Después de la entrevista Díaz-Creelman en 1908, se abrieron aparentemente las puertas de la democracia en el país. Se aceptaba la participación de nuevos partidos políticos, declarando el presidente Díaz que México estaba preparado para gobernarse, después de treinta años de una “necesaria” paternidad política que él se había visto obligado a ofrendar. En esa famosa entrevista, Díaz señaló:

“Hemos también adoptado una política patriarcal en la actual administración de los asuntos de la nación, guiando y restringiendo las tendencias

---

<sup>40</sup> José Petricioli Ortiz, *La Tragedia del 7 de enero*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 1986, p. 27.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, p. 39.

populares, con fe ciega en la idea de que una paz forzosa permitiría la educación, que la industria y el comercio se desarrollarían y fueran todos los elementos de estabilización y unidad entre gente de natural inteligente, afectuoso y dócil.

He esperado pacientemente porque llegue el día en que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin intervenir con el progreso del país.”<sup>42</sup>

“Doy la bienvenida a cualquier partido opositor en la República Mexicana-dijo-. Si aparece, lo consideraré como una bendición, no como un mal. Y si llega a hacerse fuerte, no para explotar sino para gobernar, lo sostendré y aconsejaré, y me olvidaré de mí mismo en la victoriosa inauguración de un gobierno completamente democrático en mi país.”<sup>43</sup>

La entrevista Díaz-Creelman reflejaba claramente el período de transición en el que se encontraba el país. A ella se sumaron otro tipo de manifestaciones políticas entre las que destacó, por la trascendencia a la postre tendría, la publicación de *La sucesión presidencial de 1910* escrita por Francisco I. Madero.

En su obra, Madero demuestra tener conocimiento de la situación que tanto en materia económica y social se encontraba el país; hace un balance general del desempeño de Porfirio Díaz durante los treinta años que había permanecido en el poder. El juicio sobre Díaz que en esta obra hace Madero es hasta cierto punto imparcial; destaca su aporte en materia económica y le da crédito en la industrialización tan acelerada que vivió México en sus treinta años de gobierno. Asimismo, reconoce que durante todo el período que se mantuvo Díaz en el poder se logró una pacificación sin precedentes, que sólo fue posible gracias a la

---

<sup>42</sup> *Entrevista Díaz-Creelman*, Trad. Julio del Campo Mario, Cuadernos del Instituto de Historia, México, UNAM, 1963, p. 13.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 17

participación crucial del ejército en materia política, misma que desde la entrada de Díaz a la presidencia fue imprescindible.

“A consecuencia de nuestra larga era de guerras intestinas, en la cual no se conocía más derecho que el del más fuerte, al fin tuvimos que caer bajo el dominio del más poderoso y afortunado de los militares de aquella época, que estableciendo una dictadura bajo las formas republicanas, ha logrado extirpar de nuestro suelo el germen de las revoluciones, pues al militarismo lo ha desprestigiado con 30 años de paz y al pueblo le ha permitido crearse intereses materiales de tal cuantía, que constituyen un factor importantísimo para alejarlo de las revueltas... El pueblo mexicano, que antes era sumamente turbulento, es ahora el más pacífico de todos los pueblos de la tierra”<sup>44</sup>

El reconocimiento que hace Madero de la labor de paz cumplida por el presidente Díaz, que permitió al país lograr un desarrollo económico sin precedentes, pretende justificar el agotamiento del régimen porfirista, al que, si bien es cierto se le reconoce dicho aporte, deja clara también la necesidad de dar paso a un régimen democrático que permita la libre participación de nuevos hombres y partidos en la política mexicana. “Podemos hasta admitir que haya sido necesario para el país que lo gobernara por treinta y dos años con mano de hierro el General Díaz; pero lo que sí rechazamos en lo absoluto, es que sea conveniente que este régimen se prolongue”.<sup>45</sup>

Finalmente, la obra de Madero, después de realizar un balance general de toda la historia nacional hasta llegar al régimen porfirista, reconoce la necesidad imperiosa de permitir en México nuevamente el arribo de la democracia, la cual espera reconquistar de manera pacífica pero sin por esto dejar de considerar la opción de una revolución, la cual sería necesaria si el régimen porfirista se

---

<sup>44</sup> Francisco. I. Madero, *La sucesión presidencial de 1910*, México, Época, 2005, p. 347.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 350.

aferrara a prolongar un estado de cosas inservible ya en las nuevas condiciones en que se encontraba el país.

“Creemos que sin llegar a una revolución, es a lo único que se podrá aspirar, porque el general Díaz, que debe su poder a la fuerza de las armas, no lo dejará sino obligado por la misma fuerza. Como afortunadamente ha desaparecido de entre nosotros el espíritu revolucionario, creemos que la inmensa mayoría de la Nación, se conformaría con una transacción en los términos indicados, antes de verse envuelta en una guerra civil.”<sup>46</sup>

Con el país en estas condiciones emprendió Ángeles su viaje a Francia, y durante los tres años que pasó en el extranjero se dio el primer paso del proyecto de reconstrucción nacional que proponía Madero.

En 1911 fue derrotado el ejército porfirista en Ciudad Juárez, y obligado a rendirse mediante la firma de los Tratados de Ciudad Juárez en los que Díaz renunciaba a la presidencia y era exiliado del país. El triunfo de la Revolución maderista fue producto fundamentalmente del adverso estado de ánimo que se había gestado en el seno del pueblo mexicano en contra del presidente Díaz. A raíz de la publicación de *La sucesión presidencial de 1910*, Madero comenzó a ganar adeptos a lo largo y ancho del país, principalmente clases medias, profesionistas, obreros y comerciantes que decidieron unirse a la causa maderista esperanzados en una verdadera transformación democrática. El impacto que produjo la obra de Madero le permitió vislumbrar objetivamente la posibilidad de un cambio en el gobierno, y con el apoyo y el ímpetu del recién creado partido, comenzó una campaña a lo largo del país que si bien en un principio no triunfó como se esperaba, sembró ya la semilla de una inminente revolución.

Llegado el día de las elecciones, Madero se encontraba preso en San Luis Potosí, producto de una acusación en su contra de promover la violencia en sus

---

<sup>46</sup> *Ibíd.*, p. 368.

discursos políticos. Sin su presencia, Díaz obtuvo nuevamente el triunfo en un proceso electoral que, a diferencia de los cinco anteriores, exacerbó el descontento latente en la sociedad mexicana por el claro fraude cometido en éstas. “Los comicios no cambian ni de forma ni de fondo. El sufragio universal no interesa al gobierno. Era negativo, se decía para un pueblo que no tenía la costumbre de votar; que no sabía votar a partido alguno, insistir en el sufragio”<sup>47</sup>

La oportunidad de realizar la sucesión presidencial de manera democrática se cancela con el fraude electoral, y Madero decide, mediante el Plan de San Luis, hacer un llamamiento al pueblo mexicano para tomar las armas. Aunque en principio dicho llamamiento tuvo un alcance limitado, poco a poco empezó a sentirse la posibilidad real de que el nuevo caudillo revolucionario lograra arrebatarse la silla presidencial al dictador. El levantamiento de guerrillas a lo largo del país le dio a Madero esperanzas fundadas para enfrentarse al porfirismo, y desde el norte comienza la organización del movimiento revolucionario que encabezaría hasta su triunfo. La labor emprendida por Abraham González en el norte conquistó a hombres como Pascual Orozco y Francisco Villa quienes se convertirían en los bastiones militares del maderismo; muchos otros jefes guerrilleros principalmente del norte se unirían también a la causa y engrosarían las filas del ejército revolucionario.

El levantamiento del 20 de noviembre pareció no preocupar al gobierno porfirista que “parecía inmovible; porque ¿qué podría hacer aquella gente rústica, desorganizada y mal armada? Los altos funcionarios del régimen fiaban en que, pasado el entusiasmo de los alzados y castigados una sola vez por las fuerzas federales, los rebeldes no tendrían otro camino que el de rendirse”.<sup>48</sup>

A pesar de la poca credibilidad que el porfirismo dio al movimiento revolucionario, éste siguió creciendo y haciéndose fuerte en varios estados del

---

<sup>47</sup> José C. Valadés, *La Revolución Mexicana*, México, Quesada Brandi, 1963, p. 183.

<sup>48</sup> *Ibíd.*, p. 235.

país, particularmente en el norte. La reacción de Díaz fue lenta y a destiempo, situación que reflejaba hasta cierto punto las circunstancias en las que entonces se encontraba el porfirismo. Porfirio Díaz ya no era el mismo militar aguerrido de la intervención francesa, el octogenario que ahora gobernaba había perdido la sagacidad y el espíritu de reacción que le caracterizó años atrás, y cuando la situación parecía ya insalvable decidió rendirse en Ciudad Juárez para posteriormente aceptar la derrota protagonizada por un presidente ya desmoralizado que prefirió abandonar el país ante la imposibilidad de contener la rebelión maderista.

En este período, que va de 1909, año en que Ángeles es enviado a Francia, y 1911, en que triunfa el grupo revolucionario encabezado por Madero, no se tiene conocimiento alguno de la postura que tomó Ángeles ante la situación prevaleciente en el país, por la “poca información” que podía obtener de la situación nacional, estando en el extranjero. Lo único que se sabe, y de lo que algo se puede conjeturar, es que en 1910, al enterarse del estallido de la Revolución, envía un telegrama a México pidiendo regresar “Toda la prensa de Francia informa que ha estallado en México la guerra civil. Por ello creo que en realidad nuestro país está envuelto en una lamentable guerra fratricida. Deseo compartir la amargura común y espero que se me llamará y se utilizarán mis servicios en el ejército con un mando de tropas. Tengo el honor, mi general, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto”<sup>49</sup>

La petición de Ángeles fue respondida con una negativa por parte de la Secretaría de Guerra y Marina, lo que lo obligó a permanecer un año más en el extranjero.

“Sría. de guerra y Marina.-Depto. de Artillería.-En contestación al oficio de Ud., de fecha 24 del mes próximo pasado, le manifiesto que no hay nada de cierto

---

<sup>49</sup> Carta de Ángeles a la Secretaría de Guerra y Marina (noviembre de 1910) en Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal, op. cit.*, p. 30.

en lo que la prensa de Francia publica. El país está tranquilo y si desgraciadamente ocurre algo, se le llamará a Ud., como lo desea.-Libertad y Constitución.-México, diciembre 13 de 1910.-G. Cosío.-Al C. Crel. De Artillería Felipe Ángeles.-Orleans, Francia.”<sup>50</sup>

La intención de Ángeles de regresar de Francia solicitando su reincorporación al ejército ha sido producto de interpretaciones diversas, entre las que destaca la idea de “defender” a toda costa al gobierno porfirista en contra del movimiento revolucionario, lo cual “evidenciaría” su postura ante todo el proceso revolucionario del que después sería uno de sus más importantes protagonistas.

Mena Brito, uno de sus principales detractores, dice al respecto: “Prueba de que se sentía ligado a ese gobierno y de que se sentía obligado a sostenerlo, es que el 24 de septiembre de 1910, ofreció sus servicios para que fueran utilizados con algún mando de tropas para combatir la revolución... y no fueron utilizados estos servicios porque era más eficaz para dar las gracias al gobierno alemán que para combatir en las filas del ejército”.<sup>51</sup>

Las palabras de Brito, que representa a su modo a una gran parte de los detractores de Ángeles que han utilizado este mismo argumento, aunque no dejan de tener cierto fundamento, tomando en cuenta la solicitud de Ángeles, no pueden ser aceptadas de manera absoluta, ya que, como lo explica tanto el telegrama enviado por él como el que recibe como respuesta, no conocía el contexto y las circunstancias en las que se estaba llevando a cabo la lucha. No era su afán por defender el régimen porfirista lo que le obligaba a hacerse presente en el proceso revolucionario, sino el espíritu del deber que le obligaba a defender la institución militar a la que se debía.

---

<sup>50</sup> Respuesta de la Secretaría de Guerra y Marina a la petición de Ángeles de volver al país en Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución. op. cit.*, p. 35.

<sup>51</sup> Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal, op. cit.*, p. 32.

Mantener alejado a Ángeles del movimiento revolucionario tendría, en este sentido, una razón no sólo de carácter político, sino también de índole militar. El ejército no consideraba en ese momento los servicios que podía prestar Ángeles como artillero, a lo que se sumaban las desavenencias de éste con los altos mandos, como se observa en los desacuerdos que había tenido ya con Mondragón. La conjugación de estas circunstancias imposibilitó el regreso de Felipe Ángeles al país.

A pesar de todas las conjeturas que se pudiesen hacer sobre la posición que Ángeles hubiera tomado en caso de haberle tocado participar en el movimiento revolucionario, es innegable que fue ventajoso para él no participar en la defensa del ejército al régimen porfirista, lo que mantuvo su prestigio intacto y le permitió regresar al país sin mácula alguna, llegándose a convertir en una de las piezas fundamentales del maderismo.

“El regreso de Ángeles tuvo lugar hasta el 1º de enero de 1912, ya con Francisco I. Madero al frente del país. Esta ausencia, sin embargo, fue benéfica para Ángeles, porque lo alejó de los vaivenes políticos que afectaron al Ejército a raíz de la sucesión de gobiernos, y en cambio le permitió tener un acercamiento con el nuevo mandatario, quien hábilmente se apoyó en un militar que no tenía compromisos fuertes con grupos de intereses creados.”<sup>52</sup>

Como ya se explicó anteriormente, poco se sabe de la estancia de Ángeles en Francia. No existen documentos o escritos que nos permitan atestiguar certeramente y con absoluta confianza la influencia que pudo tener su estadía en dicho país. A pesar de eso no es difícil conjeturar, por el afán que había demostrado Ángeles en algunos de sus escritos, al intentar buscarle solución principalmente a los problemas educativos y militares del ejército, que tuvo un acercamiento y una evidente influencia del espíritu ilustrado, liberal y progresista

---

<sup>52</sup> Álvaro Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles, op. cit.*, p. 11.



que se vivía entonces en la Francia de principios del siglo XX en la que <sup>53</sup>la exaltación de las virtudes y los hechos militares estaban en su punto álgido”

El impacto de las obras de Víctor Hugo, Zolá, Balzac etc... muy difícilmente pudo pasar inadvertido por un espíritu amante de las letras y la literatura como el de Ángeles. Así mismo, la oleada de transformaciones sociales y políticas que se vivía en el país debió influir positivamente en el ánimo del general. Odile Guilpain se aventura a especular una posible influencia más directa que las antes citadas, por el carácter mismo de su trabajo, de Jean Jaurès, quien en su obra *L' Armée nouvelle* exaltaba el espíritu militar, así como la capacidad de éste de fundirse con el espíritu humano enalteciéndolo aún más; la coincidencia de credos entre Jaurès y Ángeles es en este punto evidente.

“Que las grandes escuelas militares entren lo más posible en comunicación con todo el movimiento intelectual del mundo moderno... ¿Por qué mantener entre la nación viviente y el ejército siquiera un rastro de separación, un vestigio de espíritu de casta? ¿Por qué privar a los futuros jefes del ejército de ese suplemento de vida que encontrarían en la Universidad, en el libro cambio de ideas?”<sup>54</sup> La idea de Jaurès coincide de cierta forma con la percepción de Ángeles sobre la educación de los estudiantes del Colegio Militar, así como en algunas de las reformas que en el corto tiempo que estuvo al frente de la institución y logró realizar, particularmente con el afán de reforzar las materias literarias en el plantel.

“Sólo pueden hacerse conjeturas, pero es difícil que Ángeles, estando en Francia, no haya leído un libro cuyo tema entraba de lleno en el marco de sus propias inquietudes y convicciones”<sup>55</sup>

## 2) Triunfo de la revolución maderista

---

<sup>53</sup> Guilpain. *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, op. cit., p. 120.

<sup>54</sup> J. Jaurès. *L' Armée nouvelle*, Rieder, 1932, p. 541. en Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, op. cit., p. 121.

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 121.

## 2.1) Incorporación de Ángeles al gobierno maderista

Ángeles fue llamado de Europa a fines de 1911, llegando a México el 1º de enero de 1912, apenas unos meses después de que Francisco I. Madero fuera reconocido como presidente constitucional. Las ventajas de no haber participado en ninguna de las acciones del ejército porfirista en contra del movimiento revolucionario, aunadas al buen prestigio que tenía dentro del Colegio Militar, así como a los buenos comentarios que sobre él hicieron algunas de las personas allegadas al presidente Madero<sup>56</sup>, permitieron que éste decidiera utilizar sus servicios en el nuevo proyecto de país que intentaba construir.

En 1912 fue nombrado director del Colegio Militar, cumpliendo así una de sus máximas aspiraciones. A pesar de que el período que Ángeles estuvo al frente de esta institución fue de apenas unos meses, intentó realizar varios de los proyectos que ya tenía en mente y que, a su juicio, ayudarían a mejorar la formación de los estudiantes. Una de las reformas que más impacto causó en la opinión pública fue la construcción del Casino Militar. El hecho de construir un lugar de esparcimiento significó para algunos un relajamiento de la disciplina, pero tuvo la aprobación del presidente y fue visto con buenos ojos por gran parte de los alumnos.

“Nos haremos insensiblemente mejores hombres de sociedad y mejores hombres de filas. Así se eleva el nivel del oficial, que sin perder su contacto honroso, figurará con igual donaire en las humildes filas de la tropa que en

---

<sup>56</sup> “Acerca de Ángeles, escribía García desde París a su primo Madero: “Por mis conversaciones con él he comprendido que, como hombre muy recto, está contrariado en el desempeño de estas comisiones por el carácter de los contratos hechos con fábricas, en condiciones y circunstancias muy desfavorables para el país”. Las palabras de García, persona cercana a Madero, pudieron influir en la idea que sobre Ángeles se formó éste. en Adolfo Gilly “Y de mis caballos qué” p. 41 en Adolfo Gilly, (compilador) *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, ERA, 2011.

elevados escaños de las clases superiores”<sup>57</sup> Estas fueron las palabras con las que Ángeles inauguró el casino.

En general las reformas que propuso tenían como objetivo mejorar la formación académica de los estudiantes, por lo que vio necesario cambiar el sistema de exámenes, así como una iniciativa con la que buscaba infundir mayor compromiso en los educandos por lo que los permisos que ellos necesitaban podían concederse, dejando empeñada sólo la palabra, sin necesidad de poner ningún tipo de traba burocrática.

Lamentablemente, la situación en que se encontraba el país no permitió que Ángeles pudiera realizar todas las reformas que durante años había formulado y aprendido en sus viajes por el extranjero; evidentemente llevaba a costas la influencia del ejército francés que en esa época destacaba por ser uno de los más capacitados, así como de toda una serie de corrientes literarias y filosóficas que años después, durante el exilio, retomaría para explicar algunos de los sucesos que en su reciente incorporación al ejército y por las condiciones en las que se encontraba la nación, no pudo realizar.

La última de las reformas que logró materializar Ángeles fue la formación del cuerpo de voluntarios del Distrito Federal que, ante los múltiples levantamientos armados que no dejaban de aparecer a lo largo del país y que, como en el caso de los orozquistas, representaban un verdadero mal para el gobierno maderista que no podía someterlos sólo con el apoyo del ejército federal, se optó por capacitar y organizar civiles, algo similar a lo que años atrás Bernardo Reyes había propuesto con la segunda reserva.

“Con Madero, Ángeles no sólo realiza su sueño de reformar la educación de los futuros oficiales del ejército y preparar así las bases para un ejército mejor,

---

<sup>57</sup> Discurso del general Juan Manuel Torrea en: Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución, op. cit.*, p. 37.

sino que pone en práctica, en forma embrionaria, otro proyecto... En los primeros meses de 1912, Ángeles creó cuerpos de voluntarios para combatir la rebelión orozquista”<sup>58</sup>

La convocatoria realizada por Ángeles a la ciudadanía para conformar los cuerpos de voluntarios rindió frutos inmediatamente, llegando a constituirse por millares, a juicio de Federico Cervantes, que fungiría como instructor de los “Voluntarios de la Banca”.

“Ángeles organizó con gran actividad, los cuerpos de voluntarios del Distrito Federal que, formados con elementos de todas las clases sociales y constituidos en compañías y batallones homogéneos, llegaron a desfilar frente a Palacio, por millares, con buena formación y disciplina militar, dispuestos a defender al gobierno constituido”<sup>59</sup>

Algunos de los proyectos de Ángeles dieron resultados a corto plazo; de otros, poco se pudo rescatar, ya que sus reformas resbalaron sobre las condiciones tan difíciles en las que se encontraba el país.

## **2.2) Amistad con Madero**

La relación que Ángeles llevó con Madero debe ser comprendida más allá de un trato amistoso o puramente laboral, ya que, como se observa en varios de sus escritos, particularmente aquellos que escribió mientras estuvo exiliado en los Estados Unidos, la influencia que el presidente “demócrata” pudo ejercer en la personalidad de Ángeles perduró durante todo el camino que éste transitó en el proceso revolucionario.

---

<sup>58</sup> Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, op. cit., p. 124.

<sup>59</sup> Federico Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución*, op. cit., p. 39.

A raíz del llamado del presidente a Ángeles para que se hiciese cargo del Colegio Militar, Madero pudo confirmar personalmente las buenas referencias que de él había obtenido.

El hecho de que Madero viviese en Chapultepec, al igual que Ángeles, permitió que en la cotidianeidad se fueran estrechando sus relaciones. Ángeles acompañaba al presidente en sus paseos a caballo por los alrededores de la capital junto con algunos estudiantes del Colegio Militar. Como producto de uno de estos paseos rescata Cervantes una conversación en la que se evidencia el grado de afecto que ya sentía Ángeles por el presidente. “Madero: “luego que yo termine mi período presidencial, me iré a Europa para descansar de tantas dificultades.” General Ángeles: “ojalá yo pudiera acompañarlo a Europa, señor presidente”. Madero: “ya veremos, general. Usted permanecerá donde más útiles sean sus servicios”<sup>60</sup>

A pesar de la poca información que sobre esta amistad se cuenta, debido a la casi nula correspondencia entre y uno y otro, a sabiendas de la cercanía que los unía, es innegable que la influencia que ejercieron mutuamente dos almas del mismo corte, dejó huella posiblemente en el entonces presidente, pero seguramente, dejaría marcada la personalidad de Ángeles, quien durante todo el proceso revolucionario no se cansaría de loar y poner como ejemplo de virtud y patriotismo al mártir de la Ciudadela.

“En matutinos recorridos a caballo por Chapultepec, presidente y coronel fueron estrechando una relación de amistad y confianza mutua. Se combinaban tal vez la formación intelectual de ambos en el Antiguo Régimen, la influencia de la cultura francesa, ciertas inclinaciones espirituales y, por qué no, el hecho de que Madero respetara en el coronel –hombre de acción- al intelectual; y el coronel

---

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 39.

apreciara en el presidente –intelectual- al hombre de acción que en 1910 había llamado a una insurrección armada.”<sup>61</sup>

La idea que Ángeles se formó de Madero lo impactaría de tal forma que al comparar el desarrollo del proceso revolucionario buscó siempre encontrar su relación con el gobierno maderista en el que veía reflejado la más certera forma de gobernar. A modo de ejemplo están algunos pasajes recogidos de los artículos publicados durante el exilio en los que rescata la figura de Madero.

En “Díaz, Madero y Carranza” aparece Madero como “el ciudadano valeroso que surgiendo del seno de un pueblo acostumbrado a respetar la voluntad del déspota, dijo lo que el país sabía y que nadie se atrevía a murmurar siquiera... Madero tuvo dos excelsitudes, fue demócrata y fue bueno.” Al compararlo con Carranza a quien criticó dura y constantemente por la poca similitud ideológica que existía entre ellos hace las siguientes declaraciones: “Madero peleó por la libertad y dio la libertad. Carranza ha dicho que la libertad es un error y una candidez. Madero es un corazón de oro y Carranza es un corazón de acero. Los carrancistas dicen: Díaz hacía mal, pero Carranza hace bien. La historia empieza a decir: sólo Madero hacía bien.”<sup>62</sup>

Más adelante, en el artículo “De la entrevista Creelman a la Constitución de Querétaro” describe a Madero como “un hombre sincero y generoso. Había luchado por la libertad y dio al pueblo todas las libertades que las leyes le otorgan; había hecho las paces con el enemigo, y le abrió caballerosamente los brazos... La clarividencia del presidente demócrata, venía de su alma serena y de su deseo de gobernar en beneficio de toda la nación; la ceguedad de sus inteligentes

---

<sup>61</sup> Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles en la Revolución*, op. cit., p. 42.

<sup>62</sup> Ángeles Felipe “Díaz, Madero y Carranza”, en Álvaro Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, op. cit., p. 145.

enemigos venía de su odio apasionado y de su ambición del poder y privilegios perdidos.”<sup>63</sup>

Ésta concepción de la figura de Madero que manifiesta Ángeles más de un lustro después de su muerte, evidentemente no es la misma que de él tuvo en el momento en el que le conoce y que es lo que a este trabajo atañe. Como hemos señalado anteriormente, el pensamiento y la ideología de Ángeles se fueron forjando con el paso de los años y es además de lo que de su formación obtuvo, producto de una serie de acontecimientos por los que atravesó durante el proceso revolucionario y que determinaron evidentemente su forma de pensar.

A pesar de estas consideraciones, el rescate de los pasajes antes citados, que aunque se refieren ya no tanto a Fco I. Madero como presidente de México en 1911, sino al mártir nacido de las injusticias de la Revolución, mártir para el pueblo y particularmente mártir para Ángeles, podemos hacernos de ellas una idea de la admiración que Ángeles le profesó a Madero por la compatibilidad que en varios sentidos, como los antes ya señalados por Gilly, encontró en él.

---

<sup>63</sup> Felipe Ángeles, “De la entrevista Creelman a la Constitución de Querétaro”, *Ibíd.*, pp. 161-162.

## **CAPÍTULO IV**

### **FELIPE ÁNGELES Y EL ZAPATISMO**

#### **1) Situación del campesinado morelense al triunfo de la Revolución y los orígenes del Zapatismo**

El estado de efervescencia en que se encontraba el país en 1910 se observaba claramente en los movimientos de carácter político y social que en las grandes urbes se gestaban, en las que se habían creado grupos de carácter liberal que pugnaban por un relevo político en el ejecutivo y agrupaciones obreras en las que si bien es cierto muchas de las veces no iban más allá de las reivindicaciones salariales, en algunos grupos, como en los que llegó a tener influencia la política de los hermanos Flores Magón, buscaban las mejoras económicas a través de una transformación política, como se refleja en la labor realizada por el Círculo de Obreros Libres y otras organizaciones laborales que desde unos años atrás



venían organizando movilizaciones obreras a favor de la transformación política que necesitaba el país.

La atracción de este tipo de movimientos sociales que en las grandes ciudades se llevaban a cabo, hacía en ocasiones perder de vista el panorama general y dejar de lado las luchas locales que, principalmente entre el campesinado, se gestaban, muy posiblemente con mucho menos efusividad, pero con un objetivo a corto plazo similar, que era lograr una sucesión política en la que veían ellos la solución para obtener las mejoras económicas que necesitaban y que en la mayoría de los casos se concretaban en el reparto de tierras.

En este contexto es en el que destaca por sobre todas las demás, la lucha de los campesinos en el estado de Morelos, cuyos líderes, encabezados por Emiliano Zapata, decidieron secundar el Plan de San Luis y apoyar la causa maderista.

En un principio, la tarea de organizar la rebelión en los estados del sur fue responsabilidad de Alfredo Robles Domínguez, a quien Madero había comisionado para llevar a cabo la resistencia en esa región del país. Su encarcelamiento a finales de 1910 impidió que pudiese realizar cualquier labor y el movimiento revolucionario en el estado de Morelos quedó acéfalo, a la espera de que del pueblo brotara el guía que pudiese encabezar la rebelión que ya en otros estados, particularmente en el norte, estaba dando frutos. Así, a fines de noviembre, después de la represión revolucionaria que se vivió en algunas regiones del país, un grupo de campesinos entre los que había de todas las jerarquías, exceptuando hacendados, se organizó en Villa de Ayala, quedando al frente de éste don Pablo Torres Burgos, “un maestro de escuela que a menudo había ayudado a los agricultores del lugar para resolver cuestiones legales sencillas: sabían que era hombre de buen corazón y confiaban en él”.<sup>64</sup>

---

<sup>64</sup> John Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana*, Buenos Aires, S.XXI, 1974, p. 28.

El primer movimiento armado que había decidido rebelarse en contra del gobierno en el estado de Morelos quedó fraccionado en tres grupos, quedando comandados por Torres Burgos, Emiliano Zapata y Rafael Merino. Algunos meses después, en marzo de 1911, el grupo de campesinos que se había alzado en Villa de Ayala formalizaría su adhesión al Plan de San Luis, convirtiéndose en uno de los bastiones de mayor importancia del movimiento revolucionario en el estado.

“En medio de las aclamaciones, los jóvenes del pueblo se enlistaron. En rebelión formal ahora, de acuerdo con el Plan de San Luis, los de Ayala organizaron una banda de cerca de 70 hombres de diversos poblados del municipio, distribuyeron comisiones y cabalgaron hacia el sur por el campo. La revolución maderista había comenzado en Morelos”.<sup>65</sup>

El grupo de Ayala tuvo algunos inconvenientes al organizarse, lo que provocó la separación de Torres Burgos, misma que terminaría condenándolo a una muerte trágica en la que moriría junto a su hijo a manos del ejército federal. La muerte de Torres Burgos propició una reorganización en la que Zapata quedó como jefe del grupo de Villa de Ayala. Con el tiempo, y sobre todo después de imponerse en algunas batallas, este grupo cobró prestigio e importancia en el estado, ocasionando la adhesión de movimientos de menor tamaño que se unieron y reconocieron la autoridad de Zapata. A pesar de eso, durante el tiempo que duró el período revolucionario y todavía después del triunfo de los maderistas, algunas zonas del estado quedaron bajo control de otros grupos de revolucionarios entre los que destacaron las figuras de Felipe Neri, Genovevo de la O y los hermanos Miranda.

Las batallas en contra del ejército porfirista poco a poco comenzaron a darle dividendos a los revolucionarios en todo el país, que terminarían consolidándose en los tratados de Ciudad Juárez. En Morelos, el grupo zapatista que había manifestado su adhesión total al maderismo había logrado imponerse en

---

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p. 74.

importancia a los demás grupos gracias al significativo papel que jugó, junto con los grupos revolucionarios de los estados vecinos, en la derrota del ejército porfirista en la región sur del país.

El 6 de junio de 1911, una comitiva del ejército zapatista encabezada por el propio Zapata, acudió a recibir a Madero a la ciudad de México, buscando conferenciar con él para realizar, al triunfo de la Revolución, todas las demandas que a ésta habían generado. La conversación, que rescata Gildardo Magaña, revela las principales inquietudes de Zapata, que recaían en la inexistente transformación que se estaba llevando a cabo en el estado, en la que no sólo no se había repartido la tierra de los hacendados entre los campesinos, sino que los principales puestos políticos eran ocupados por el mismo grupo que durante el porfirismo había gobernado.

“Zapata dijo entonces a Madero que estaba en la mejor disposición de cumplir todas sus órdenes, que licenciaría sus fuerzas como lo disponía y que abrigaba absoluta confianza en que él, Madero, cumpliría con las promesas hechas por la Revolución, sobre todo en lo relativo a la devolución de las tierras; pero le manifestó sus dudas de que el Ejército Federal lo apoyara lealmente en el poder. Madero contestó de esta forma a la petición de Zapata: “La época en que se necesitaba de las armas, ya pasó; ahora la lucha la vamos a sostener en otro terreno. Si el actual gobernante de Morelos no garantiza los intereses revolucionarios del Estado, se pondrá uno que cumpla con su deber; pero debemos ser prudentes y no obrar con violencia, lo que nuestros enemigos y la opinión pública nos reprocharían. La Revolución necesita garantizar el orden, ser respetuosa con la propiedad”.<sup>66</sup>

Con esta entrevista en la que Madero prometió a Zapata ir a revisar personalmente la situación en que se encontraba el estado de Morelos culmina la

---

<sup>66</sup> Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, TI, México, INEHRM, 1985, p. 160.

primera fase del zapatismo. El origen del movimiento había estado, como el de muchos otros, en el corazón de la Revolución. Sus demandas coincidían plenamente con las promulgadas por Madero en el Plan de San Luis, y con el triunfo de la Revolución de la que ellos habían sido partícipes esperaban también obtener los frutos de ésta.

“Con el triunfo de la insurrección maderista, la renuncia de Díaz, la instauración de un gobierno de transición, la convocatoria a elecciones nacionales, la desaparición de los poderes locales, la disputa por la hegemonía entre las fuerzas de Zapata y las de los Figueroa y el inicio de las negociaciones para la reorganización de las instituciones y la administración pública local concluía con la primera fase del movimiento zapatista en el estado de Morelos”<sup>67</sup>

El zapatismo aunque, ciertamente ya se había convertido ya en una fuerza influyente y poderosa en el estado, -lo que demuestra el acercamiento que Madero había tenido hacia ese grupo-, todavía no daba el paso cualitativo en la transformación que lo convertiría en un movimiento de influencia y alcance nacional; esta transformación sería consecuencia de la nueva etapa a la que entraba con el “triunfo” de la Revolución.

## **2) El gobierno interino de Francisco León de la Barra**

Al firmarse los tratados de Ciudad Juárez, la organización y estabilización del país eran aparentemente cuestión de tiempo; las promesas de la revolución serían satisfechas en lo inmediato y las tropas serían licenciadas, reincorporándose a las actividades que realizaban antes de ser absorbidas por la marea revolucionaria; o, mínimamente, eso se esperaba.

---

<sup>67</sup> Felipe Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México-UNAM, p. 132.

Lamentablemente, a pesar de que Madero hubiese abrigado las mismas aspiraciones que Zapata, quedaba imposibilitado en esos momentos de poder hacer algo, como no fuera aconsejar al gobierno que él mismo había aceptado, se mantuviese en las esferas del poder. En el artículo segundo del tratado de Ciudad Juárez se aceptaba el interinato de Francisco León de la Barra, entonces Secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Díaz<sup>68</sup>. El relevo político que tanto había esperado la nación con el triunfo del movimiento maderista cavó su propia sepultura al firmar tan ignominioso tratado en el que, en principio, el grupo revolucionario se veía obligado a aceptar que siguiese al frente de la nación el mismo grupo político al que había buscado desplazar, pero con una careta distinta, aceptando el relevo que “democráticamente” debía realizarse en el país.

De los cuatro puntos que comprendían el tratado de Ciudad Juárez, los primeros dos hacían referencia a la renuncia de Díaz y Corral de los puestos de Presidente y Vicepresidente, respectivamente; el tercero, y el que más daño causaría a la postre al maderismo, manifestaba que el, hasta entonces, secretario de relaciones exteriores, Francisco León de la Barra, se haría cargo de la presidencia interina: “Que por ministerio de la ley, el señor Lic. D. Francisco León de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del gobierno del señor General Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la constitución.”<sup>69</sup> El punto cuatro declaraba que serían atendidas las necesidades de cada estado y se resolverían, tomando en cuenta el daño que la Revolución había causado en ellos, y a su vez quedaba por sentado el licenciamiento obligado de las tropas revolucionarias que habían conformado el cuerpo de la Revolución maderista, pero que Madero aceptaba sacrificar en “aras” de la paz nacional.

La reorganización política que esperaba lograr Madero comenzó con la disolución del Partido que lo había hecho llegar al poder, el Partido

---

<sup>68</sup> *Tratado de Ciudad Juárez* en Gildardo Magaña, *op. cit.*, p. 138.

<sup>69</sup> *Tratado de Ciudad Juárez* en Blas Urrea, *Obras Políticas*, México, INEHRM, 1985, p. 453.

Antirreeleccionista, anunciando la formación del Partido Constitucional Progresista; esto significaba, más allá del simple cambio de nombre, la disolución del grupo político con el que había conquistado el poder, en el que destacaba la participación de los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez, que entonces eran ministros de Gobernación e Instrucción Pública, respectivamente. La ruptura con los Vázquez Gómez se fundaba principalmente en las discrepancias políticas que desde su integración a la Revolución habían surgido con Madero. Francisco Vázquez Gómez, quien fuera el candidato a la vicepresidencia por el Partido Antirreeleccionista, consideraba que la política que seguía Madero con de la Barra era equivocada, y fue el presidente interino quien exigió, con el aval de Madero, la renuncia de su hermano como ministro de Instrucción Pública.

Eran innegables los intereses de los Vázquez Gómez de imponerse a la política maderista, la cual cuestionaron desde el encarcelamiento de Madero en 1910 y su llamado a la insurrección. La creación de un nuevo partido pretendía depurar las intrigas y lucha de intereses que se habían multiplicado a raíz de la firma del Tratado de Ciudad Juárez, y los primeros en ser descalificados de la nueva organización política serían los Vázquez Gómez, quienes representaban un peligroso obstáculo que Madero buscó sortear antes de tomar la presidencia de la República. Se puede resumir en tres razones fundamentalmente el motivo por el que Madero buscó sustituir al Partido Antirreeleccionista por el Partido Constitucional Progresista: “en primer lugar consideraba que el Partido Antirreeleccionista había cumplido ya su papel y no tenía razón de seguir existiendo, puesto que la revolución había triunfado y sus principales objetivos, el sufragio efectivo y la no reelección, habían sido aceptados como principios constitucionales y estaban próximos a ser sancionados legalmente en todo el país. Además, era necesario hacer una depuración en las filas maderistas, puesto que en el mes transcurrido desde la salida de Díaz habían aflorado fuertes contradicciones entre algunos de sus más prominentes miembros, particularmente entre los hermanos Vázquez Gómez y el primer círculo maderista... Finalmente, Madero y sus asesores creyeron que había condiciones para crear un partido

moderno que representara al movimiento maderista y le sirviera de apoyo no sólo para ganar las elecciones, sino para ser el sostén político de su gobierno”<sup>70</sup>.

Mientras Madero provocaba la desbandada en sus filas, la política del llamado “presidente blanco” era buscar la pacificación del país, pero sin afectar los intereses que realmente representaba, que eran aquellos contra los que había peleado la Revolución. La situación en Morelos entre los grupos campesinos y las autoridades respaldadas por de la Barra comenzó a friccionarse, a tal grado que, Zapata, no obstante haber aceptado y realizado en un principio la disolución de su ejército, se vio en la necesidad de reorganizarlo, mientras que por parte del gobierno, la reacción fue dejar el asunto en manos del Ejército Federal que entró a Morelos bajo las órdenes de Huerta, buscando, la “pacificación” de toda la región sur que no había asimilado aún, el “triumfo” de la Revolución.

“Huerta, que había sido uno de los mejores oficiales de combate del ejército porfiriano, tenía experiencia especial en el sur. Pero el hombre era tortuoso, perfectamente depravado, además de que aún suspiraba por las insignias de general de división. Además tenía un interés político, lo mismo que profesional y personal, en la campaña de Morelos”<sup>71</sup>

La campaña que Huerta emprendió en Morelos poco a poco comenzó a tomar tintes cada vez más sangrientos. La política de León de la Barra ejecutada por Huerta era no dejar prácticamente rastros del movimiento revolucionario, pero no mediante la solución de los problemas que habían obligado a los revolucionarios a levantarse en armas, sino por la vía de la desaparición misma de los revolucionarios en quienes el gobierno veía el problema.

---

<sup>70</sup> Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Entre el porfiriato y la revolución*, México, UNAM, 2005, p. 89.

<sup>71</sup> John Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana*, *op. cit.*, p. 109.

A pesar de las constantes entrevistas realizadas entre Madero y Zapata, el papel de la opinión pública evidentemente cargado en contra de los revolucionarios, la negativa de Zapata a desarmar a sus tropas hasta que fueran realizadas las promesas de la revolución en lo que respecta a la devolución de la tierra a los campesinos, y la hostilidad con que la campaña militar dirigida por Huerta se había mostrado en territorio morelense, era muy difícil llegar a un acuerdo de paz entre los dos grupos en discordia, por lo que, poco a poco, y sin poder impedirlo, las relaciones entre zapatistas y maderistas se fueron enfriando.

Muestra clara de la forma en que la prensa incidía en la opinión negativa que se tenía del grupo zapatista en el país, son las notas publicadas por el poco imparcial periódico *El Imparcial*, que en su entrega del 18 de junio de 1911 abordaba de la siguiente forma la situación reinante en el estado de Morelos: “El público se halla bajo una impresión ingrata, motivada por las pavorosas noticias que, acerca de la situación en que se encuentra el vecino estado de Morelos, ha dado la colonia morelense a los periódicos metropolitanos... Zapata ha declarado públicamente que no acata a ningún gobierno. “No reconozco más gobierno que el de mis pistolas” dice, y ha empezado a armar de nuevo a sus hombres”<sup>72</sup>

Las relaciones entre gobierno y zapatistas quedaron prácticamente truncadas ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo, en principio por la fría y lenta reacción de Madero ante el gobierno del “presidente blanco”, y, en segundo lugar, por la férrea convicción de Zapata de no detener su lucha hasta no ver resueltas las demandas de los campesinos del estado.

Las razones por las que Madero no logró influir en el gobierno de León de la Barra de manera significativa, en la búsqueda de un acuerdo con los zapatistas, responden más que a una cuestión operativa o de arreglo entre Madero y el entonces presidente interino, a un problema mucho más fundamental que

---

<sup>72</sup> *El Imparcial* 18 de junio de 1911.



terminaría evidenciándose en la política que ya como presidente aplicaría Madero para con los zapatistas.

Madero, al igual que el grupo político conocido como los científicos, pertenecía a una clase social que distaba mucho de simpatizar con los rebeldes en Morelos. Los intereses de la clase a la que Madero representaba eran mucho más afines a León de la Barra que a Zapata, y si bien es cierto, Madero había aceptado la participación de los campesinos en Morelos, que veían en el Plan de San Luis una oportunidad para que se hiciera justicia ante la precaria situación en la que habían vivido antes y durante el porfiriato, con el triunfo de la Revolución, su participación sólo representaba un estorbo para el proyecto de país que Madero intentó poner en práctica.

Más allá de las formalidades que Madero cubrió, haciendo llamados a Huerta y al presidente interino para no utilizar excesivamente la fuerza en contra de los zapatistas, sus intereses eran marcadamente más compatibles con los del grupo político entonces en el poder, que con el campesinado morelense a quien no logró “salvar” de una dura compañía militar que en su contra se gestaba desde las cúpulas del poder.

“Aunque Madero no compartía totalmente la visión jerárquica y autoritaria de León de la Barra y Huerta, coincidía con ellos en el mantenimiento del orden constitucional, el fortalecimiento de las instituciones y la conservación del *statu quo*; la suya era una afinidad de clase, pues pertenecía a las mismas élites.”<sup>73</sup>

Ante la imposibilidad de resolver el problema con la mediación de Madero, Zapata buscó acudir a León de la Barra para que se detuvieran los enfrentamientos entre el Ejército Federal y los grupos rebeldes en el estado:

---

<sup>73</sup> Felipe Ávila Espinosa, *Entre el porfiriato y la revolución, op. cit.*, p. 179.

“Señor: La presencia de las fuerzas federales ha venido a trastornar el orden público. El pueblo se indigna cada vez más con su presencia y amago; ruego a usted, en bien de la patria, ordene el retiro de las fuerzas federales y yo haré la paz en veinticuatro horas. El pueblo tiene entendido que un grupo de hacendados “científicos” ha provocado este conflicto; es justo que se atienda a las demandas equitativas del pueblo. El pueblo quiere que se respeten sus derechos; el pueblo quiere que se le atienda y se le oiga y no es posible que por que hace una petición, se trate de acallararlo con las bayonetas.”<sup>74</sup>

La respuesta del gobierno ante la petición de Zapata no fue la que se esperaba, ya que apenas después de haber llegado a un acuerdo con Madero, Huerta movilizó sus tropas sobre la plaza de Yautepec, cercana a Cuautla, con el claro objetivo de hacerse de la plaza. Madero buscó detener el avance ante la posibilidad de que se rompiesen nuevamente las negociaciones, y envió telegramas a de la Barra y Huerta, buscando evitar la confrontación “No está justificado el derramamiento de sangre en este estado (Morelos), pues Zapata y los suyos siempre han manifestado que están dispuestos a acatar las órdenes del Supremo Gobierno, lo cual demostraron al aceptar sus condiciones. Dentro de pocos momentos salgo para Yautepec, para evitar haya algún encuentro entre las fuerzas de Zapata y las del mismo Huerta, cuya conducta para mí es algo sospechosa”. La respuesta de de la Barra sólo se limitó a exigir a Madero justificar sus sospechas en contra de Huerta, sin intervenir en la solución del problema.

Las hostilidades en Morelos continuaron sin que las intenciones de Madero y Zapata pudieran detenerlas. La política de León de la Barra y Huerta dio sus frutos ya que en septiembre el ejército tenía ocupadas ya varias plazas en el estado. En septiembre de 1911 Huerta envió a de la Barra un telegrama en el que daba cuenta de los resultados de la labor de pacificación efectuada en el estado y los buenos resultados que de ésta se habían obtenido en las ciudades en las que

---

<sup>74</sup> Carta de Zapata a de la Barra, 17 de agosto de 1911, en Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, op. cit., p. 273.

continuaba “sembrando, si cabe la palabra, la confianza... predicando con los fusiles y con los cañones del gobierno de la República de la armonía, la paz y la confraternidad entre todos los hijos de Morelos”<sup>75</sup>

A finales del mes, y después de lograr la dispersión de las huestes zapatistas, obligando a Zapata a refugiarse en las montañas de Puebla, se consideró que el trabajo en Morelos estaba concluido y la labor de pacificación de Huerta había con esto terminado. La verdad no pudo ser más adversa a tan ilusoria idea de de la Barra y Huerta.

“Después de la “predicación” marcial de Huerta, de los pueblos salieron en gran número nuevos reclutas, lo mismo que de las haciendas, para aumentar el número del ejército rebelde hasta los mil quinientos hombres”.<sup>76</sup>

El 6 de noviembre de 1911, Madero asumiría oficialmente el cargo de presidente de la república y Huerta sería sustituido como jefe militar en Morelos. Aparentemente con la llegada de Madero al poder, las difíciles condiciones en las que se encontraba el estado de Morelos terminarían y se daría entrada, de manera definitiva, a la tan añorada paz que tan arduamente se buscaba.

### **3) Fricciones e inestabilidad del gobierno maderista en Morelos**

Al tomar posesión Madero como presidente constitucional, era de esperarse que la actitud hacia los zapatistas cambiase. Las esperanzas de Zapata, que a pesar de haber tenido ya varios desengaños ante la política pasiva de Madero antes de ser elegido presidente, no se habían agotado del todo, por lo que concertó una entrevista con Gabriel Robles Domínguez, quien representando al gobierno maderista buscaba la pacificación de Morelos por la vía diplomática. Zapata acordó con Robles Domínguez apartar a los guerrerenses del gobierno de Morelos

---

<sup>75</sup> Carta de Huerta a de la Barra, en Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana. op. cit.*, p. 119.

<sup>76</sup> Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana. op. cit.*, p. 120.

y restablecer al grupo de Ayala como poder dominante. Las tropas federales evacuarían el estado y los revolucionarios se convertirían en policía federal. Finalmente, se daría cumplimiento a las demandas agraristas propuestas en el Plan de San Luis.<sup>77</sup>

La respuesta de Madero al pacto que había logrado Robles Domínguez con los zapatistas no pudo ser más desconcertante. La política conciliadora que había practicado antes de tomar el poder se esfumó de inmediato al ocupar la silla presidencial. La respuesta con que recibió a Domínguez fue tajante, y demostró la imposibilidad que existía desde ese momento de lograr un acuerdo pacífico con los zapatistas. “Haga saber a Zapata que lo único que puedo aceptar es que inmediatamente se rinda a discreción y que todos sus soldados depongan inmediatamente las armas.... Manifiéstele que su actitud de rebeldía está perjudicando mucho a mi gobierno y que no puedo tolerar que se prolongue por ningún motivo”<sup>78</sup> Posteriormente, en declaraciones oficiales respecto a las propuestas de Domínguez, Madero manifestaba que “A consejos de esa naturaleza no puedo dar oídos”<sup>79</sup>

La actitud de Zapata a la respuesta que Madero dio a sus demandas, fue evidentemente de rechazo. En ese momento se rompía cualquier posibilidad de concertar un acuerdo pacífico y se declaraba irremediabilmente la guerra entre ambos bandos.

Al mando de Casso López, las fuerzas federales arremetieron contra los zapatistas en Villa de Ayala, obligando a Zapata y sus huestes a huir y reorganizarse. No había ya vuelta atrás, la confrontación contra el maderismo estaba declarada.

---

<sup>77</sup> *Ibíd.*, p. 122.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 123.

<sup>79</sup> Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, op. cit., p. 168.

Buscando dar una mayor solidez política a su lucha ante las nuevas circunstancias que la determinaban, y ante las cuales no podía seguir siendo bandera ya el Plan de San Luis, Zapata y sus hombres se organizaron sacando a la luz una nueva bandera, con nuevos objetivos, y propósitos que buscaba redimir y hacer justicia no sólo a los campesinos de Villa de Ayala o del estado de Morelos, sino a todos aquellos cuyos intereses simpatizaran con esta causa. Y principalmente, que tenía como objetivo dar cuerpo a la lucha que la prensa conservadora y los grupos políticos que representaban a la clase contra la que el levantamiento se originó, trataban de anárquica y desorganizada.

El Plan de Ayala fue dado a conocer por *El diario del hogar* el 15 de diciembre de 1911, y entre sus principales postulados aparecía el desconocimiento de Madero como jefe de la revolución y en su carácter de presidente de la República, nombrando en su lugar al general Pascual Orozco. “Establecían la toma inmediata de las tierras arrebatadas a los campesinos, dando la oportunidad a los hacendados de que fueran ellos quienes hicieran el reclamo legal; y la expropiación, previa indemnización de la tercera parte de las tierras monopolizadas por grandes latifundistas y de la totalidad de las propiedades de quienes se opusieran al Plan.”<sup>80</sup>

El artículo sexto, el más radical e importante de todos, señalaba que “los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes y muebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a esas propiedades... y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución”.<sup>81</sup>

---

<sup>80</sup> María Suárez del Solar, *Francisco I. Madero, Antología*, México, INEHRM, p. 119.

<sup>81</sup> Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1962 p. 217.

Los artículos séptimo y octavo, en el mismo sentido que el sexto, autorizaban la repartición de las tierras monopolizadas por los poderosos propietarios con el fin de que todos aquellos que no tuviesen una propiedad en la que pudiesen laborar, adquirieran una, advirtiéndoles que quienes se opusieran a dicha repartición, serían despojados de sus bienes en beneficio de las viudas y huérfanos de la revolución.

Las reformas que buscaba aplicar el movimiento zapatista, y que cristalizaba el Plan de Ayala le dieron sentido a su lucha y a la de miles de campesinos y desheredados que a lo largo del país había dejado la Revolución. Con un plan estructurado y resuelto, Zapata y sus huestes buscaban reivindicar los intereses de una clase dispersa que no tardaría en identificarse con sus propuestas de transformación.

“El Plan de Ayala venía a ser la manifestación viva, en el campo de las ideas, del ser natural de los campesinos zapatistas, cuya revolución se caracteriza por rasgos que tienen una entraña común, única y milenaria”<sup>82</sup>

El llamado que del Plan se desprendía logró despojar al movimiento zapatista de su carácter regional, ganando la simpatía de otros grupos que, inconformes con el proceder de Madero, se adhirieron, aunque sea formalmente, a la lucha de los campesinos de Morelos. Las propuestas radicales, que afectaban estructuralmente la propiedad agraria y el marco jurídico en el que ésta se insertaba, fueron las que definieron entonces al movimiento zapatista.

Los enfrentamientos entre zapatistas y el ejército federal se multiplicaron después de promulgarse el Plan de Ayala. La campaña militar iniciada por Huerta y continuada por el general Arnoldo Casso López había sido contraproducente, ya que a pesar de haber tenido éxito en cuanto al número de bajas que habían logrado en las filas del zapatismo, la violencia y los medios poco ortodoxos

---

<sup>82</sup> Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, ERA, 1975, p. 149.

utilizados, habían hecho crecer más aún al grupo de Ayala, que ahora encontraba apoyo en prácticamente todos los pueblos de Morelos a los que acudiese, a diferencia del ejército federal que era repudiado en cada rincón del estado.

“En su informe final, Casso López afirmó que durante su jefatura, entre el 5 de octubre y el 31 de enero, los 3500 hombres de las tres armas a su cargo habían ocupado 34 poblaciones de Morelos y el Estado de México, habían sostenido 51 combates en los que lograron infligir 377 bajas a los rebeldes, y todo ello sin que sus fuerzas hubieran sufrido una sola derrota. Empero, las críticas que varios hacendados y autoridades políticas hicieron a la forma en que condujo la campaña y el hecho inobjetable de que la rebelión no había podido ser controlada, desmintieron su triunfalismo y llevaron al gobierno federal a optar por su substitución”.<sup>83</sup>

Por instrucciones de Madero, la Secretaría de Guerra nombró a fines del mes de enero al general Juvencio Robles como Jefe de las Armas, a quien se dieron instrucciones de actuar en contra de Zapata. Evidentemente, y a sabiendas del pasado que Robles arrastraba, Madero no pretendía cambiar de estrategia para doblegar a los zapatistas, sino por el contrario, endurecería la que ya Huerta y Casso López habían realizado en Morelos, esperando con esto doblegar sin piedad alguna a los rebeldes.

Un día antes de que Robles saliera de Puebla y que, con ochocientos hombres entrara a Cuautla, éstas fueron las palabras de *La Prensa*, que auguraba ya el objetivo de la campaña de exterminio que realizaría Robles “El programa “duro” para aniquilar al zapatismo. Después de complementar el sistema blando de la víspera, diciendo que hay que sanar a la población, como lo son las de toda región productora de aguardiente, por sed de ese licor: dicen que el programa

---

<sup>83</sup> Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo, op. cit.*, p. 218.

“duro” consistiría en arrasar los poblados, incendiando, fusilando, pasando a degüello sin compasión de ninguna especie.”<sup>84</sup>

La experiencia de Juvencio Robles en campañas de exterminio era bien conocida por todos, dado el éxito que habían tenido éstas contra los indios en la frontera norte. Robles sabía el papel que le tocaba jugar y el llamado de auxilio que de Madero salía, sacrificando ya cualquier dejo de simpatía hacia el grupo zapatista. Con crudeza, exclamó: “En un lapso de tiempo relativamente corto - predijo- reduciré a esa falange de bandoleros que actualmente asolan el estado de Morelos con sus crímenes y robos dignos de salvajes”<sup>85</sup>

La política de “recolonización” que puso en práctica Robles, inspirada en los procedimientos utilizados por los españoles en la guerra contra Cuba, consistía fundamentalmente en sacar a la gente de sus pueblos, enviándola a campos de concentración, evitando así que los rebeldes pudiesen conseguir cualquier tipo de apoyo en pueblos incendiados o controlados en su totalidad por los federales, en los que cualquiera que no tuviese un grupo definido entre el ejército, los rebeldes, o los campos de concentración, era considerado como hostil por el ejército y, por consiguiente, pasado por las armas.<sup>86</sup>

Robles justificó más adelante su conducta, arguyendo que “Si a esos pueblos destruidos los zapatistas volvían a ocuparlos y de sus casas hacían trinchera, para abatir a los federales, obteniendo por otra parte elementos de vida de los habitantes, nada más racional y lógico que destruir esos reductos zapatistas y evitar que los vecinos dieran armas, parque y alimentos a los bandidos”.<sup>87</sup>

El desprestigio y el odio del pueblo morelense hacia Robles recién empezada su campaña se esparció por todo el estado. La política sanguinaria que

---

<sup>84</sup> *La Prensa*, 8 de febrero de 1912.

<sup>85</sup> *El País* 1 de febrero de 1912.

<sup>86</sup> Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana*, op. cit., p. 135.

<sup>87</sup> *El país*, 31 de agosto de 1912.



éste aplicó en varias regiones del estado, como Yautepec y Nexpa, las primeras en sufrir el impacto de la “nueva” política maderista, dieron muestra de lo implacable que se tornaría la lucha contra el zapatismo.

Mientras que Robles utilizaba todas las estrategias de sometimiento conocidas, los rebeldes seguían fieles a su estrategia de “apariciones intempestivas y retiradas violentas”. A pesar de que habían logrado darle dirección al movimiento con el Plan de Ayala, su lucha seguía estando determinada directamente por su condición social que los obligaba a suspender las hostilidades cuando debían acudir a sus tierras en temporadas de siembra y de cosecha, actividad que no podía evitar Zapata, a riesgo de sumir al pueblo morelense en una hambruna.

La organización militar del grupo zapatista no podía dar el paso cualitativo al de un ejército mientras se mantuviese condicionada por elementos de esta naturaleza; por lo que a pesar del evidente crecimiento que en sus filas se observó a raíz del Plan, su estrategia seguiría siendo la guerrilla, lo que impediría de alguna forma que llegara a hacerse del control total del estado, aunque, al mismo tiempo, le garantizaba una existencia duradera al verse el ejército imposibilitado de desaparecer a un grupo al que nunca podía encontrar en su totalidad y al que era imposible desaparecer en una batalla.

Ante la poca popularidad que tuvo la campaña de Robles en el estado, que llevó a los mismos hacendados a recriminar a Madero, el grupo rebelde creció con el paso de los meses. De la O entró en combate con las mejores tropas federales en Huitzilac; Neri y Salazar arremetieron contra Tepoztlán; Lorenzo Vázquez incursionaba cada vez con más facilidad en las haciendas de la parte central de Morelos; Mendoza logró un exitoso avance desde Axochiapan hasta Zacualpan, mientras que los hermanos Zapata llevaron a cabo importantes asaltos en el sur y el oeste de Puebla.<sup>88</sup>

---

<sup>88</sup> Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana*, op. cit., p. 139.

El levantamiento de Orozco en el norte fue el factor que había obligado al ejército federal a disminuir sus efectivos y había permitido el crecimiento de los grupos rebeldes. El ejército de Juvencio Robles empezó a mermarse y no le quedó más opción que replegarse a las ciudades que ya tenían controladas e interrumpir la campaña. Después de algunos meses de intensa lucha, llegó la calma. A lo largo de junio y los primeros días de julio, los grupos rebeldes “descansaron”; habían empezado las lluvias y era tiempo de sembrar.

Evidentemente la política utilizada por Robles no había surtido el efecto esperado; el objetivo era dar un golpe seguro y definitivo al zapatismo que no le permitiese levantarse nuevamente y aunque lo intentó con la estrategia sanguinaria que instrumentó en el estado, los resultados habían sido completamente adversos. Los rebeldes hicieron suya la sabiduría de “lo que no te mata te fortalece”. Al no ser definitivo el golpe que Madero buscó asestar a la rebelión en Morelos, las consecuencias fueron funestas para la causa oficial, ya que gran parte de los campesinos de Morelos y de estados como Puebla y Guerrero decidieron unirse a la revolución zapatista, a sabiendas de que era la única opción que tenían para defender sus vidas, y, los que tenían, su propiedad, ante la política despiadada de Robles que no dejó opción a los pacíficos campesinos que se habían resistido hasta el momento a unirse a la revuelta.

“Hablar en Morelos de Juvencio Robles, es despertar en la mente de los surianos el recuerdo de sufrimientos sin cuento, de atrocidades inauditas, de horribles crímenes cometidos impunemente por la fuerza brutal de un soldado salvaje, apoyado por el alma negra de un jefe sin conciencia. Durante los seis meses que Robles tuvo el mando militar en el desventurado estado suriano, arrasó pueblos, destruyó plantíos, paralizó el movimiento de trenes, y dictó cuantas medidas le parecieron extremas; pero no tuvo éxito en las operaciones militares, ni exterminó la rebelión.”<sup>89</sup>

---

<sup>89</sup> Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, op. cit., p. 170.

La política que se había implementado en contra de los grupos rebeldes que se mantuvieron indóciles al régimen maderista, evidentemente había fracasado. Fueron varias las regiones del país que aún no había sido posible pacificar desde que comenzó el proceso revolucionario, y muchas de las cuales habían intensificado su actividad con la llegada de Madero al poder.

Madero continuaba siendo víctima de sus errores, y sobre todo de la fría postura que había adquirido desde que asumió la presidencia, en la que no terminó por decantarse por ningún bando. La disolución de su partido y la caída irremediable de los hermanos Vázquez Gómez había significado el primer clavo al ataúd que él mismo construía a su gobierno. La permisiva actitud que había mostrado hacia el “antiguo régimen” y que se evidenció en el interinato de León de la Barra, quién había maniobrado acorde a los intereses del grupo político al que realmente representaba, y al que la revolución maderista no había logrado expulsar de las esferas del poder, comenzaba a dar frutos.

Finalmente, siendo uno de los errores fatales de su política, había confiado su gobierno al ejército federal, aquél ejército al que había combatido y derrotado, y que evidentemente no sólo no simpatizaba con la bandera política que él se jactaba representar, sino que eran enemigos declarados de la Revolución.

En menos de seis meses de gobierno, Madero había puesto en tela de juicio su solidez como representante del ejecutivo nacional; los levantamientos en su contra se multiplicaban a lo largo del país, y todo el calor popular que recibió los primeros días de noviembre al hacerse cargo de la presidencia había desaparecido. Era necesario dar un viraje radical en su política; de lo contrario sus días al frente del ejecutivo estaban contados; Madero se percató de eso, y tanto en Morelos como en otras regiones conflictivas del país buscó conciliarse con aquellos que habían sido el soporte de su revolución y que ahora representaban a la oposición.

En Morelos se nombró a un nuevo gobernador en sustitución de Naranjo. Aniceto Villamar fungiría como gobernador interino y Francisco Sánchez, miembro del grupo político de Patricio Leyva, secretario de gobierno. Otra de las concesiones y una de las más importantes de las propuestas para mejorar las condiciones del estado, fue la sustitución de Juvencio Robles, quien se había ganado el repudio del estado entero, por Felipe Ángeles, quien entraría al relevo buscando rescatar algo del prestigio de la revolución que sus antecesores, Huerta, Casso López y Robles, habían desaparecido casi por completo.

#### **4) Felipe Ángeles, Campaña en Morelos**

Al observar los malos resultados que la política de terror aplicada en Morelos había dado a cargo de hombres como Huerta, Casso y Robles, Madero buscó dar una salida distinta al problema. Acudió a un hombre que evidentemente tenía una concepción diferente de la situación y cuyos métodos sabía, por la cercana relación que con él tenía, serían radicalmente distintos.

Felipe Ángeles fue nombrado el tres de agosto de 1912 jefe de la campaña militar en Morelos. Su formación y comprensión de los problemas distaba mucho de la de sus predecesores, y antes siquiera de comenzar la campaña mandó un mensaje al pueblo morelense haciéndole saber la idea que él tenía sobre las dificultades que en esta región del país existían y la forma mediante la que buscaría darles solución:

“No vengo a hostilizar a las poblaciones, sino solamente a los bandoleros; que mi misión es de progreso y no de exterminio; que trato de lograr que los

hombres trabajadores y honrados reanuden sus tareas; pero esto no obsta para que emplee intensamente a las tropas y trate de obtener de ellas el rendimiento máximo. Al contrario, por medios políticos encontraré en la sociedad civil el apoyo indispensable para el activo empleo de las tropas”.<sup>90</sup>

Evidentemente, la política que seguiría Ángeles para con los zapatistas sería de conciliación y no de exterminio. Las nuevas directrices en la campaña de Morelos, que si bien tenían como objetivo destruir el problema de fondo, dejaban de lado los intereses que sus predecesores habían puesto en el curso de esta campaña militar y que al entrar Ángeles quedaban completamente en el olvido. La prensa capitalina puso en tela de juicio la designación de Ángeles y cuestionó la poca “dureza” con la que pretendía zanjar los problemas del estado.

El día 12 de agosto llegan noticias del descarrilamiento de un tren en Tukumán por parte de los zapatistas, noticia que contrasta radicalmente con la que Ángeles había enviado casi simultáneamente y en la que aseguraba que “la situación estaba tranquila”. Esta aparente contradicción provocó una reacción inmediata de la prensa, y el 14 de agosto *El Diario* publicó un artículo titulado “¡Defendámonos! La ola de sangre” en el que critica duramente la estrategia seguida por Ángeles y pone en tela de juicio su compromiso con la campaña militar a su cargo “¿Continuará el señor general Felipe Ángeles entregado a ese pastoril optimismo? ¿Continuará candorosamente, relatando a los repóteres sus planes y publicando... que pondrá minas en tal y cuál punto para que los bandidos rebeldes las eviten?”.<sup>91</sup>

A la campaña de desacreditación que se desata contra la nueva política seguida por Ángeles en Morelos, éste responde en un artículo publicado el 25 de agosto en *Nueva Era*, y en el que acusa particularmente al periódico *El Imparcial* de “especular con falsas noticias alarmando a la República”. En esta calurosa

---

<sup>90</sup> Felipe Ángeles, “Manifiesto al Pueblo de Morelos” en Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, op. cit., p. 187.

<sup>91</sup> *El Diario* 14 de agosto de 1912.

defensa que hace Ángeles de su labor militar acusa a dicho periódico de servir sin escrúpulo alguno a los intereses del antiguo régimen y de maniobrar para que la opinión pública se haga una idea distorsionada de la realidad dejando mal parado al gobierno maderista:

“Todo el mundo comprende, aquí en el interior del estado, que esta anormal situación... no tiene ninguna importancia ni fines políticos, y al ver que *El Imparcial* se la da, no se puede menos que censurarlo acremente y atribuirle, o el odioso fin de especular pecuniariamente, o bien el de alarmar a la República y hacer caer la culpa en el jefe del Estado, con el propósito de desacreditarlo y procurar a los amigos de *El Imparcial* (los hombres del antiguo régimen) una débil probabilidad de volver a ocupar sus empleos y de volver a explotar al país”.<sup>92</sup>

Aunado al espíritu reformador con el que Ángeles llegaba a Morelos, se unió la campaña también de conciliación realizada por el gobernador interino, Aniceto Villamar, quien prometió que “tribunales severos e imparciales... resolverían la cuestión agraria... por medio de acuerdos equitativos con los terratenientes que, sin duda, aspiran también al establecimiento de la paz”.<sup>93</sup>

Los resultados de las reformas impulsadas por el intermitente gobierno de Morelos fueron la promulgación de tres iniciativas de ley con las que se buscaba atenuar la inconformidad de los rebeldes: el aumento del 10% en los impuestos de las haciendas, la adquisición en dominio público de los terrenos del mercado de diversas haciendas y finalmente, la fundación de una escuela estatal de agricultura y mecánica.<sup>94</sup> A pesar de que dichas propuestas fueron en principio aprobadas, al realizarse el relevo político sólo dos diputados de la legislatura anterior regresaron a sus escaños, y las reformas que posiblemente habrían de aplacar el estado de

---

<sup>92</sup> *Nueva Era*, 25 de agosto de 1912

<sup>93</sup> *El Diario-El País* 28 de agosto de 1912 en Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana*, op. cit., p. 147.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 149.

ánimo de gran parte de los pueblos que habían decidido proteger a los rebeldes, fueron rechazadas.

“Si hubiesen elaborado y amplificado las reformas que ya se habían presentado, se habrían podido establecer como los gobernantes legítimos de Morelos, y los jefes rebeldes habrían tenido que abandonar la lucha allí o rendirse, o ir a buscar partidarios a otra parte”<sup>95</sup>

Independiente de las reformas que en materia política se buscó realizar, la estrategia que Ángeles había aplicado comenzaba a dar frutos. A pesar de que durante el mes de septiembre se reportaron 25 acciones de armas en Morelos, la mayoría de ellas emboscadas y tomas de pequeñas poblaciones,<sup>96</sup> la mayor parte de la gente pacífica que había decidido no rebelarse, a pesar de las precarias condiciones de vida en que se encontraba, pero que ante la campaña de terror emprendida por Robles había decidido dar su apoyo a los rebeldes, comenzó a convencerse de la benigna política de Ángeles y a confiar a ellos la suerte de sus pueblos. Evidentemente, esto afectó al grupo zapatista, que vio cómo sus filas mermaban y su fuerza se aminoraba con la reducción del apoyo popular provocado por la confianza que, sin ser total aún, se había dado al ejército federal.

“Como reconocieron después Zapata y De la O, la táctica empleada por Ángeles y el desgaste ocasionado por la guerra restaron fuerza y base social a los alzados, lo cual hizo de ésta la etapa más difícil de la insurrección”<sup>97</sup>

Durante la campaña en Morelos se pusieron para Ángeles muchas cosas en claro. La situación interna del ejército era sumamente alarmante. Más allá de la equivocada estrategia seguida por Robles y con la cual fue muy crítico, vislumbró el rompimiento político que existía en sus filas, y la campaña de desprestigio e

---

<sup>95</sup> *Ibíd*

<sup>96</sup> Ávila, Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, *op. cit.*, p. 248.

<sup>97</sup> *Ibíd.*, p. 249.

inconformidad que existía entre los más altos representantes del ejército y el grupo político que apoyaba a Madero.

En un artículo publicado en diciembre de 1917, durante su exilio en los Estados Unidos, se manifestaría la figura de un Ángeles mucho más analítico y pensador, que llevaba a cuestas evidentemente la experiencia de un proceso revolucionario complejo y que después de haber presenciado los acontecimientos del fracaso del primer brote revolucionario, podía dar una opinión mucho más centrada y objetiva del problema, misma que habría sido imposible conjeturar cinco años atrás, a pesar de que hubiese podido inferir sus consecuencias.

Aunque es imposible concebir que en 1912 Ángeles hubiese logrado dar una opinión del tamaño y la certeza de la que observamos en 1917 en su artículo titulado “Genovevo de la O”, realiza un análisis profundo del significado de la campaña que encabezó en Morelos y de las grietas que existían y comenzaban a manifestarse más claramente entre los representantes del “antiguo régimen” y los maderistas, y que terminarían rompiéndose definitivamente en los trágicos acontecimientos de 1913 en La Ciudadela.

Dos aspectos de fundamental importancia es necesario rescatar de la opinión de Ángeles sobre lo acontecido en Morelos. En primer lugar, pone de relieve el rompimiento que existía entre el Ejército y Madero, que pudo él presenciar mucho más de cerca al “pertenecer” de una u otra forma, a los dos grupos. En segundo lugar, pone de relieve la equivocada política desarrollada por Madero contra los zapatistas, quienes habían formado parte del pilar social que lo llevó a la presidencia y a quienes había tratado como enemigos desde su llegada al poder, política que aplicó en varias regiones del país y cuyas consecuencias terminarían siendo fatídicas para Madero y para el país entero.

La narración que ofrece Ángeles sobre la mala organización que existía dentro del ejército comienza con la descripción de los soldados que lo recibieron a



su llegada a Morelos y quienes “parecían sin alimentos, amarillos los rostros, sucios y desgarrados los uniformes”<sup>98</sup>. Al referirse a lo sucedido en los enfrentamientos contra la gente de Genovevo en La Trinchera, da cuenta de la ineptitud militar que aparentemente caracterizaba al ejército, y de la imposibilidad que existía para gobernar a un grupo de hombres que no buscaban los mismos fines que él, que era la pacificación del grupo rebelde del estado. “Tuvieron las fuerzas de ese destacamento un combate con los zapatistas y me informó el jefe del destacamento que había derrotado al enemigo; pero por lo que supe después, era falso... Fui informado de la falsedad del parte del Cruz de Piedra, y por ello mandé enseguida al capitán Osorno quien dio parte de que había desalojado al enemigo. Un día después volvió a informarme el jefe de Huitzilac, coronel Viruegas, que los zapatistas continuaban en su puesto y de que eran muy numerosos. Me resistí a creer que un oficial tan valiente y caballeroso como Osorno, diera un parte falso.”<sup>99</sup>

Posteriormente, y haciendo referencia al mismo enfrentamiento en La Trinchera, Ángeles hace alusión a la participación del general Blanquet quien había sido enviado como apoyo y a quien, después de la “victoria”, se había otorgado todo el crédito, que más allá de las razones de vanidad, Ángeles lo pone sobre la mesa por la cercanía de intereses que existía entre Blanquet y la prensa opositora “El triunfo fue celebrado por la prensa y otorgado naturalmente a Blanquet, el enemigo latente del gobierno. Este general fue fotografiado por sus reporteros en unión mía; yo muy limpiecito y de pie, como quien no ha trabajado gran cosa (y ésta era la realidad para ambos) y Blanquet a un lado, dormido en el suelo, muerto de fatiga”.<sup>100</sup>

Al hacer un estudio más detallado de la batalla, y tomando en cuenta el eje conductor de su artículo con el cual pretendía demostrar que la batalla en La

---

<sup>98</sup> Felipe Ángeles, “Genovevo de la O”, en Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles, op. cit.*, p. 25.

<sup>99</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>100</sup> *Ibíd.*, p. 31.

Trinchera en realidad significaba una victoria para las huestes de Genovevo, hace un análisis más profundo sobre las razones que provocaron el levantamiento en armas de los rebeldes y las encuentra en la política gubernamental y en las arbitrariedades con las que el ejército había intentado resolver un problema que en realidad provenía de la mala administración estatal para con los campesinos morelenses, y no de la “natural” rebeldía que éstos habían mostrado ante las injusticias sufridas. “Yo, un descreído, me avergoncé de la obra del gobierno y, un indio, me apesadumbró al imaginarme a mis hermanos sin hogar, errantes como fieras en los bosques”.<sup>101</sup>

La actitud de Robles y sus predecesores y su política de exterminio, constituían gran parte de la razón de que el pueblo morelense se encontrase levantado en armas y manifestase tal animadversión al gobierno. “Voy a ser lo más benévolo posible con el general Juvencio Robles y a emplear las palabras más suaves. Voy a suponer que no haya sido cómplice en la intriga de exterminar el pueblo; voy a suponer que haya estado en mi caso, pero que él no tuvo ni la actividad mental ni física necesarias; o que su actividad con los próceres del Partido Científico lo predispusieran en contra de los indios y a favor de sus expoliadores”<sup>102</sup> Y al referirse a las consecuencias que tan inhumana actitud había desatado en el pueblo morelense señala que “El malestar y el disgusto crecen primero tímidamente y después cada vez más ostensibles; algunos, los menos sufridos, abandonan el pueblo y se incorporan a Zapata. Los más sufren y almacenan odio. Luego, la conspiración y las expresiones de disgustos se tornan poco a poco en desafíos, hasta que finalmente viene la amenaza del general Robles: “Si el pueblo no se somete, irá la tropa a someterlo”; y el pueblo contesta: “Que venga y la recibimos a balazos”<sup>103</sup>

La actitud insidiosa de la prensa en contra del gobierno maderista y la antipatía de ésta hacia los rebeldes y las personas afines a Madero quedó en

---

<sup>101</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 37.

<sup>103</sup> *Ibídem*

evidencia también en la campaña “Así como la prensa elogiaba a Robles, Blanquet y Huerta, por ser enemigos latentes del gobierno, así se abultaba la actividad de Genovevo para hacer creer que a pasos agigantados se derrumbaba el gobierno de Madero... Pocos días después los periódicos de México traían la noticia de que Genovevo había tomado Cuernavaca y era gobernador del Estado; que a mí me había pasado a cuchillo y que mis oficiales de Estado huían por el texcal.”<sup>104</sup>

A lo largo del artículo podrían rescatarse varios pasajes en los que Ángeles busca demostrar la validez de los dos puntos citados anteriormente: el rompimiento entre el ejército y el gobierno maderista, y la equivocada política de éste último para sofocar a los grupos rebeldes en el estado. Pero las últimas palabras de su artículo que aparecen a modo de conclusión, son lo suficientemente claras a este respecto:

“Ahora pregunto yo: ¿tiene derecho la sociedad para amparar los despojos que hacen los privilegiados contra los pueblos de los desheredados?; ¿tiene derecho la sociedad que permite el asesinato por los jefes militares, de los humildes indios, víctimas de bajas y viles intrigas?; ¿tiene derecho la sociedad que tolera la explotación de la guerra que hacen los oficiales para progresar en su profesión, a costa de la vida de las familias de esos pueblos?... El historiador de corazón, poeta liberal y amigo de mi patria, pinta con mano maestra la figura de Madero, el bondadoso apóstol de la democracia... Quizá ve a los zapatistas incultos rodeados de consejeros incompetentes, cometiendo graves errores de administración, de justicia y, en general, de gobierno. Los ve reacios, con justísima razón, a aliarse al nuevo tirano, porque lo sienten enemigo. Y como fueron enemigos del bueno y justo de Madero y persisten enemigos del falso continuador de la obra de aquél, el historiador, entristecido, los juzga elementos eternos de

---

<sup>104</sup> *Ibíd.*, p. 38.

rebeldía. ¿Tendrá razón el historiador?... No tiene derecho la sociedad. No tiene razón el historiador. Es justificada la actitud de los zapatistas”<sup>105</sup>

Como se observa en las líneas anteriores no se busca, con el rescate que se hace de las palabras de Ángeles, descontextualizar su opinión que, expresada en 1917, busca explicar los acontecimientos de 1912. Muchas cosas han cambiado en él y la situación es ya sumamente distinta en el país, por lo que se deben sólo entender en sus justas dimensiones, como explica Guilpain: “No se trata de hacer de Ángeles, en 1912, ni un socialista, ni un marxista, en el sentido que después se les da a estos términos, sino de encontrar la filiación de su pensamiento, con el fin primordial de reconocer toda su dimensión política”.<sup>106</sup>

Los métodos que Ángeles puso en práctica al iniciar la campaña, rindieron frutos, principalmente durante los meses de septiembre y octubre, en los que los zapatistas se vieron obligados a replegarse hacia otras entidades. Los estados de México y Guerrero sirvieron como refugio a los rebeldes, y fue en el primero, en Valle de Bravo, donde se libró la batalla más importante entre el Ejército y los zapatistas.<sup>107</sup>

La situación se mostraba estable y la opinión pública comenzó a creer en los poco comunes pero exitosos métodos que utilizaba Ángeles para mantener la paz en el estado, al grado que el general, antes sumamente cuestionado, tomó valor hasta para recriminar a todos aquellos que habían dudado de su política, y de paso para reprochar a la prensa la campaña sucia que en su contra se hacía: “Ángeles se sintió intensamente orgulloso de su éxito diplomático. A los periodistas les expresó su censura de “una falta de tacto indecible” que había llevado anteriormente al “incendio de innumerables pueblos” y había dado a la gente de los pueblos “sobrada razón... a considerar a las fuerzas federales y

---

<sup>105</sup> *Ibíd.*, p. 46.

<sup>106</sup> Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, *op. cit.*, p. 129.

<sup>107</sup> Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, *op. cit.*, p. 248.

auxiliares como sus mayores enemigos”. En contraste, se vanaglorió de que a través de su aplicación de “la razón y la justicia”, “no haya revolución aquí en el sur” de que había transformado una campaña para “un jefe de armas” en una campaña “para un jefe de policía”.<sup>108</sup>

El impacto de la política de conciliación seguida por Ángeles tuvo resultados notoriamente buenos, particularmente durante los meses de septiembre y octubre, llegando a tener en este último mes apenas 18 ataques registrados.<sup>109</sup>

Noviembre rompió definitivamente con el periodo de relativa tranquilidad que se había logrado en el estado, ya que los zapatistas habían regresado con ánimos renovados a retomar la lucha. Hubo aproximadamente 40 acciones de armas que pusieron en serios aprietos al gobierno estatal y al ejército federal. Parte de la nueva estrategia del grupo rebelde fue la creación de un impuesto que se cobraría a los hacendados, quienes semanalmente debían abonar cierta cantidad de dinero, si no querían ver incendiados sus campos de caña. A pesar de la negativa de muchos propietarios, varios de ellos aceptaron el impuesto y salvaron sus propiedades. Otros, menos crédulos ante las amenazas de los rebeldes, se negaron a pagar, llegando a tener pérdidas, en términos generales, de más de dos millones de pesos.<sup>110</sup>

Esta retribución que recibieron los zapatistas permitió no sólo una recuperación al interior del grupo que estaba muy necesitado de recursos, sino, a su vez, puso en práctica, aunque a muy pequeña escala el proyecto que pretendían realizara el gobierno en cuanto a la distribución de impuestos se refería. Cobrando más impuestos a los hacendados y disminuyendo las aportaciones que a los pueblos se les exigían. Las consecuencias de esta política

---

<sup>108</sup> *Nueva Era*, 24 y 25 de agosto de 1912, *El Diario*, 24 y 29 de agosto de 1912, *El País*, 1,2,7 y 8 de septiembre de 1912, en Womack Jr, *op. cit.*, p. 148.

<sup>109</sup> Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, *op. cit.*, p. 249.

<sup>110</sup> Womack Jr, *Zapata y la revolución mexicana*, *op. cit.*, p. 154.

fueron la recuperación del grupo rebelde, el resurgimiento de la simpatía del pueblo y, evidentemente, el recrudecimiento de la lucha dentro del estado.

La respuesta del ejército y de Ángeles a los renovados bríos con que llegaba impulsado el grupo zapatista fue inmediata, y mucho más radical de lo que se hubiese esperado. La prensa, el presidente y el mismo ejército querían ver correr sangre para demostrar la “autoridad”, y las políticas de paz empleadas por Ángeles, aunque habían dado resultados, no terminaban de convencer. Ángeles se dejó absorber por esta interminable exigencia de crueldad y retomó, aunque en una escala mucho menor, las antiguas prácticas de sometimiento que sus antecesores habían llevado a cabo.

Exigió, en principio, le fuesen enviadas más fuerzas para poder combatir al enemigo a quien, con las que contaba, apenas podía poner resistencia. En una carta enviada a Madero, fechada el 15 de noviembre, le recrimina, amablemente, el abandono en que se encuentra su ejército, y el apoyo, ahora mucho más limitado, que reciben de los hacendados a raíz de la prisión de Pablo Escandón, a quien, por haber aceptado el impuesto exigido por los zapatistas, se le había llevado a la cárcel, aunque por su “condición”, llegó a tocarla apenas.

“Tengo una verdadera escasez de tropa. Los 250 soldados de Naranja empezaron a cumplir hoy el tiempo de su contrato y se niegan a reenganchar... Envidio al general Blanquet que se da el lujo de mandar 1000 hombres reunidos, mientras que yo, que tengo un cargo mucho más importante, salgo con 50 soldados y cuando más bien me va, con 300.... Me parece que la prisión de don Pablo Escandón ha iniciado un movimiento hostil de los hacendados, ya sea para atacar al gobierno o simplemente para defenderse y defender a don Pablo.”<sup>111</sup>

---

<sup>111</sup> AFIM, AGN, caja 50, expediente 1407-1 fs. 37873-74 en Gilly, “¿Y de mis caballos, qué?”, en Gilly, *Felipe Ángeles en la Revolución*, op. cit., p. 48.

Las peticiones de Ángeles fueron en parte cubiertas y una nueva etapa comenzó en la lucha contra los zapatistas morelenses. El refuerzo militar que le había sido otorgado, así como las constantes críticas que dentro del ejército y fuera de él había recibido, fueron razón suficiente para que cambiara por momentos su estrategia, y decidiera escuchar los consejos radicales de la oposición, por lo que en algunas batallas y en algunos pueblos que antes había protegido, pone en marcha el plan de exterminio; y las ejecuciones y la quema de poblados se hacen presentes.

“Y aun cuando hizo distinciones con mayor cuidado que Huerta o que Robles, Ángeles tuvo que recurrir también al bombardeo y al incendio de pueblos sospechosos y a la ejecución en masa de cautivos. Las fuerzas que comenzó a enviar ya no fueron patrullas, sino columnas expedicionarias que oscilaban entre los setecientos y los mil doscientos soldados”<sup>112</sup>

Las cosas no cambiaron mucho el último mes de 1912. La resistencia crecía cada vez más y ni los arreglos estratégicos, ni el envío de refuerzos lograron hacer que el ejército comandado por Ángeles en Morelos se impusiera definitivamente a los rebeldes. La política del gobierno del estado había también dado un viraje radical al ser electo gobernador Patricio Leyva, quien con un espíritu más humano buscaría resolver el problema de fondo que aquejaba a los zapatistas y que, con un discurso henchido de esperanzas declaraba el día de su arribo al poder, el primero de diciembre de 1912, que: “La repartición de ejidos encierra todo el problema que afecta actualmente a esta rica nación. No es verdad...que los zapatistas pretendan la reconstrucción de los ejidos, que se les devuelvan las <sup>113</sup>pequeñas propiedades que les fueron decomisadas...(este acto de justicia) hará volver a las labores agrícolas a muchos que hoy tienen el carácter de revolucionarios”. Asimismo limpiaba el nombre del zapatismo argumentando que había bandoleros y maleantes que se hacían pasar por zapatistas y que

---

<sup>112</sup> Womack Jr, *Zapata y la Revolución mexicana*, op. cit., p. 154.

<sup>113</sup> *Ibíd.*, p. 151.

representaban el verdadero problema en el estado, más allá de los que justamente exigían sus derechos.

Ángeles se hizo partícipe de las palabras de Leyva y las complementó en un breve discurso: “Después de cada revolución y por poco que se turbe el equilibrio social, nace en este estado el bandolerismo; en mi concepto son dos las causas de este repetido fenómeno: el odio comprimido en siglos del pobre para la gente acomodada y el retraso de la civilización de ese pobre; el odio puede extinguirse lentamente con un tratamiento cariñoso y una justicia verdadera y el retraso puede hacerse desaparecer en las bancas de las escuelas... Asesinar a los inocentes e incendiar las moradas de los pobres, son procedimientos que nunca aceptaré, sólo eficaces para avivar la hoguera de la revolución; la justicia sin compasión para el criminal y bondadosa para el pacífico honrado, es la única arma de los fuertes”<sup>114</sup>

Nuevamente Ángeles hacía uso del discurso de paz que, fusionado con la política conciliadora de Leyva, se esperaba diera algún fruto. Los zapatistas no se dejaron llevar por este discurso de bondad y se mantuvieron firmes en su lucha. Durante todo el mes de diciembre se sucedieron uno a uno los combates contra las fuerzas federales, algo que ya comenzaba a volverse una constante, y que con el paso del tiempo había comenzado a darle más frutos a los rebeldes que a los oficialistas.

La prensa seguía actuando tan agresiva como al principio de la campaña de Ángeles, y su labor insidiosa poco a poco comenzaba a fructificar. Ya no se limitaba a criticar al General; ahora exigía el regreso de Robles y demostraba los verdaderos móviles de su crítica: “¿Por qué a Juvencio Robles se le retira de Morelos? Porque Ángeles lo sustituye. ¿Y qué mueve al ejército a enviar a Ángeles? Darle pretexto para que se prestigie y llevarlo al Ministerio de la Guerra. Y el pobre hombre no se prestigia sino que se desacredita profundamente (...) ¿Y

---

<sup>114</sup> Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, op. cit., p. 286.



el ministro de Guerra, qué hace? ¿Por qué no lo retira?... Porque el ministro de Guerra quiere, por una parte, que acabe de desprestigiarse el señor Ángeles; y, por otra parte, mantenerlo alejado del presidente, pues tiene miedo de la influencia del general sin nervios”<sup>115</sup>

A finales de 1912 ya las cosas comenzaban a quedar más claras para la opinión pública. Los grupos rebeldes no podían derrotarse lisa y llanamente por las armas. En ese caso era necesario pasar al paredón a cada habitante del estado. La solución, como lo manifestaron Ángeles y Leyva, al tomar éste último posesión del gobierno del estado, consistía en realizar la reforma agraria que el pueblo exigía, resolviendo así el problema y no sólo superficialmente. La imposibilidad de Madero para observar claramente la solución, lo condenó desde el triunfo del movimiento revolucionario. El ejército que él había vencido no se había dado aún por muerto, sabiendo la posibilidad que tenía de recobrar lo perdido con un gobierno tan dócil y frágil como el maderista.

Las personalidades de militares como Robles, Huerta y Blanquet, y hasta de rebeldes como Orozco y Félix Díaz, fueron enaltecidas por la prensa, dejando ridiculizadas las de hombres fieles al nuevo régimen, como Madero y Ángeles. Toda esta ridícula tragedia se venía desarrollando desde 1911, y para muchos, como lo manifestaban ya Cabrera, Vázquez Gómez y el mismo Ángeles, no fue una sorpresa, mientras que para Madero pareció haber surgido el problema espontáneamente en 1913, pero no era así, desde su llegada al poder había comenzado a cavar su propia tumba, y el fatídico año de 1913 llegaba ya.

La campaña en Morelos contra el zapatismo era sólo un reflejo de la política maderista a raíz del triunfo de la revolución. Si bien es cierto que el primer año, durante el gobierno de de la Barra, poco había podido influir Madero; el hecho de que un porfirista se hubiese mantenido en el poder era también consecuencia de la revolución que él había encabezado. Por otro lado, tampoco puede afirmarse

---

<sup>115</sup> *El Ahuizote* 23 de noviembre de 1912.

que con la toma del poder político haya cambiado, en principio, la estrategia seguida contra los zapatistas; las campañas de Robles y Casso López son más que esclarecedoras en este sentido.

Finalmente y como último recurso, no tanto por convicción sino por necesidad ante los evidentes fracasos de las estrategias militares de genocidio, la llegada de Ángeles a Morelos logra, hasta cierto punto, mejorar la situación. Un cambio drástico en la estrategia seguida contra los rebeldes, que buscaba sustituir a la violencia brutal por una guerra menos cruel, permitió que por algunos meses Morelos fuera el centro de atención de la prensa nacional, y una de las principales amenazas al gobierno maderista, que por momentos llegó a oír muy de cerca los pasos del zapatismo. Por otro lado, no hay duda de que el acercamiento de Ángeles al zapatismo influyó directamente en su personalidad, y, sobre todo, en su concepción del orden social, el cuál había sido comprendido siempre desde la perspectiva militar, y que ahora, con un acercamiento más directo a las carencias del pueblo, del cual el zapatismo era fiel espejo, se tornaba mucho más humano, sin perder por eso su cariz original.

## **CAPÍTULO V**

### **LA DECENA TRÁGICA**

#### **1) Una conspiración de carácter castrense**

En los primeros meses de 1913, la situación en el país era crítica. Además de los levantamientos campesinos en el estado de Morelos, otras regiones del país se vieron afectadas por grupos de inconformes que, por diversas razones, se mostraban hostiles al gobierno maderista. Entre las varias manifestaciones sociales y militares que en contra del gobierno de Madero se gestaron, destacan los levantamientos, en 1911 y 1912, de Félix Díaz y Bernardo Reyes, quienes posteriormente formarían parte del grupo golpista que encabezó la fatídica jornada conocida como La Decena Trágica.

El primer levantamiento acaeció apenas ocho días después de que Madero tomara la presidencia. Bernardo Reyes, abanderado del Plan de la Soledad, se levantó en armas en contra de Francisco I. Madero, con la esperanza de que todos los inconformes se unieran a su movimiento y éste triunfara con la misma efectividad que lo había logrado Madero. El 11 de diciembre de 1911, Reyes atraviesa la frontera e ingresa a México, y, apenas 14 días después, su intento de rebelión se desmorona ante las fuerzas federales comandadas por el coronel Ignacio Naranjo.

La noche del 25 de diciembre, Bernardo Reyes se presenta al cuartel de la ciudad de Linares, Nuevo León, para entregarse preso al comandante de rurales Plácido Rodríguez. En el mensaje enviado al general Gerónimo Treviño la misma noche del 25, se observa la desesperanza provocada por su fracasada revuelta militar:

“Hice un llamamiento al ejército y al pueblo y ninguno contestó; esta actitud la considero como una protesta y estoy resuelto a no continuar esta guerra contra el Gobierno. Me pongo a la disposición de usted”<sup>116</sup>

El desaliento que se observa en las palabras de Reyes hace creer en su veracidad. El entregarse voluntariamente después de un fracasado levantamiento militar, en el que esperó encontrar el apoyo de todo el pueblo mexicano “inconforme” con la obra de Madero, a quien apenas le había dado tiempo de calentar la silla presidencial, no dejaba duda alguna del camino que, sabía, le tocaba seguir. La ley debió ser dura al castigar un levantamiento armado en contra del gobierno establecido democráticamente y que ahora representaba Madero, pero la decisión de éste fue muy distinta a la que las circunstancias exigían. A diferencia de Juárez, quien en 1867, inflexible, había tenido la voluntad de fusilar al entonces Emperador Maximiliano, a pesar de las constantes peticiones que

---

<sup>116</sup> Diego Arenas Guzmán, *Radiografía del Cuartelazo 1912-1913*, México, INEHRM, p. 76.

recibió para salvar su vida, Madero, en cambio, se negó a infligir el correspondiente castigo a su enemigo y consideró que la prisión era suficiente. Las palabras de Reyes ante el juez que le instruye proceso parecen darle la razón a Madero por el momento: “Con mi presentación en Linares finaliza mi vida pública y queda entregada a la acción de la ley mi existencia real”<sup>117</sup>

El 16 de octubre de 1912, otro levantamiento armado rompería la tranquilidad del puerto de Veracruz. Félix Díaz, sobrino del ex presidente Porfirio Díaz, pretendía con el peso del apellido lograr una revolución de la nada. Con el mismo ideal de Reyes se había levantado en armas con apenas unos cuantos hombres apalabrados y con el compromiso del coronel José Díaz Ordaz de cederle las fuerzas a su mando en Orizaba.

Díaz Ordaz cumplió cabalmente y entregó el mando de sus tropas con una peroración casi triunfal: “Ha llegado el momento de las reivindicaciones, de que cesen los abusos incalificables que se vienen cometiendo. Aquí estamos nosotros, este puñado de valientes soldados dispuestos a sacrificarnos en aras de la patria.” Pero sus verdaderas intenciones, que reflejaban el móvil real de este levantamiento, no pudieron pasar desapercibidas: “Ha llegado la hora de que demos muestra de la antigua virilidad de este pueblo y defendamos la causa del orden y la justicia. Queremos para el ejército más consideraciones y para el pueblo más justicia.”<sup>118</sup>

El ejército buscaba “más consideraciones”, mismas que había visto peligrar con el arribo de Madero al poder, y ahora haría cuanto fuera posible para que los militares fuesen tratados como parte de la élite social a la que los había acostumbrado Porfirio Díaz. Félix Díaz, en respuesta al discurso de su compañero de armas, brindó igualmente loas al ejército y quejas al gobierno, siendo éste el discurso necesario para arengar a las fuerzas a su mando que no se convencían

---

<sup>117</sup> *Ibidem*

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 85.

aún de la justeza de su causa: “No es posible soportar ya en silencio tantos males como ha originado y sigue causando a la República la nefasta administración surgida del movimiento revolucionario de 1910... Noble Ejército especialmente vosotros, mis hermanos, los hijos del glorioso Colegio Militar: la disciplina tiene como límite el bien supremo de la Patria; y las armas que os ha entregado la Nación para su defensa, las ha transformado el actual gobierno para imponer su tiranía... Bueno, hijos de la actual revolución, agrupémonos para que nuestra acción pueda ser más eficaz: os ofrezco, junto con mi vida, mi nombre, que os aseguro irá siempre por el camino del patriotismo y del honor”<sup>119</sup>

La idea de Félix Díaz de atraerse con el discurso a todo el cuerpo del ejército que desde su percepción debería estar en contra del gobierno maderista, topó con pared cuando intentó convencer a su viejo amigo del Colegio Militar, el general Beltrán, quien estaba al mando de las tropas del ejército y quien, ante la propuesta de Díaz para que se uniera a la rebelión, contestó arguyendo razones que iban más allá de las simples relaciones de amistad, con las que Díaz buscó convencer a su antiguo camarada de armas, poniendo sobre la mesa el papel de las instituciones y la necesidad de respetarlas, considerando que emanaban éstas de la voluntad popular: “Son las instituciones las que han costado sangre carísima y si el gobierno que de ellas emana es una consecuencia de aquéllas y el país ha cometido el error o ha hecho bien, la Historia lo juzgará, y en todo caso el individuo que como yo no tiene más elementos de vida que su carrera y no ha podido solicitar su baja ¿qué hace siendo militar? Lo que estoy haciendo, cumplir con mi deber.”<sup>120</sup>

La respuesta de Beltrán fue categórica, y el levantamiento orquestado por Díaz fue sofocado casi tan fácilmente como se había organizado. Félix Díaz consideró que sería secundado por todos los jefes militares quienes no se hallaban todavía en disposición de tomar partido y que al observar la poca

---

<sup>119</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, p. 94.

convocatoria lograda en ese intento de levantamiento, decidieron no secundar al rebelde. Sus palabras al ser apresado demuestran las falsas esperanzas que se había forjado, mismas que fueron echadas por tierra por los mismos hombres a quienes ya consideraba sus aliados; el teniente coronel Ocaranza recibió sorprendido la respuesta de Díaz al hacerlo su prisionero: “¿Cómo, no se ha pasado usted a mi causa?”<sup>121</sup> Félix Díaz fue condenado a la pena de muerte por el Consejo de Guerra extraordinario, pero la Suprema Corte de Justicia lo amparó suspendiendo la misma. Félix, al igual que Reyes, quedaba “a salvo” tras las rejas, y sus acometidas para derrocar al gobierno de Madero fueron salvadas por las leyes.

Las palabras de Jesús Ureta ante la cámara de diputados reflejaban claramente la situación que prevalecía en el país desde que Madero había tomado el poder en sus manos: “Esta es la verdadera situación; una cosa es el movimiento revolucionario, la mar de fondo que todavía existe en el país como consecuencia de los acontecimientos que comenzaron en 1910, y otra cosa es el cuartelazo; y así como a la sombra de una verdadera revolución se crea el bandidaje, así también, con posterioridad a una crisis política, y como consecuencia de ella, queda algo peor que el bandidaje: las conspiraciones y los cuartelazos. En estas condiciones nos encontramos en la actualidad.”

Evidentemente la rebelión que sucedería el 9 de febrero de 1913 se había venido gestando desde antes. Los levantamientos de Reyes y Díaz eran sólo el preludeo de lo que le estaba preparado a un país en el que la revolución no había podido entregar resultados al grupo social al que decía abanderar, y tampoco había arrancado de raíz al grupo político que representaba los intereses de empresarios, hacendados y terratenientes, quienes sólo fueron heridos débilmente con la salida de Porfirio Díaz de la presidencia, pero que estaban muy lejos todavía de ser derrotados.

---

<sup>121</sup> *Ibíd.*, p. 114.

El ejército federal representaba intereses ajenos a los del grupo político entonces en el poder, encabezado por Francisco I. Madero, y con los ejemplos antes citados, que si bien es cierto fracasaron por la poca organización y la espontaneidad que en ellos existía, mostraban claramente la posibilidad de un cuartelazo eficaz si se lograban unir todas las diferencias, inquinas e inconformidades que dentro del ejército existían debido a las pocas “consideraciones” que se le habían otorgado a raíz del triunfo del gobierno maderista.

Por otro lado, y como soporte económico y social del ejército, se encontraba la antigua aristocracia porfirista, que al ser sólo superficialmente dañada, consideraba la posibilidad de derrocar al gobierno maderista para recobrar la “paz” y la “tranquilidad” otrora representada por Díaz, y que ahora los grupos de revolucionarios inconformes le habían arrebatado, como se vio en el capítulo anterior con lo sucedido en Morelos. “Su sustento social fueron los terratenientes y el conjunto de las clases poseedoras que sentían amenazadas sus propiedades, sus riquezas y su poder por las posibles -pero nunca realizadas- reformas sociales del nuevo gobierno y por las rebeliones campesinas en armas del sur y del norte.”<sup>122</sup>

La situación a la que se enfrentaba el gobierno maderista comenzando el fatídico año de 1913 era, pues, sumamente difícil. Por un lado había perdido el soporte del grupo social que le había arropado durante todo el proceso revolucionario, y que al ver prácticamente perdidas las esperanzas de un verdadero cambio, como se refleja en las rebeliones campesinas del sur y del norte, había decidido abandonar al presidente y levantarse en su contra, en vista de que las promesas hechas por la revolución jamás serían realizadas por Madero. La calidad de Zapata como enemigo del gobierno y el encarcelamiento de Francisco Villa, quien por desavenencias con Huerta había terminado en prisión en 1912, eran un reflejo claro de la posición que ocupaban algunos de los grupos

---

<sup>122</sup> Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, México, ERA, 2013, p. 11.



sociales más destacados de la revolución maderista, que ahora se encontraban enemistados con el gobierno por la nula solución a las demandas por las que ellos habían decidido unirse al movimiento revolucionario.

Por otro lado, y de manera mucho más peligrosa, Madero se enfrentaba a los intereses de una clase social a la que no pudo arrebatarse el control económico y político del país, en parte, y como se justifica en líneas anteriores, por pertenecer él también a dicho grupo del cual nunca pudo realmente desarraigarse. El ejército, al que debió licenciar al no representar los intereses del grupo revolucionario triunfante, se había llenado de encono a pesar de los constantes intentos de Madero por congraciarse con tan importante institución. Madero comprendía la necesidad de mantener de su lado al ejército, pero éste no se conformaba con las dádivas del presidente y buscaba a toda costa restaurar el viejo régimen y terminar definitivamente con la hidra revolucionaria. “Madero sabía que tenía que tender puentes con el ejército y contar con su apoyo. Comenzó a hacerle reiterados reconocimientos públicos por su comportamiento ante la rebelión, deslindando su responsabilidad de la de Díaz y señalando que el pueblo no había derrotado al ejército sino a la dictadura, y que las aspiraciones de los militares eran también de libertad”<sup>123</sup>

Con estas consideraciones se podrá entender, entonces, que el golpe militar gestado en 1913 por Félix Díaz y Bernardo Reyes no fue producto de la casualidad o de circunstancias favorables a los alzados. Era sólo la coronación de la indefinición política que había prevalecido en el líder de la revolución triunfante y que había dejado como consecuencia, una revolución inconclusa.

Luis Cabrera había anticipado ya la posible catástrofe en su “Carta abierta a don Francisco I. Madero con motivo de los tratados de Ciudad Juárez”: “Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social; pero el

---

<sup>123</sup> Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Entre el Porfiriato y la Revolución*, México, UNAM, 2005, p. 104.

cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación, necesaria o no, ha comenzado; usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero ay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra patria, cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted extirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted, no tanto por haber abierto la herida, sino porque la patria seguirá sufriendo los mismos males que ya daba por curados y continuaría además expuesta a recaídas cada vez más peligrosas, y amenazada de nuevas operaciones cada vez más agotantes y cada vez más dolorosas”.<sup>124</sup>

A inicios del mes de enero de 1913, las cosas estaban cada vez más claras y la situación en la que se encontraba Madero era cada vez más complicada. Los protagonistas del cuartelazo comenzaban a salir a la luz, sin miedo alguno, a sabiendas de la imposibilidad del gobierno de hacer algo para detenerlos por el agravante de ser los defensores de la patria los que ahora la ponían de rodillas. Bernardo Reyes, quien desde diciembre de 1912 estaba preso en Tlatelolco, ansiaba ya la hora de poder salir a recobrar lo perdido; no era ya el hombre acabado y desanimado que en Linares creyó su causa perdida para siempre. En palabras de Martín Luis Guzmán, se observan las ansias desesperadas de poner en marcha el perverso plan de derrocar a Madero de la presidencia: “Su ansia de echar por tierra al gobierno de Madero alcanzó en Santiago Tlatelolco caracteres de obsesión: llegó a ser una especie de frenesí “Quiero salir a pelear”, repetía con frase constante y única. Creyéndose todavía dueño del prestigio, tan grande como inexplicable, de que había gozado en otros tiempos... Quería que aceptaran sus planes y que se le encargara de consumarlos, y si buscaba aliados era sólo para eso. Se creía llamado a “enderezar los derroteros de su pueblo y a detener y encausar muchedumbres desoladas y hambrientas, que descendían a buscar en el crimen reivindicaciones justas de su origen””.<sup>125</sup>

---

<sup>124</sup> Arenas Guzmán, *Radiografía del cuartelazo*, op. cit., p. 90.

<sup>125</sup> Martín Luis Guzmán, *Febrero de 1913*, México, Planeta, 2014, p. 93.

A diferencia del ánimo que resalta Martín Luis Guzmán en la persona de Reyes, Manuel Márquez Sterling narra, no sin cierto dejo de duda, la conversación que tiene con Rodolfo Reyes sobre la situación en la que se encontraba su padre: “Le consuela mucho que lo visiten sus amigos –me dijo Rodolfo emocionado:- en política ha concluido ya. Y es muy posible que busque apacible retiro en la patria de usted [...] es un hombre que ha consagrado la existencia al bien y al progreso del país; y su patriotismo, sin embargo, es el obstáculo definitivo que encuentran sus nobles iniciativas. Así hablamos el hijo de Reyes y yo en su bufet a donde fui a saludarle. Era un viernes. Hacían antesala unos cuantos individuos de aspecto rudo. ¡Clientes! Exclamó Reyes con un tono de sinceridad que introdujo en mi espíritu la incertidumbre, porque antes de su rotunda afirmación, habría jurado que eran conspiradores. -¿Clientes? Adiós, Licenciado [...] -Ministro, hasta el martes”.<sup>126</sup>

Independientemente del ánimo de Reyes, quedaba claro que se estaba organizando ya, tras las paredes de la prisión de Tlatelolco, una operación militar que, a todas luces y sin ningún intento por parte de las autoridades de detenerla, buscaba la caída de Madero.

Mientras tanto Félix Díaz, quien sería designado, junto con Reyes, cabeza del levantamiento, no pasaba el tiempo en la cárcel ociosamente. En palabras de Liceaga, autor del libro *Félix Díaz*, Arenas Guzmán rescata una de las conversaciones que Liceaga dijo tener con Díaz mientras se gestaba el crimen de Estado que entre manos tenían, y en la que se evidencia lo avanzado que estaba ya el proyecto golpista: “Al día siguiente, 28 de enero, hablé con el general Díaz en su celda, comunicándole que algunos amigos estaban trabajando para poder realizar un movimiento militar con el fin de derrocar al gobierno de Madero, y que él había sido designado jefe del movimiento; que la persona que estaba

---

<sup>126</sup> Manuel Márquez Sterling, *Los Últimos días del Presidente Madero*, México, INEHRM, 2013. p. 345.

encabezando esos trabajos era el señor Cecilio L. Ocón, quien, por mi conducto, deseaba saber si estaba dispuesto a encabezar la rebelión. El general Díaz, después de escucharme con suma atención e interés, me dijo que mucho agradecía a sus amigos la distinción de designarlo como jefe del movimiento, y que les manifestara que estaba enteramente a su disposición y que ojalá obtuvieran, en sus trabajos, el éxito que era de esperarse...”.<sup>127</sup>

La cadena de conspiraciones era completada por un eslabón clave: el entonces embajador de Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson, quien mediante su correspondencia y acciones ante el cuerpo diplomático acreditado en México, buscaba, exagerando la situación en la que se encontraba el país, desprestigiar la figura de Madero y poner en tela de juicio la gobernabilidad que existía en México. El día 23 de enero, Wilson escribe al entonces presidente de los Estados Unidos, William Taft, una carta en la que describe, a su juicio, tanto la situación del país como la del presidente, a quien no consideraba apto para el cargo que ostentaba: “La propagación del libertinaje y la licencia datan principalmente de la revolución y en no poco se debe a la interpretación demasiado liberal de los discursos de la campaña del presidente Madero [...] Tal como esta situación se desarrolla, me inclino a atribuir las condiciones poco satisfactorias que prevalecen en todo el país, muy especialmente a cierta debilidad del carácter del presidente, que indudablemente afecta a sus colaboradores y de ellos trasciende a toda la República”.<sup>128</sup>

Madero había ya realizado esfuerzos en diciembre de 1912 para que Wilson fuese removido de su puesto, pero habían sido infructuosos ante la próxima salida de Taft de la presidencia.<sup>129</sup>

La conspiración era, pues, transparente y clara para todo mundo, y aunque no todos los conspiradores habían hecho ya pública su participación, poco tiempo

---

<sup>127</sup> Arenas Guzmán, *Radiografía del Cuartelazo*, op. cit., p. 136.

<sup>128</sup> *Ibidem*

<sup>129</sup> *Ibid.*, p. 48.

tardarían en desenmascararse hombres como Manuel Mondragón, Manuel Velázquez, Gregorio Ruíz, entre otros, a quienes se sumarían civiles y aún personas cercanas al gobierno maderista. Más adelante, y en el curso de los acontecimientos, aparecerían nuevos protagonistas entre los que sobresaldría la figura de Victoriano Huerta, de quien, si bien no puede decirse que estuviera completamente ajeno a los acontecimientos que se estaban gestando, no podría tampoco decirse con seguridad el bando que estaba dispuesto a tomar. Su oportunismo “foucheano” le aconsejaba paciencia y prudencia antes de tomar partido.

## **2) El primer cuartelazo**

El día 9 de febrero de 1913 pasaría a los anales de la historia como una de las fechas más fatídicas. A primeras horas se comenzó a organizar el levantamiento militar que tenía como objetivo derrocar al gobierno maderista. El gobierno, desprovisto de cualquier precaución, no creía lo que era un secreto a voces en la Ciudad de México. Intentos de prevenir a las autoridades sobaban, y de eso dan muestra los informes del General Delgado a Sánchez Azcona, confirmados por el General Cosío Robelo y, principalmente y con mucho mayor sorpresa, por la completa despreocupación de éste, al entonces Secretario de Guerra y Marina: Ángel García Peña, quien, como narra Juan Manuel Torrea, no creía en levantamientos ni alzadas hasta que estuvieran completamente comprobados, para lo que fue necesario que quedara arrestado en Palacio Nacional. “El ministro nada decidió hacer y se reveló un vencido, al pronunciar aquella célebre frase al darle las buenas noches a uno de sus subalternos: “Quien sabe si serán buenas, respondió el Ministro, porque ya sabe usted que se dice tenemos cuartelazo en puerta” .<sup>130</sup>

---

<sup>130</sup> Juan Manuel Torrea, *La Decena Trágica*, México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1963, p. 50.

La despreocupación engañosa de los ministros, que se manifestaba en su totalidad en el Secretario de Guerra, eran el primer síntoma de la imposibilidad de arremeter como se debía contra un movimiento incipiente y mal organizado, del que posiblemente no hubiera quedado rastro alguno tomando las precauciones necesarias; como lo asegura Martín Luis Guzmán: “Se había hecho todo con tal desorden y tal falta de preparación, que a no ser por la pasividad y el optimismo de las autoridades, la sublevación hubiera fracasado desde el primer momento”.<sup>131</sup>

Las sospechas se hicieron realidad en las primeras horas de la mañana del 9 de febrero cuando un grupo de oficiales de la Escuela de Aspirantes, ubicada en Tlalpan, salió de ella llevándose consigo a personal y estudiantes de la misma.<sup>132</sup> Las palabras de Ángeles se hacían ahora realidad y demostraban su certeza mucho más allá de lo que el mismo general podía imaginar. La escuela que consideraba y veía a Reyes como mentor no podía hacer menos para rendirle tributo al antiguo jefe porfirista a quien debía su existencia. El arresto que en 1908 había sufrido Ángeles por su crítica a dicha institución en el periódico *El Diario*, y cuyas consecuencias citamos ya líneas arriba, se revelaba ahora como una premonición de los acontecimientos que prevalecían entonces en la ciudad de México.

Al frente de los alzados se encontraba entonces el general Manuel Mondragón, a quien, sin el afán de parecer condenatorios, había también criticado Felipe Ángeles cuando éste fue enviado a revisar el material de artillería que aquél pretendía, por los arreglos ya hechos con los fabricantes, comprar para quedarse con la correspondiente comisión. Acontecimiento justificado también en el primer capítulo de este trabajo. Mondragón, quien era padrino de Ángeles, era ahora el ejecutor de las maniobras que Reyes y Félix se encargarían, horas después, de tomar en sus manos.

---

<sup>131</sup> Martín Luis Guzmán, *Febrero de 1913*, en Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, op. cit., p. 63.

<sup>132</sup> Archivo Histórico de la Defensa Nacional, Ramo Revolución (AHDN-RR), XI/481.5791, ff. 1-2 y 4-8. en Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, op. cit., p. 59.

Engrosando las filas de los rebeldes aparecieron los hombres que integraban el 5º Regimiento de Artillería y el 1º de Caballería, que formaban una fuerza de diez mil individuos, al frente de los cuales se encontraban el ya mencionado general Mondragón y Gregorio Ruiz. El grupo se dividió en dos columnas, quedando la primera a cargo de Mondragón, con la obligación de liberar de la prisión de Tlatelolco a los líderes, si no intelectuales, porque poco comprendían la forma en la que se iba a proceder, pero sí morales de la rebelión. El rescate de Reyes y Díaz, que encontró algunas complicaciones mínimas por la poca fuerza con la que se contaba para defender la fortaleza de Santiago, no significó problema alguno para los rebeldes: “Cuando Mondragón abrió las puertas de la fortaleza de Santiago, el General Reyes lo aguardaba en traje de campaña. Un abrazo, y Reyes toma enseguida el mando supremo de la columna facciosa. De Santiago a la penitenciaría tardan breves momentos. El Director del establecimiento penal quiso resistir con su escolta de veinte soldados. El sacrificio resultaba estéril. Y Mondragón, Reyes y Félix Díaz, abrazáronse ante la tropa”.<sup>133</sup>

Ésta, ya con sus líderes al frente, avanzó hacia Palacio Nacional, que a esa hora, según lo planeado, debía estar controlado por el grupo subversivo. Los estudiantes de la Escuela de Aspirantes habían tomado horas antes, prácticamente sin resistencia alguna, dicho recinto, reteniendo como trofeos a Gustavo Madero y García Peña, quienes se habían presentado en las instalaciones para cerciorarse de lo sucedido y habían quedado presos. Sin embargo, y principalmente producto de la mala organización que en ambos bandos se evidenciaba, pero que ahora pasaba factura a los alzados, el general Lauro Villar, jefe militar de la plaza, logró reconquistarla con la misma facilidad con la que había sido tomada.

Con hombres de varios regimientos, ajenos todavía a los acontecimientos que cimbraban en ese momento la capital, Villar logró introducirse sin ser sentido

---

<sup>133</sup> Márquez Sterling, *Los último días del presidente Madero, op. cit.*, p. 350.

por los rebeldes por una de las puertas de Palacio Nacional, y como él mismo lo relata en su informe, la reconquista del Palacio fue, por lo sorpresivo del ataque, que no esperaban los rebeldes, y lo contundente del golpe, cuestión de apenas unos cuantos minutos, y sin costar derramamiento de sangre alguno. “Dispuse que el primero y el segundo pelotón se dirigieran para el patio de honor conducidos por el mayor Argüelles y el tercer pelotón con el piquete del 15º Regimiento a mis inmediatas órdenes para el patio del centro desfilando al asalto; rompimos con hachas que trajeron de la calle, la puerta que da al jardín de Palacio, en donde entramos sin ser sentidos; de aquí avanzamos hasta el pasillo que comunica a los patios, y observando el descuido del enemigo, porque su vigilancia era para la plaza, decididos y a un tiempo todos volamos sobre ellos agarrándolos sin disparar un tiro, cerramos las puertas recogiendo las ametralladoras, armas y municiones, mandando violentamente veinte hombres para batir a los que cubrían la azotea, haciéndolos prisioneros sin disparar un arma”.<sup>134</sup>

Después de aplacar a los rebeldes de Palacio, Villar da cuenta de los preparativos que, sin pérdida de tiempo, realizaron para esperar al confiado batallón que al mando de los rebeldes esperaba una entrada triunfal y no una carga de metralla que a cambio de flores y loas había dispuesto el citado general. Las fuerzas armadas al mando de Bernardo Reyes, quien perdió la vida en el asalto, fueron abatidas en poco más de 20 minutos, como da cuenta Villar en su informe: “Cuando el general Reyes venía como a treinta pasos de mi, avancé solo hasta mitad de la calle, donde le marqué el alto por tres veces no haciendo caso y continuando su marcha [...] El general Reyes movió su caballo y yo, creyendo que su objeto era envolverme pues poco faltó para ello, es entonces cuando mandé romper el fuego a toda fuerza, resultando muerto el propio general Reyes. Al huir el enemigo algunos de ellos se parapetaron en los portales, desalojándolos después [...] La fuerza del 20º Batallón había tenido 35 bajas entre muertos y heridos, contándose entre los heridos al coronel jefe del Cuerpo Juan G. Morelos

---

<sup>134</sup> Parte del General comandante militar de México al Secretario de Guerra y Marina el 9 de febrero de 1913. en Juan Manuel Torrea, *La Decena Trágica, op. cit.*, p. 68.



[...] Mi ayudante, el mayor Malagamba, recibió cuatro balazos; yo recibí una herida en el cuello, fracturándome la clavícula derecha”.<sup>135</sup>

Mientras los sucesos antes relatados se desarrollaban en Palacio Nacional, Madero, que había sido informado del levantamiento desde temprano, se dirigía a dicho recinto con la intención de recuperar con su presencia el control de la ciudad. Aparentemente, y por los informes que le obsequiaba García Peña, el levantamiento golpista había sido sofocado y era propicio adentrarse en las calles todavía con aroma a pólvora y muerte. En el trayecto a Palacio se fueron sumando por toda la calzada de la Reforma algunos de los ayudantes del Estado Mayor Presidencial, varios ministros y varios simpatizantes a la causa maderista, entre los que destacaban las figuras del vicepresidente Pino Suárez, el Gobernador del Distrito Federico González Garza, el Cuerpo de bomberos y la Germandería.

De todos aquellos que decidieron unirse a la marcha presidencial destacó, por lo decisivo del encuentro, la unión al grupo de Victoriano Huerta, quien aprovechando el desorden y la poca organización con la que se desarrollaban los acontecimientos, terminó por convertirse en el sustituto de Villar, quien por la herida que había sufrido quedaba fuera de combate. González Garza narra así la determinación del presidente de entregar el mando de las tropas a Huerta, suceso que sería, a pesar de la aparente intrascendencia del nombramiento, decisivo para el curso que seguirían los acontecimientos: “Fue también allí cuando se acercó al señor Presidente, sin que éste lo hubiera llamado y entre los muchos amigos que se iban presentando para ponerse a sus órdenes, su falso amigo Huerta, quien bajando de un coche de sitio y cubiertos sus ojos con unos espejuelos negros, quizás menos que su conciencia [...] Huerta, comprendiendo que había llegado la oportunidad que ambicionaba, dijo con resolución y audacia al Sr. Madero: ¿Me permite Ud., Sr. Presidente, que me haga cargo de todas estas fuerzas para disponer lo que yo juzgo que debe hacerse para la defensa de Ud. y de su Gobierno? [...] El señor Madero, viendo que Peña no dominaba la situación ni

---

<sup>135</sup> *Ibídem*

hacía oposición alguna ni tampoco ninguno de los ministros que le rodeaban, no tuvo más que ceder, dejándose guiar por su excesiva buena fe y confiando en su buena estrella que hasta entonces parecía no haberle abandonado”.<sup>136</sup>

Mientras esto acontecía en las inmediaciones de Palacio Nacional, los insurrectos, desprovistos ya de una de las cabezas de la insurrección, se refugiaban en la Ciudadela, antigua fortaleza que daba cabida a la fábrica de armas y que funcionaba como almacén general de artillería. El lugar era el más propicio para mantener la resistencia, aunque ya la historia misma había demostrado, si nos remontamos a 1871, año en el que una facción del ejército había intentado, de la misma forma que ahora los reyistas, deponer al entonces presidente Benito Juárez, que con algo de audacia y valentía como la mostrada por Sóstenes Rocha, era posible acabar sin tantas complicaciones con los insurrectos.

La revuelta parecía entonces quedar controlada: los insurrectos estaban acorralados y era aparentemente sólo cuestión de tiempo para que fuesen derrotados. Madero parecía seguir su marcha triunfal más allá de Palacio, mostrando que, a pesar de todo podía mantener la estabilidad en el país, aunque el destino le tenía reservado un destino más funesto que el que se alcanzaba a vislumbrar la noche del 9 de febrero. “Así había concluido el cuartelazo del 9 de febrero. Lo que vino después fue otra historia, otra conspiración, ésta a traición pura, que se había venido tejiendo desde los días del interinato entre un refinado caballero, Francisco León de la Barra, y un cauteloso y despiadado ejecutor, Victoriano Huerta”.<sup>137</sup>

### **3) Felipe Ángeles llega a auxiliar desde Cuernavaca**

---

<sup>136</sup> Federico González Garza, en Arenas Guzmán, *Radiografía del Cuartelazo*, *op. cit.*, p. 151.

<sup>137</sup> Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, *op. cit.*, p. 80.

La participación de Felipe Ángeles durante el cuartelazo ha sido en la historia nacional una de las más grandes interrogantes que sobre la vida y obra del general se han manifestado. Hay quienes le acusan, si no de abierta confabulación con los golpistas, sí de una acusadora inoperancia durante los acontecimientos que, haciendo uso del viejo dicho popular “el que calla otorga”, se ha querido alinear a Ángeles en las filas de quienes se han visto condenados por la historia por tan artera traición.

Por otro lado, hay quienes buscan quitar a Ángeles cualquier viso de culpa por lo sucedido en esos diez días funestos, que significaron no sólo la caída del régimen maderista, sino la pérdida de la vida misma de aquel hombre a quien el sacrificio al que fue obligado terminó por convertirlo en mártir. Haciendo uso de algunas conversaciones aisladas con amigos, de una breve entrevista y de algunos extractos de sus escritos de los que se puede inferir poca cosa, se pretende rescatar del silencio casi absoluto, y a su vez condenatorio para algunos, la figura del general Ángeles, quien al pretender dar por zanjado el problema con su exilio en Francia, únicamente encendió más las interrogantes, a las que hasta el día de hoy es imposible responder con absoluta certeza.

La tarea del historiador no es actuar como juez condenatorio desde un sitial intocable, así como no puede otorgar el perdón que sólo a la historia corresponde. Por esa sencilla razón, son los hechos los que hablan por sí solos, y el juicio al que uno llegue será producto de las deducciones que, acertadamente o no, pueda alcanzar, aunque para eso será necesario aumentar nuestro campo de visión y estudiar el proceso completo al que hacemos referencia, y no detenernos a juzgar, injustamente, la parte por el todo.

El día 9 de febrero, después de que aparentemente se había logrado la estabilidad en la capital, y apenas unas horas después de haber nombrado a Huerta comandante militar de la plaza, Madero decidió partir inmediatamente a Cuernavaca en busca del general Felipe Ángeles, quien indudablemente era de

toda su confianza y del que, se infiere, pretendía por el momento obtener el apoyo moral y militar necesario para hacer frente a los acontecimientos.

Madero parte a Morelos haciendo caso omiso a todas las complicaciones que dicho viaje podía acarrearle en las circunstancias en que se encontraba el país. Parte de incógnito, acompañado sólo de algunos de sus ayudantes, anulado posiblemente el miedo que las circunstancias ameritaban, por el miedo de perder sin oponer resistencia alguna el proyecto de país que tanto trabajo le había costado crear. “El día mismo del golpe, a hora tardía, Madero tomó una decisión no sólo peligrosa, sino que, en cierto modo, podía considerarse temeraria. En un automóvil con unos cuantos hombres, sin escolta militar, se trasladó a Cuernavaca donde estaba Felipe Ángeles con sus tropas. Era una empresa muy riesgosa dado que grandes tramos de la ruta entre ambas ciudades estaban bajo el control o bajo ataques frecuentes de tropas zapatistas hostiles a Madero”.<sup>138</sup>

A pesar de las posibles incidencias del viaje, Madero llegó a Morelos sin inconveniente alguno y fue hospedado en la casa de Rosa King, súbdita inglesa y quien fuera dueña del hotel Bella Vista en Cuernavaca y quien deja plasmado en sus memorias *Tempestad sobre México*, algunos datos que serían de suma importancia para comprender el actuar de Ángeles y de Madero durante los acontecimientos. King tenía, como lo relata en sus memorias, un especial aprecio a Ángeles por la labor realizada por éste en el estado, que distaba mucho de compararse con la de sus antecesores. “Recuerdo los meses de su jefatura como un interludio en el que al menos fugazmente, algo de la antigua paz regresó a Cuernavaca [...] El general Ángeles era delgado y de buena estatura, más moreno, con la palidez que distingue al mejor tipo de mexicano [...] Me agradó, incluso antes de escuchar entre sus jóvenes oficiales que no toleraba crueldad ni injusticia alguna de sus soldados”.<sup>139</sup>

---

<sup>138</sup> Friedrich Katz, “Felipe Ángeles y la Decena Trágica” en Gilly, *Felipe Ángeles en la Revolución*, op. cit., p. 19.

<sup>139</sup> Rosa King E, *Tempestad sobre México*, México, Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes, 1998, p. 83.

Las buenas relaciones entre Ángeles y la señora King permitieron que la acogida de Madero no encontrara ningún tipo de complicaciones, y el presidente quedó entonces bajo la protección de una bandera extranjera, lo que demuestra el peligro que veía Ángeles para con Madero en esos momentos. De la conversación y los arreglos a los que llegaron Madero y Ángeles poco se sabe. A pesar de eso, Madero había logrado conseguir el apoyo de una fuerza militar extra, comandada por el general a quien más confianza tenía, y que seguramente le infundía mucho mayor seguridad.

En el regreso a la capital no hubo percance alguno, ni para Madero ni para las tropas comandadas por Ángeles. En parte porque Zapata no quiso tomar parte en la revuelta, y partiendo del relato de la señora King, Ángeles había pactado ya una tregua con los zapatistas, misma que había cerrado enviándoles dinero que mucha falta hacía a éstos: “Descubrimos, sin embargo, que Ángeles había conseguido comunicarse con Zapata y también mandarle dinero, el cual siempre faltaba a los rebeldes, y que el caudillo había prometido no atacar a los rebeldes durante su regreso a la ciudad de México, ni a los hombres, mujeres y niños desvalidos que se habían quedado en Cuernavaca”.<sup>140</sup>

Aunado a la relación que Ángeles había logrado establecer con los rebeldes en Morelos, la eficacia del traslado de vuelta a la capital, tanto de sus tropas como del presidente, se debía a la disciplina que había logrado inculcar en sus tropas, que distaba mucho de la desorganización y el caos en que las encontró cuando arribó por vez primera al estado:<sup>141</sup> “el general Ángeles, militar de primer orden, militar de un tipo hasta hoy desconocido, en nuestro medio, hombre de talento y de completa cultura, reflejaba sus méritos en sus tropas que eran las mejor disciplinadas, y las más bien organizadas de todas las que estaban en campaña. En un momento pudo reunir su artillería y la parte más considerable del efectivo de

---

<sup>140</sup> *Ibíd.*, p. 92.

<sup>141</sup> Felipe Ángeles “Genovevo de la O” en Matute, *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, *op. cit.*, p. 25.

las otras armas, estando la noche del lunes diez en aptitud de emprender la marcha hacia la ciudad de México”.<sup>142</sup>

Una de las razones por las que Madero había partido a Cuernavaca tan intempestivamente era la necesidad de tener al mando de las tropas a un Jefe de confianza, misma que por las razones antes expuestas, no podía encontrar en Huerta. Las palabras de Bonilla demuestran la intención de Madero y la negativa de los altos mandos a prestar oídos a sus disposiciones: “Al regresar el señor Madero, lo primero que propuso, fue que el señor general Ángeles se encargara de realizar la línea de batalla para que preparara el asalto decisivo de la Ciudadela, y que se destituyera a Huerta colocándose a Ángeles como jefe [...] Empero, los señores ministros al discutir el asunto, hicieron observar que el general Ángeles era en realidad coronel, pues el senado no había comunicado aún su aprobación del ascenso, y en todo caso sólo podía colocarse como brigadier y de una antigüedad completamente reciente. Había en las fuerzas que combatían otros militares de más alta graduación o de la misma, pero de antigüedad mayor que el general Ángeles y temían que su susceptibilidad se lastimara si se les ponía como jefe a Ángeles, a quien muchos de ellos no querían porque le tenían envidia debido a su excepcional talento o simplemente porque nunca quiso participar de las pequeñas miserias de aquellos señores”.<sup>143</sup>

El respeto por las formas, más que por el fondo, seguía siendo un lastre del que el presidente no podía deshacerse. Pudo imponer su autoridad destituyendo a Huerta, en quien no tenía confianza alguna y colocar a Ángeles, pero el transgredir una ley histórica del ejército le pareció peor quebranto que el de salvaguardar su gobierno. Aunque no fue sólo su falta de voluntad la que impidió el nombramiento de Ángeles, su gabinete, que tomó la decisión final, se opuso también a dicho nombramiento, a sabiendas ya de la personalidad camaleónica de Huerta, demostrando con esto que sobre cualquier institución, política o social se

---

<sup>142</sup> Manuel Bonilla, *El Régimen Maderista*, en Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, op. cit., p. 43.

<sup>143</sup> *Ibíd.*, p. 44.

debía imponer, a su juicio, la militar. Era preferible para hombres como García Peña (Secretario de Guerra y Marina), dejar el mando de las tropas a un hombre con una reputación sumamente cuestionable pero de mayor jerarquía que a uno de menor grado a sabiendas de que este último había demostrado lealtad y capacidad para salvar al gobierno de la crisis en que se encontraba. La estructura jerárquica militar se anteponía en este caso al criterio más elemental.

La decisión de García Peña, producto posiblemente de las razones expuestas por Bonilla anteriormente, tuvo mayor repercusión de lo que a simple vista parece. No sólo se había negado a aceptar el nombramiento de Huerta; a pesar de que él mismo tenía dudas sobre él, dejó obrar a Madero abiertamente sin oponer, como su rango lo requería, resistencia alguna. También impidió que Ángeles, en quien Madero confiaba plenamente, se pusiera al mando de las tropas, respetando jerarquías antes que razones, sino que, como lo atestigua Torrea, encontró el valor que no tenía para negar el nombramiento de Huerta al desobedecer una orden directa del presidente, negándose a nombrar Jefe del Estado Mayor a Ángeles como el presidente lo había dispuesto: “La disposición para que el General Ángeles se encargara de su comisión fue comunicada de palabra por el Señor Presidente al General Ángel García Peña, Secretario de Guerra, y éste, en lugar de cumplimentar lo acordado, llamó al general Ángeles, subió con él a un automóvil y lo condujo al punto militar que estaba establecido en la esquina de la calle Colón, e imperativamente le ordenó permanecer allí y no separarse del lugar sin su previo consentimiento. Así fue desobedecida la orden del Señor presidente Madero”.<sup>144</sup>

El acenso de Ángeles fue rechazado por toda la jerarquía militar “fiel” a Madero, y como se observa en el relato de Juan Manuel Torrea, la posición que terminó por ocupar Ángeles, después de haber sido presentado por el presidente como la esperanza para rescatarlo de la crisis en la que ahora se encontraban, era, si no del todo insignificante en lo que se refiere a la incidencia que desde ella

---

<sup>144</sup> Torrea, *La Decena Trágica, op. cit.*, p. 204.

se podía tener en los acontecimientos, sí sumamente limitada ante las capacidades de Ángeles, quedando éste como encargado de una batería en posición en el Hotel Imperial en la avenida Reforma, con su cuartel general en el café Colón, al otro lado de la avenida bajo la jefatura de Guillermo Rubio Navarrete, coronel de artillería.<sup>145</sup>

Mientras el gabinete del presidente intentaba controlar la situación, el juego de intereses que protagonizaba Huerta comenzaba a tomar forma. Comenzaban a correr rumores, hasta cierto punto fundados, de una entrevista entre Huerta y Félix Díaz. Según las versiones de Enrique Zepeda y Luis Liceaga, el primero huertista, el segundo felicista, y que rescata Diego Arenas en su obra, Huerta había pactado una cita con Díaz en la pastelería El Globo, cita a la que no acudió Huerta sino uno de sus hombres, el coronel Guasque, según relata Zepeda. En esta cita, según el relato que hace Prida sobre la entrevista con Zepeda, se programó una reunión entre los nuevos artífices del golpe de Estado en la casa de Enrique Zepeda. En ella “quedaba convenido entre ambos jefes, el derrumbe del gobierno del señor Madero”.<sup>146</sup>

La traición de Huerta a Madero ha motivado un sinnúmero de interpretaciones que buscan encontrar la razón en todo el historial que a lo largo de su accidentada y conflictiva carrera fue forjando, desde que se encargó de resguardar a Porfirio Díaz hasta el puerto de Veracruz, donde se embarcaría en el Ipiranga para no volver, pasando por el breve pero efectivo (para su causa) interinato del presidente blanco en el que, por la correspondencia citada anteriormente, se reflejaban las desavenencias entre éste y Madero, hasta el sinnúmero de discordias que había encontrado con el grupo gobernante, que no le otorgaba el crédito que Huerta creía merecer, a pesar de encontrarse en ese momento en una situación privilegiada. Más allá de todas estas posibles razones, lo cierto es que Huerta, a

---

<sup>145</sup> Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, op. cit., p. 95.

<sup>146</sup> Arenas Guzmán, *Radiografía del Cuartelazo*, op. cit., p. 155.



semejanza del Fouché de Napoleón, buscaba acoplarse a las condiciones que, llegado el momento, le arrojaran mayores dividendos.

Si había entrado en arreglos con los sublevados antes de que éstos fracasaran en su intento de hacerse de Palacio Nacional, no se ha comprobado aún, pero lo cierto es que a medida que fue ganando jerarquía, utilizando como mejor le convenía la autoridad que se le había otorgado, Huerta logró colocarse en una situación que le permitía acabar rápidamente con los sublevados y ganarse con ello el prestigio del ejército y la nación, pero manteniendo el nivel militar que hasta entonces ocupaba, o, ya con el control absoluto de la situación, unirse a los insurrectos y obtener para sí el más alto puesto al que podía aspirar: la presidencia.

Asimismo, las relaciones que prevalecían entre Ángeles y Huerta estaban prácticamente rotas desde que el primero criticara la forma en la que, tanto Huerta como Casso y Robles, habían atacado el problema en Morelos, llegando a agravarlo más de lo que las circunstancias lo exigían. A esto se sumaba la simpatía que Madero había mostrado por Ángeles desde que este último llegara a encargarse del Colegio Militar, y que quedó completamente evidenciada cuando el presidente, en lugar de acudir a Huerta en busca de apoyo, se trasladó hasta Morelos en unas condiciones que sólo podía librar quien realmente tuviera necesidad de conseguir su objetivo a toda costa.

La presencia de Ángeles incomodaba profundamente a Huerta, quien no se sentía libre para maniobrar teniendo muy cerca de él a un hombre cuya lealtad a Madero no dejaba lugar a dudas. Juan Sánchez Azcona da cuenta de esto: “Desde el primer momento, Huerta había indicado al Presidente la conveniencia de llamar a México al Gral. Blanquet y a sus contingentes, que se hallaban en Toluca; la presencia de Ángeles en la capital desagradó hondamente al flamante comandante militar, quien al ver a don Felipe en los salones de Palacio Nacional no pudo contenerse de decirme a mi: ¿Qué le habrá visto el señor Presidente a

este “Napoleoncito” para haberlo traído tan súbitamente”. Huerta conocía perfectamente los sentimientos del Gral. Ángeles con respecto al gobierno del Presidente Madero, y como ya desde entonces se traía pringada la conciencia y ocupada en la incubación de siniestros planes, la presencia de Ángeles tan cerca de la persona y del aprecio del Presidente le estorbaban grandemente.”<sup>147</sup>

La labor militar de Ángeles durante el ataque a la Ciudadela estuvo, pues, sumamente condicionada por el limitado margen de acción que tenía para maniobrar, tomando en cuenta las querellas que éste tenía con los altos mandos y que no se restringían únicamente a Huerta, como se evidencia en la degradación que sufrió por el “leal” Ministro de Guerra y Marina, quien, desobedeciendo a Madero lo colocó bajo las órdenes de Rubio Navarrete. En el parte entregado por el coronel Rubio Navarrete al general en jefe se detalla la imposibilidad de dañar, desde su posición, la fortaleza de los insurrectos; las razones que expone son: “la falta de municiones con que contaba la artillería, que contaba únicamente con un cofre con sesenta granadas torpedos, la falta de comunicación telefónica y de observatorios que no permite emplear con eficacia las granadas de balas y la falta de una determinación precisa del sector de ataque, que provoca que la Artillería disemine sus fuegos, disminuyendo así su eficacia”.<sup>148</sup>

Torrea, haciéndose partícipe del informe entregado por Navarrete, deja entrever que el general Ángeles estaba al tanto de la situación antes explicada por Navarrete ante la que se mostró indiferente, sin ponerse a la tarea de maniobrar para que los errores fueran corregidos: “No es verdad que no haya habido tiempo para reflexionar que no se hacía lo que se debía y el Comandante General de Artillería lo expuso así y supe que en todo había estado de acuerdo el general Ángeles y el día 18, ante este parte, era el momento para que, dejando al General Huerta de Comandante Militar el propio Secretario hubiera asumido la dirección de

---

<sup>147</sup> Juan Azcona Sánchez, “Felipe Ángeles” en Gloria Sánchez Azcona, *Centenario del nacimiento de Juan Sánchez Azcona*, México, INEHRM, 1975, p. 119.

<sup>148</sup> Torrea, *La Decena Trágica*, *op. cit.*, p. 153.

las operaciones militares y quizá entonces pudiera haber cambiado los acontecimientos en su parte esencial”.<sup>149</sup>

La situación antes expuesta por Torrea se ha hecho eco en gran parte de los detractores de Ángeles, quienes lo acusan de no haber maniobrado correctamente la Artillería, haciéndose cómplice de aquellos que internamente y bajo las órdenes de Huerta jugaban a dañar al enemigo sin apenas tocarlo. Aunque Ángeles no se refirió expresamente a estas implícitas acusaciones de complicidad, Manuel Calero, quien fungiría como su abogado en el proceso que contra el general emprendió Huerta acusándolo de la muerte de un civil, y que en ese momento figuraba como Secretario de Relaciones Exteriores, relata en su obra *Un Decenio de Política Mexicana*, las razones por las que Ángeles no se decidió a tomar parte activa contra las maniobras que dentro del ejército se llevaban a cabo para evitar que fuera sabotada la operación militar, sin por eso justificarlas del todo.

“Algo sobre esta situación escandalosa me refirió Ud. en mi refugio de la Legación Británica durante esos días memorables. Después me ha dicho Ud. que por disciplina, por no parecer intrigante, no podía usted insistir demasiado con los señores del gobierno sobre que Huerta estaba conduciendo las operaciones contra la Ciudadela en forma de tal modo disparatada, que la conducta de aquél parecía más que sospechosa.”<sup>150</sup>

Calero considera que Ángeles se había contaminado del desaliento que en torno a los ministros del gobierno se respiraba, y que ante esto era imposible meter las manos al fuego por un gobierno que había demostrado no tener la capacidad de salvar la situación: “Ud. se contagió del fatalismo de los Ministros, no porque considerara difícil el problema militar, sino porque, sin sentirlo ni asentir en ello, se descorazonaba Ud. al observar que el Presidente no daba la talla que

---

<sup>149</sup> *Ibíd.*, p. 154.

<sup>150</sup> Manuel Calero, *Un Decenio de Política Mexicana*, México, Casa Editorial Lozano, 1920, p. 114.

correspondía al papel solemne que el destino le había preparado en esa crisis de nuestra historia. Usted comprendía que la sublevación de la Ciudadela entrañaba el retroceso más alarmante, la reacción pretoriana contra la libertad; pero también tenía Ud. que ver, quisiéralo o no, que el hombre en quien encarnaban las instituciones democráticas en peligro, era un desequilibrado sin ideas fijas, ni seriedad, ni espíritu de mando”.<sup>151</sup>

Las palabras de Calero dan cuenta de la inoperancia de Ángeles que él mismo reconoció durante los ataques a la Ciudadela, inoperancia que más que complicidad se debía en parte a la imposibilidad que había observado Ángeles en que el gobierno maderista lograra la salvación. El nulo espíritu de reacción mostrado en todos los niveles militares y políticos se había apoderado de Ángeles, y a sabiendas de la nulidad del daño que se le hacía al enemigo, prefirió someterse por éste, a reaccionar como Calero le recrimina y más adelante él mismo se lo exigió.

La otra razón que se refleja en el relato de Calero y en la misma personalidad de Ángeles fue todavía más influyente que el desánimo que le pudieron causar las circunstancias en las que se encontraba. La formación de Ángeles como miembro del Colegio Militar, misma que no debe pasar desapercibida, había marcado profundamente su personalidad. El simple hecho de pensar en insubordinarse a un superior era considerado por él como una traición que no podía permitirse. Posiblemente debió ser, como apuntan algunos, el compromiso con la patria y la amistad con Madero los que impulsaran en ese momento su espíritu y sus ideas, pero más allá de eso se encontraba el compromiso que Ángeles tenía con la institución que le había formado y de la cual en esos momentos era todavía director. El silencio de éste, que hablaba por sí mismo al aceptar servir bajo las órdenes de Navarrete, quien jerárquicamente era su igual, reflejaba el respeto a la jerarquía y a la institución que le habían sido profundamente arraigados en su etapa de estudiante.

---

<sup>151</sup> *Ibíd.*, p. 115.

Calero deja sobre la mesa un ejemplo de la imposibilidad que tenía Ángeles para maniobrar, al saberse atado por esas cadenas morales. “Recuerdo a este propósito que el Almirante von Hintze, Ministro de Alemania, visitó a Ud. en la línea de fuego y le preguntó, -como pasmo natural de un soldado prusiano- por qué disparaba Ud. “shrapnell” sobre los espesos muros de la ciudadela y por qué las tropas del gobierno no ocupaban los edificios inmediatos a la posición enemiga, sino que se dejaba que manzanas enteras, libres de rebeldes, se interpusieran entre éstos y las fuerzas leales. Usted replicó con acierto que no era el jefe de las operaciones y que, como subalterno, sólo obedecía las órdenes que se le daban, por mucho que las tuviera por insensatas; lo que dejó convencido al Almirante teutón de que el general en jefe era un inepto o un traidor y el gobierno que lo toleraba un cardumen de bobos o ciegos.”<sup>152</sup>

La actitud de Ángeles distaba mucho de ser la de un traidor. Su poca participación, como asegura Torrea, no se debió a que simpatizara con Huerta y sus huestes, algo que por todo lo visto anteriormente era imposible. El hecho de haber recibido la educación castrense le obligaba a ciertos sacrificios que algunos de los revolucionarios incorporados al gobierno maderista podían obviar, pero que él, que siempre se apegó completamente a las instituciones, sencillamente no podía. A pesar de eso, el mismo Ángeles reconocía haber podido intervenir más de lo que hizo para intentar salvar de la catástrofe al país y, con él, a Madero. “De ser cierta la respuesta de Ángeles al almirante que refiere Calero -y el contexto del momento indica que lo es-, la situación personal y la conducta del general amigo de Madero parecen lógicas, con esa lógica despiadada propia de la tragedia. Amarrado por la disciplina militar y la política del presidente, sus opiniones eran tan inofensivas como el shrapnell que tenía órdenes de disparar contra los muros de piedra sólida y más de un metro de espesor de la Ciudadela. “No parece intrigante”: la explicación resulta comprensible.”<sup>153</sup>

---

<sup>152</sup> *Ibidem*

<sup>153</sup> Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, op. cit., p. 107.

Otra grave falta se le recriminó a Ángeles durante la decena trágica, misma que sería utilizada por sus enemigos, particularmente por Obregón, para acusarlo de traición al gobierno maderista al ponerse de acuerdo con de la Barra para hacerse él del cargo de presidente. En su libro *Ocho mil kilómetros en campaña*, la segunda acusación que hace en contra del general Felipe Ángeles dice textualmente:

“Durante la “decena trágica”, haber retirado su artillería, que tenía emplazada frente a la legación inglesa para batir a la Ciudadela, por haber informado el fatídico León de la Barra -que se hallaba refugiado en la mencionada legación- que había el propósito de deponer al Presidente Madero, y que él, Ángeles, era el candidato más viable para sustituirlo.”<sup>154</sup>

Producto de una visita de Ángeles a la Legación Británica, con motivo de discutir con el embajador la posibilidad de mover la Artillería emplazada por éste frente al edificio de la embajada, León de la Barra, quien aprovechando la visita de Ángeles quiso entrevistarse con él para que éste interviniera con Madero y pudiese concretarse un acuerdo entre los felicistas y Madero. La narración que hace de la Barra a la prensa el día 14 de febrero deja claro, en principio, el móvil de la entrevista y las consecuencias de la misma.

“Anoche tuve en la legación de Inglaterra una conferencia con el señor general Ángeles, que había estado a ver al señor Stronge para tratar del cambio de colocación de unos cañones situados frente al edificio que ocupa la representación de Inglaterra. Hablé con el señor Ángeles y en el curso de la conversación se trató de la posibilidad de llegar al acuerdo ansiado por todos. El señor Ángeles transmitió al señor presidente Madero dicha conversación, y hoy en la mañana, a las diez, fue en automóvil el citado militar a mi domicilio actual [...]

---

<sup>154</sup> Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Cien de México, 2008, p. 453.

para suplicarme, en nombre del señor presidente, que me sirviera pasar a Palacio Nacional. En la entrevista, que fue bastante larga, quedé autorizado para hablar con los señores generales Díaz y Mondragón a efecto de que se concertara un armisticio y se nombraran dos comisionados de cada parte que estudiaran la forma de solucionar el conflicto”.<sup>155</sup>

La publicación de de la Barra en *El Imparcial* tenía, como bien lo apunta Billy, el objetivo de demostrar la debilidad del gobierno maderista que no estaba en condiciones de seguir haciendo frente a los acuartelados, por lo que, a diferencia de la actitud mostrada días antes, ahora se mostraba dispuesto a conferenciar con los sublevados.

La acusación hecha por Obregón, que se desprende de la publicación de de la Barra, fue aclarada algunos años después y casi de manera circunstancial. En un discurso pronunciado por Miguel Alessio Robles, éste acusó a de la Barra de haber intentado sumar a Ángeles a las filas del enemigo, aclaración que el mismo de la Barra pide sea desmentida por el general.

Aparece entonces un extenso artículo publicado en el diario *Vida Nueva* el 14 de abril de 1914, con el título “Rectificación Histórica”, en el que Ángeles aclara las acusaciones que en su contra meses después haría Obregón, y que, por otro lado, explica la “sospechosa” conversación entre Ángeles y el “presidente blanco”. A diferencia de algunos de los pasajes de su historia durante la Decena Trágica, los cuales sólo llegaron a conocerse indirecta y escuetamente, Ángeles decide aclarar lo sucedido en esta entrevista, que más allá de la “sospechosa conducta” mostrada al frente de la Artillería, la cual puede ser discutida y justificada como anteriormente se hizo, una entrevista con un declarado simpatizante de los golpistas ofreciéndole el cargo de presidente, ponía seriamente en riesgo su reputación.

---

<sup>155</sup> *El Imparcial*. 14 de febrero de 1913, Texto de la entrevista en *De cómo vino Huerta y cómo se fue...* en Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, op. cit., p. 113.

En su “rectificación” Ángeles aclara que: “El señor ministro inglés deseaba que se cambiara el emplazamiento de una batería que había yo mandado colocar en la colonia Cuauhtémoc, y para lograrlo me mandó suplicar que pasara yo a verlo a la Legación [...] El señor de la Barra, refugiado durante la Decena Trágica en la legación inglesa, al final de mi visita lamentó la situación por la que atravesábamos en la capital y dijo que él estimaba que su mediación entre el señor Madero y Félix Díaz sería muy eficaz y que creía que se podía llegar a una solución satisfactoria, siempre que las condiciones pedidas por Félix Díaz fueran decorosas para el gobierno”<sup>156</sup>

Después de convencer a Madero de entrevistarse con de la Barra, y pasada dicha entrevista, Ángeles es solicitado por de la Barra nuevamente en la Legación, y es entonces cuando se lleva a cabo la tan controvertida entrevista a la que se refieren Alessio Robles y Obregón, cada uno abordándola desde una perspectiva distinta.

“Me relató su entrevista con Félix y Manuel Mondragón. Es muy interesante lo que me dijo pero no lo escribiré aquí por dos razones: una que me callo y la otra porque deseo hacer corta esta rectificación. Luego, como teorizando, razonó del modo siguiente, usando casi las mismas palabras que emplearé: “Nuestra situación se puede resolver en dos casos, sea que no renuncie el señor presidente, sea que renuncie. Si no renuncia, la solución es más fácil. Si renunciara, como tenemos enfrente dos problemas, uno militar y el otro político, y como el militar es, con mucho, más importante que el político, el sucesor del señor Madero tiene que ser un general.”

“No tenemos ningún general que pueda ser presidente de la República”, dije interrumpiéndole. Y como el señor de la Barra se quedara callado, me pareció

---

<sup>156</sup> Felipe Ángeles, “Rectificación histórica”, periódico *Vida Nueva* del 16 de abril de 1914, en Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, *op. cit.*, p. 126.



necesario agregar: “entre nosotros, el más prestigiado, aunque indebidamente, es el señor general Huerta, y no creo que nadie pueda pensar en él como presidente de la República, porque sus malas costumbres bastan para inhabilitarlo [...] Sin embargo, pareció no hacer caso a mi objeción y continuó diciendo: “Ese general sucesor del Presidente tiene que ser un amigo del señor Madero, de toda su confianza y elegido por él mismo [...] Sentí que algo grave iba a pasar y esperé a que el señor de la Barra continuara; pero él apreció bien el estado de mi alma y detuvo ahí su labor.”<sup>157</sup>

Las palabras de Ángeles, aunque incompletas por las razones que decide callarse, son muy reveladoras, no sólo en lo que respecta a las acusaciones que en su contra vertieron sus enemigos, sin también a la situación en la que se encontraba en ese momento la capital. Las declaraciones publicadas por de la Barra, en las que menciona los resultados que tuvo la entrevista con Madero, salen a la luz el 14 de febrero de 1913, a seis días de iniciada la insurrección. Por lo que la entrevista devela y por la misma actitud de Ángeles, quien, como aclara en su “rectificación”, aceptó servir de mediador entre de la Barra y Madero, se comprende la desesperada posición en la que se sentía el presidente, misma que se reflejaba ya en la actitud de Ángeles, quien muy difícilmente se hubiera prestado en otras circunstancias a negociar con el enemigo.

La propuesta de de la Barra a Huerta, que evidentemente no provenía sólo de él sino que había sido consensuada antes con Félix Díaz, refleja cómo era muy difícil por el momento pensar en que Huerta fuera ya la cabeza de los sublevados. Díaz pretendía, como lo refiere de la Barra, que la transición se diese de manera distinta y que fuese Ángeles, el hombre del ejército más cercano a Madero, quien ayudase a acelerar la transición de poderes; es muy probable que esta actitud mostrada por Díaz y de la Barra fuese sólo un señuelo para que Ángeles abandonase a Madero; muy difícilmente podría creerse que tanto Díaz como de la Barra estuviesen dispuestos a ceder el poder a un hombre con las

---

<sup>157</sup> *Ibíd.*, p. 125.

características de Ángeles, quien a pesar de pertenecer al ejército no representaba de ninguna manera los intereses del grupo sublevado, pero que sin lugar a dudas sería de gran ayuda el tenerlo de su lado.

Para el día 15 de febrero, un día después de que fuera publicada la entrevista de de la Barra, en la embajada norteamericana comenzaban a tomar forma las soluciones que, quisiera o no, debería aceptar el presidente Madero para “bien” de la nación. Márquez Sterling da cuenta de la entrevista que sostuvo con Wilson en la que ya, sin recato alguno, el embajador estadounidense tildaba de loco a Madero y daba cuenta de la necesaria caída de su gobierno. “El presidente Madero –dijo con lentitud, está irremediabilmente perdido; y tal vez logremos los diplomáticos persuadirlo de su fatal destino [...] -¿Los diplomáticos?- le pregunté con sorpresa.-No, todos no, algunos [...] El embajador se puso en pie, como si un resorte, desde el techo, lo hubiera suspendido. “¡Oh, si el Presidente fuese un hombre cuerdo estaría solucionada la crisis! Pero [...] Ministro, no lo dude usted; ¡tratamos con un loco! Y de un loco no puede esperarse nada cuerdo”.

La actitud completamente descarada del embajador estadounidense llevó a Sterling a la conclusión de que: “La revolución no estaba ya en la Ciudadela sino en el espíritu de Mr. Wilson. Madero no tenía enfrente a Félix Díaz sino al representante del presidente Taft”.<sup>158</sup>

La participación de Wilson fue decisiva para impulsar el golpe dirigido por Victoriano Huerta. Tenía ya conversaciones con dicho general a la par con las que tenía con Félix Díaz, con los que buscaba llegar a un acuerdo para terminar de una vez por todas con el presidente “loco”. “Madero está irremisiblemente perdido. Su caída es cuestión de horas y depende sólo de un acuerdo que se está negociando entre Huerta y Félix Díaz.”<sup>159</sup>

---

<sup>158</sup> Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, op. cit., p. 405.

<sup>159</sup> *Ibíd.*, p. 416.

Wilson estaba consciente del abandono en el que se encontraba Madero y de la imposibilidad que éste tenía de resistir una alianza entre Huerta y Díaz. Al mismo tiempo, estaba consciente que de entre todos los militares de alto rango, el único que estaría dispuesto a quedarse con el presidente era Ángeles, de quien ni los enemigos dudaban de su honorabilidad. Las palabras de Wilson lo atestiguan: “El General Blanquet ha llegado de Toluca al frente de dos mil soldados y en él descansa Madero; mas Blanquet sólo esperaba el momento del golpe. El *loco*, apenas cuenta con la insignificante batería del General Ángeles y está dominado”.<sup>160</sup>

El día 17 de febrero la decisión de Wilson de terminar de una vez con el gobierno de Madero fue definitiva, y así se lo hizo saber a Alfredo Robles Domínguez: “Nuestros gobiernos están resueltos a favorecer el establecimiento de una dictadura militar en México, porque sólo ése es un gobierno fuerte”, afirma el embajador [...] Estoy procurando un entendimiento entre Félix Díaz y Huerta por conducto de de la Barra. Es preciso eliminar a Madero”.<sup>161</sup>

La decisión de aprehender a Madero y Pino Suárez y poner en su lugar a Huerta, instaurando con esto la dictadura militar tan anhelada por Wilson, había sido ya aceptada por todos los implicados en la judaica traición, y el 17 de febrero se llevan a cabo los preparativos para emprender dicha tarea:

“Desde el 16 de febrero, (Wilson) había intentado contactar directamente a Huerta. El general le contestó cada vez que no puede dejar el palacio. Durante dos días, en momentos diferentes, se han reunido en la embajada con él (Wilson) delegados de ambos campos para tratar de llegar a un acuerdo. Como base de negociación, él (Wilson) afirmó que un gobierno encabezado por de la Barra, Huerta y Díaz tendría siempre el apoyo de Estados Unidos. El senador Obregón,

---

<sup>160</sup> *Ibíd.*, p. 417.

<sup>161</sup> Arenas Guzmán, *Radiografía del cuartelazo*, op. cit., p. 158.

uno de los delegados le preguntó formalmente si, en caso de que se formara tal gobierno, Estados Unidos abandonaría sus planes de intervención; respondió a la pregunta por la afirmativa. Las tropas del general Blanquet evidentemente se han pasado del lado de Díaz, pero Blanquet está en Palacio Nacional. Piensa (Wilson) que después de las negociaciones celebradas ayer -17 de febrero- todo el asunto se puede resolver hoy -18 de febrero.”<sup>162</sup>

#### **4) La traición más dolorosa. El Ejército abandona a Madero**

El día 18 por la tarde, mientras el presidente sostenía una reunión con Federico González Garza, gobernador del Distrito Federal, el vicepresidente y los ministros Pedro Lascuráin, Rafael Hernández, Manuel Velázquez Tagle, Manuel Bonilla y Ernesto Madero en el salón de acuerdos de la presidencia, entró intempestivamente el coronel Teodoro Jiménez Riveroll, e intentó tomar preso a Madero, quien se resistió y fue defendido por Gustavo Garmendia quien disparó de muerte a Riveroll. También quedó muerto en la reyerta Marcos Hernández, primo del presidente, quien con su cuerpo le protegió, cayendo al instante fulminado.

Salieron todos en busca del auxilio del general Blanquet de quien esperaban adhesión a la causa maderista, pero grande fue su sorpresa al ver que en vista del fracaso de Riveroll, fue éste quien tomó preso al presidente y a sus ministros. “El General Blanquet se interpone. Su batallón 27 sólo a él reconoce, sólo su voz escucha, sólo su mando respeta; y poniendo el revólver al pecho del Apóstol, le intima la rendición: “Señor, es usted mi prisionero [...] -¡Traidor!- contesta con la mirada encendida el Presidente. -¡Ríndase, ríndase!-insiste Blanquet; y toda resistencia es ya inútil. El gobernador del Distrito y los ministros

---

<sup>162</sup> Friedrich Katz, *La Guerra Secreta en México*, en Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, *op. cit.* p. 146.

estaban ya presos, apiñados en un garitón. A Madero lo encerró Blanquet en las oficinas de la Comandancia Militar [...] El Ministro Bonilla pudo fugarse”.<sup>163</sup>

Mientras todo esto acontecía en Palacio Nacional, Huerta tendía una trampa a Gustavo Madero, hermano del presidente, que en toda la trágica decena fue uno de los hombres más activos y quien más esfuerzos hizo para evitar el fracaso de la causa de su hermano. Su resistencia y valentía fueron cruelmente castigadas por sus enemigos y Huerta, junto con Félix Díaz se hicieron partícipes de una de las muertes más trágicas de nuestra historia.

Ese mismo día, Ángeles fue llamado para conferenciar con Huerta; el primero, sin saber aún la suerte que habían corrido Madero y Pino Suárez, acudió desprovisto de cualquier tipo de precaución.

La entrevista que sostuvieron Huerta y Ángeles fue, como lo narra el ministro chileno que la presencié, aparentemente muy distante de todo lo que a su alrededor ocurría, y que reproduzco aquí entera por su importancia. La inquina y el odio que ambos hombres sentían entre sí no se manifestó en la entrevista que ambos sostuvieron; la conversación se realizó en un ambiente de cordialidad y respeto :

“Presencié enseguida la conferencia entre el general Huerta y el general Ángeles, que fue extremadamente cordial. El general Huerta dijo a Ángeles: “Contra usted general no hay nada, sólo que usted tiene muchos enemigos, porque vale mucho. Todos tenemos enemigos; los tengo yo y también muchos otros, pero usted tiene más que ninguno porque, como le digo, vale mucho. Está usted en libertad. Aunque yo había pensado darle una comisión, ahora he resuelto yo que vaya usted a hacerse cargo de la dirección del Colegio Militar. El presidente, señor Madero, el vicepresidente y sus familias salen esta tarde para Veracruz donde se embarcarán para el extranjero. Usted también irá, al mando de

---

<sup>163</sup> Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, op. cit., p. 463.

la escolta del tren. Llegado a Veracruz, si el presidente quiere que usted siga con él, deja la escolta en Veracruz y continúa con el presidente. Si éste no quiere llevarlo, vuelve usted a México con la escolta y va a hacerse cargo de la dirección del Colegio Militar”.

Siguió entre ellos una conversación muy amistosa, durante la cual el general Ángeles manifestó al general Huerta el deseo de que se le diera más bien alguna comisión en el extranjero, pero el señor Huerta dijo que, por el momento, no sabía qué comisión darle, que eso se estudiaría después. El general Ángeles dijo además que, debiendo acompañar al presidente hasta Veracruz y, si éste lo quería, hasta el extranjero, necesitaba ir a su casa a despedirse de su familia y traer ropa, porque no podía ir con la que llevaba puesta [...] A todo accedió el general Huerta y al despedirse abrazó efusivamente a Ángeles y le dijo “Vaya a ponerse a las órdenes del general Blanquet, comandante militar de la plaza”, lo que Ángeles hizo enseguida, dirigiéndose a la comandancia militar acompañado del general Garza”.<sup>164</sup>

La entrevista rescatada por el ministro de Chile en México da cuenta del grado de frialdad con el que Huerta asumía los acontecimientos. No pretendía de ninguna manera dejar en libertad a Ángeles, en quien veía a un enemigo en potencia y de quien esperaba, como se observará posteriormente, que pudiera, “abusando” de su libertad, ponerse al mando de los pocos fieles al maderismo que se encontraban en el ejército y arremeter en contra del gobierno usurpador.

Como relata en sus memorias el ministro de Chile, inmediatamente después de salir Ángeles de la entrevista con Huerta, Pedro Lascuráin se le acercó para que le acompañara a la comandancia en busca de Ángeles, quien sería apresado al desconfiar Huerta de sus palabras cuando éste mencionó ir a recoger ropa a su casa y despedirse de su familia. Huerta temía la rebelión de Ángeles y comisionó

---

<sup>164</sup> Sol Serrano (compilación e introducción), *La diplomacia chilena y la Revolución mexicana*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. SER. México. 1968. p. 74. Katz, “Felipe Ángeles...” *op. cit.*, p. 29.

a Blanquet, quien tenía ahora en su poder a Ángeles, fuese éste apresado y llevado junto con Madero y Pino Suárez. Hevia Riquelme narra cómo después de conferenciar Ángeles con Blanquet, éste se les acercó y les manifestó que en la conversación que había tenido con el citado general, se había quedado con la convicción de que sería fusilado.<sup>165</sup>

Posiblemente Huerta había considerado desde antes de que Ángeles saliera hacia su casa, la necesidad de mantenerlo preso junto con Madero y Pino Suárez. Vistas las relaciones que existían entre ellos y la conocida simpatía de “ese Napoleoncito” por el presidente, no es arriesgado pensar que su encarcelamiento estaba previsto desde antes de que fuese enviado con Blanquet, ya que, como la historia misma demostró, las promesas que Huerta hizo a Ángeles sobre su futuro inmediato y el de los señores Madero y Pino Suárez, estaban muy lejos de ser reales.

Fue en las circunstancias que acabamos de referir en las que se buscó nuevamente culpar a Ángeles de una posible confabulación con los golpistas o en menor grado, pero también con un objetivo inquisitorio, de poder haber resistido con sus hombres en lugar de haberse dejado atrapar tan fácilmente. Mena Brito es nuevamente quien se hace eco de todas las faltas que se recriminaron a Ángeles durante la defensa de La Ciudadela, y acude a Calixto Maldonado para justificar dicha acusación.

“Nos encontrábamos en el Hotel Casa Blanca cuando se nos informó que acababan de ser traicionados y aprehendidos los señores Madero y Pino Suárez. A iniciativa del doctor Cámara Vales nos distribuimos trabajos de investigación y, a ser posible, de alguna defensa acertada; fuimos comisionados el doctor Patrón Correa y yo, para entrevistar al general Felipe Ángeles, que tenía su cuartel general en el hoy edificio del Hotel Imperial, esquina de las calles de Lucerna y Paseo de la Reforma; allí lo encontramos, le dimos la noticia que él no conocía

---

<sup>165</sup> *Ibídem*

aún, al menos así nos lo dijo, y lo requerimos, como connotado maderista y amigo personal del señor Madero, para que tomase algunas providencias insinuándole que bien podía irse sobre Palacio Nacional y caer sobre los traidores, pero se limitó a contestarnos: “Yo soy subordinado del general Huerta, véanlo a él para que me ordene lo conducente, yo no puedo hacer nada porque no soy el jefe de la Guarnición de la plaza, sino de la Artillería y como tal tengo que recibir órdenes de los superiores jerárquicos”.<sup>166</sup>

El testimonio de Calixto Maldonado es desmentido a su vez por el que presenta Sánchez Azcona, quien en su artículo sobre Felipe Ángeles, publicado en *El Universal* el 3 de diciembre de 1937, asegura que en el momento en que lograron evadir el arresto en Palacio Nacional, se dirigieron a buscar a Ángeles, quien no pudo haberse enterado del arresto de Madero y Pino Suárez por haber sido llamado a “recibir órdenes” a Palacio Nacional casi inmediatamente después de que los antes citados fueran puestos bajo arresto; así lo refiere Azcona: “Al sobrevenir la traición de Huerta y ser aprehendido el Presidente, pudimos escapar a duras penas de Palacio Nacional, donde nos encontrábamos el licenciado Jesús Urueta, el capitán Gustavo Garmendia y yo, quienes sin vacilar, acudimos al sector al mando de Ángeles (Paseo de la Reforma, con cuartel en el hotel Imperial) para informarle de lo que acababa de acontecer y pedir su acción para intervenir en lo posible, pero ya el Gral. Ángeles había sido llamado por Huerta, quien lo aprehendió, y sólo pudimos hablar con el entonces coronel Miguel Bernard, quien vive aún y puede atestiguarlo”.<sup>167</sup>

Cervantes confirma con otros testimonios, entre los que se encuentra el del mismo Bernard, la versión de las palabras de Azcona: “El señor licenciado Federico González Garza también nos refirió cómo Garmendia escapó por los corredores que conducen al patio de la Secretaría de Guerra y es indudable que

---

<sup>166</sup> Calixto Maldonado, “Los asesinatos del señor Madero y Pino Suárez”, en Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal, op. cit.*, p. 57.

<sup>167</sup> Azcona Sánchez, “Felipe Ángeles” *op. cit.*, p. 119.



corrió presurosamente en busca del general Ángeles sin encontrarlo, pues solamente habló con el teniente coronel Bernard cuando Ángeles ya había salido.

“Finalmente, el señor general Joaquín Casarín nos refirió años después, que él y el entonces capitán Federico Montes fueron también a buscar al general Ángeles momentos después de la aprehensión del señor Madero, y se enteraron de que Ángeles había acudido, llamado al Palacio Nacional, *ignorando lo que había sucedido...* No hace muchos años que el general Bernard, hombre circunspecto y honorable, confirmó que buscaban al general Ángeles, *cuando ya había salido* con destino al Palacio, en su cuartel general, donde Bernard había quedado”.<sup>168</sup>

Un último testimonio inclina la balanza de un solo lado al confirmar las versiones de Azcona, Garmendia y Bernard. Vito Alessio Robles, quien no fue testigo presencial de los acontecimientos, hace un análisis objetivo de las circunstancias en las que se produjo la supuesta entrevista relatada por Maldonado y desmiente la posibilidad de la misma: “En el texto de su testimonio incurre en cuatro errores notorios: 1º) El cuartel general de Ángeles nunca estuvo establecido en el edificio del hotel Imperial. El 18 de febrero, fecha de la aprehensión de los señores Madero, Pino Suárez y Ángeles, dicho cuartel general se encontraba en los sótanos de la casa del señor ingeniero Manuel Stampa, en la colonia Cuauhtémoc, esquina de las calles de Amazonas y Lerma. 2) El edificio del hotel Imperial se encontraba y se encuentra en la esquina del Paseo de la Reforma y de la Avenida Morelos. 3) Ángeles nunca fue jefe de la Artillería durante la Decena Trágica y por tanto no pudo asegurar tal cosa a sus interlocutores [...] 4) Antes de que fuesen aprehendidos los señores Madero y Pino Suárez, el general Ángeles fue llamado al Palacio Nacional de parte de Victoriano Huerta y en la parte del centro fue capturado por oficiales del 29º Batallón.”<sup>169</sup>

---

<sup>168</sup> Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución*, *op. cit.*, p. 72.

<sup>169</sup> Vito Alessio Robles, “Las calumnias contra el general Ángeles” en Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, *op. cit.*, p. 224.

Los testimonios antes citados, tanto el que presenta Mena Brito como el que, a su vez, presenta Cervantes, al que se suma el de Azcona y el de Vito Alessio, dan sólo una idea de lo que pudo acontecer. El silencio de Ángeles sobre el tema vuelve a ser aquí determinante, dada la imposibilidad de esclarecer esta interrogante en la que principalmente sus detractores aseguran pudo salvar al país y al presidente de la catástrofe.

El 19 de febrero, un día después de haberse realizado el arresto del presidente, el vicepresidente, y el único miembro del ejército que pudo representar un obstáculo en los arreglos a los que habían llegado Díaz, Wilson y Huerta, estaban en prisión y con vida aún, dada la negativa de Madero a firmar su renuncia. Madero no pudo sostener por mucho su resistencia a firmar la renuncia a sabiendas de que nada se podía hacer para revertir la situación. Nuevamente confió en las promesas de Huerta que le aseguraban respetar su vida y la de su familia, así como un exilio digno en Cuba, mismo que el embajador cubano en México, Márquez Sterling estaba preparando ya. El tercer punto de la dimisión firmada por Madero y Pino Suárez sentenciaba que: “El mismo señor Madero, junto con su hermano Gustavo (quien para ese momento había sido asesinado ya por las hordas felicistas), el Licenciado Pino Suárez y el General Ángeles, todos con sus respectivas familias, serían conducidos, esa misma noche del día 19, y en condiciones de completa seguridad, en un tren especial, a Veracruz, para embarcar, en seguida al extranjero”.<sup>170</sup>

Demasiado halagadoras sonaban las promesas hechas por Huerta, y nuevamente la excesiva confianza de Madero en los hombres, o la imposibilidad de poder reaccionar ante tales circunstancias, le obligaron a firmar su renuncia, firmando con esto también su sentencia de muerte.

El general Ángeles estaba muy lejos de compartir la esperanza de Madero de poder salir vivos de semejante trance. Juan Manuel Torrea narra cómo el día

---

<sup>170</sup> Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, op. cit., p. 489.

20, Ángeles acudió a él esperando conocer el futuro que le deparaba tanto a él como a Madero y Pino Suárez. “Hacía un buen rato que estaba cerca del salón de la Intendencia del Palacio Nacional, en donde se encontraban los señores Madero, Pino Suárez y Ángeles, cuando uno de los soldados de la guardia encargado de su vigilancia vino a mí para decirme que el General Ángeles deseaba hablar conmigo. En el acto fui a verlo para ver qué deseaba y entonces él me preguntó entre otras cosas, si yo sabía qué pensaba Huerta hacer con él, a lo que le contesté, como era la verdad que no lo sabía, pero que mientras yo estuviera de servicio y cerca de él o de sus compañeros en prisión, no permitiría que fueran objetos de ningún atentado”<sup>171</sup>

Las palabras de Torrea dan muestra del presentimiento que Ángeles tenía sobre un posible atentado en contra de su vida y la de sus compañeros. Le pidió entonces el general a Torrea no se separase del salón, evitando aunque fuese sólo momentáneamente, cualquier atentado contra sus vidas. “...Ángeles me expresó su vehemente deseo de que yo no me separara del salón, y que me quedara toda la noche ahí, deseo que hicieron suyo tanto el señor Madero, como Pino Suárez, quienes se enteraron de la conversación por estar muy cerca de nosotros”.<sup>172</sup>

A pesar de la notoria preocupación de Ángeles por su vida y la de sus compañeros en prisión, existía aún la esperanza de salir con vida de las garras de Huerta. Márquez Sterling, quien acompañó a los prisioneros durante la noche del 20, da cuenta de ello, particularmente de la actitud de Ángeles, quien sin mostrar la desazón que por dentro buscaba reprimir, daba muestras de tranquilidad, a sabiendas del fatídico destino que le esperaba a él y a sus compañeros: “El ambiente era franco. Nada hacía presentir la catástrofe. Echado en un sofá. El General Ángeles sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido; alto, delgado, sereno; ojos grandes, expresivos; fisonomía inteligente; y finas maneras.

---

<sup>171</sup> Torrea, *La Decena Trágica*, op. cit., p. 139.

<sup>172</sup> *Ibídem*

Cuando le dieron orden de volverse contra Madero se negó a obedecer. Acababa de cambiarse la ropa de campaña por el traje de paisano. Y era el único, de todos los presentes, que no fiaba la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después me decía, con su lenguaje militar, ante la sospecha de un horrible desenlace: *-A don Pancho lo truenan...*<sup>173</sup>

El día 19 de febrero se terminó de construir la tragedia. Las esperanzas puestas en la palabra de Huerta, quien pudo todavía condicionar Madero con la firma de su renuncia, de un momento a otro y por un descuido fatídico terminaron por desmoronarse. Lascuráin había entregado la renuncia del presidente al congreso antes de que éste saliera hacia Veracruz. La fatídica noticia enviada por Ernesto, tío del presidente fue recibida por los detenidos con evidente contrariedad. Se intentó detener a Lascuráin antes de que también firmase su renuncia a favor de Huerta pero era ya demasiado tarde. El único atisbo de esperanza que existía en aquel salón de Palacio Nacional se esfumó tan rápidamente que apenas hubo tiempo para que los presentes asimilaran el viraje tan radical que acababan de dar los acontecimientos. “¡Todo estaba ya resuelto y decidido! Momentos antes, Huerta, Presidente Provisional, había entrado en Palacio con los honores “de su alta investidura”. Fue el último informe que nos trajo don Ernesto disimulando su profunda angustia [...] Flaqueaba el optimismo de Madero; Pino Suárez, temía un atentado si yo los dejase, aquella noche, solos; y Ángeles opinó que no saldrían vivos del fatídico trance.”<sup>174</sup>

La noche del 20 se respiraba en aquel salón una mezcla de tristeza y resignación. Madero seguía pendiente de la vida de su hermano Gustavo, del cual no tenía noticia aún y no había sido informado por Márquez Sterling por miedo a contrariar más el espíritu sensible del presidente. Ángeles buscaba asimilar la traición de la que habían sido víctimas así como el funesto destino que creía le esperaba a él junto con sus compañeros y Pino Suárez; aferrado todavía a la vida,

---

<sup>173</sup> Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, op. cit., p. 496.

<sup>174</sup> *Ibíd.*, p. 504.

consideraba que era imposible que se las arrebatasen tan pérfidamente, considerando las implicaciones políticas que esto traería al gobierno de Huerta. Poco conocía al hombre que ahora con el poder “legalmente” en sus manos, con el reconocimiento de los Estados Unidos que le garantizaría Wilson, se sentía libre de disponer a su gusto de los presos, de quienes no esperaba ya nada. Pino Suárez, con una visión más política que la de Ángeles, sabía que de éste no podrían prescindir tan fácilmente como de él y Madero.

“Al General Ángeles –murmuró- no se atreverán a tocarle. El Ejército lo quiere, porque vale mucho y, además, porque fue maestro de sus oficiales. Huerta peca por astucia, y no disgustará, fusilándolo, al único apoyo de su gobierno. En cuanto a nosotros, ¿verdad que parecemos en capilla? Sin embargo, lo que peligra es nuestra libertad, no nuestra existencia. Nuestra renuncia impuesta provoca la revolución; asesinarlos equivale a decretar la anarquía. Yo no creo, como el señor Madero, que el pueblo derroque a los traidores, para rescatar a sus legítimos mandatarios. Lo que el pueblo no consentirá es que nos fusilen. Carece de la educación cívica necesaria para lo primero. Le sobran coraje y pujanza para lo segundo”.<sup>175</sup>

Cuán cargadas de verdad y de premonición estaban las palabras de Pino Suárez. Su visión ahora le permitía vislumbrar un panorama en el que saldría con vida, pero sus detractores no tenían tan atinado entendimiento de la política que les permitiera prever el fin de su trágica puesta en escena si arrebataban la vida de las autoridades a quienes el pueblo había conferido democráticamente la responsabilidad de gobernar.

Sobre lo ocurrido la noche del 22 de febrero en que fueron muertos el presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez, el testimonio de Ángeles despeja cualquier duda, ya que se llegó a insinuar la

---

<sup>175</sup> *Ibíd.*, p. 615.

posibilidad de que sus compañeros de celda hubieran sido asesinados dentro del Palacio.

“Transcurrieron veinte minutos y de improviso iluminóse la habitación. Un oficial, llamado Chicarro penetró con el Mayor Francisco Cárdenas, y dijo: “Señores, levántense”. Alarmado pregunté: “Y esto ¿qué es? ¿A dónde piensan llevarnos?”.

Chicarro entregaría los presos a Cárdenas; y ambos esquivaron el contestar con precisión. Pero, Ángeles, insistió con tono imperativo de General a subalterno:

-Vamos, digan ustedes, ¿qué es esto?

–Los llevaremos afuera [...] -balbuceó Chicarro. –A la Penitenciaría [...] A ellos, a usted no, General.

-Entonces, ¿van a dormir allá?

Cárdenas movió la cabeza afirmativamente.

-¿Y cómo no se ha ordenado que trasladen la ropa y las camas?

Los oficiales procuraban evadir las respuestas. Al fin, Cárdenas gruñó:

-Mandaremos a buscarlos después...

Pino Suárez, ya en pie, se vestía con ligereza. Madero, incorporándose violentamente, hizo esta pregunta:

-¿Por qué no me avisaron antes?

-La frazada había revuelto los cabellos y la negra barba de *don Pancho*-añade Ángeles –y su fisonomía me pareció alterada. Observé huella de lágrimas en su rostro. Pero, en el acto, recobró su habitual aspecto, resignado a la suerte que le tocara: insuperables el valor y la entereza de su alma. Pino Suárez pasó al cuarto de la guardia, en donde le registraron minuciosamente. Quiso regresar y el centinela se lo impidió: “¡Atrás!...” *Don Pancho*, sentado en su catre, cambiaba conmigo sus últimas palabras...

*Ángeles* (a los oficiales):-¿Voy yo también?

*Cárdenas*.-No, General; usted se queda aquí. Es la orden que tenemos.

El presidente abrazó a su fiel amigo. Y cuando los dos mártires caminaban hacia el patio, entre bayonetas, Pino Suárez advirtió que no se había despedido de Ángeles. Y, desde lejos, agitando la mano sobre las cabezas de la indiferente soldadesca, gritó:

-Adiós, mi General...

Dos automóviles los llevaron por camino extraviado. “En la penitenciaría- dice Ángeles- algunos presos, de quienes a poco fui compañero, escucharon doce o catorce balazos, disparados sucesivamente...”<sup>176</sup>

El parte oficial del suceso, publicado por la prensa oficial justificaba la muerte del presidente y el vicepresidente de la siguiente manera: “En virtud del acuerdo tomado por el Consejo de ministros el Presidente de la República dispuso que los señores Madero y Pino Suárez, fueran trasladados, con buena escolta, a la Penitenciaría en donde ocuparían las celdas 42 y 102 de la crujía de los reos políticos... Los autos, en vertiginosa carrera, lograron llegar hasta la última calle de Lecumberri, muy cerca de la Penitenciaría, recibiendo una descarga cerrada que provenía de las bocacalles derechas. El fuego arreció y cuando los rurales, acosados por las balas enemigas, ocultaban sus cuerpos tras los autos, los prisioneros de un salto pretendieron huir, cayendo instantáneamente muertos, pues sus cuerpos quedaron perforados por las balas de ambos contendientes”<sup>177</sup>

Esta versión de los hechos, como el mismo Berlanga afirma: “era una falsa alarma, un cuento chino, para despistar a los incautos, ocultando en esa forma la verdad real de aquél funesto crimen”<sup>178</sup>

La muerte de Madero y Pino Suárez puso fin al mal ejecutado intento de reorganizar al país buscando con esto una revolución real en todos los sentidos, que permitiera sembrar la semilla de la democracia en el país y, por consiguiente,

---

<sup>176</sup> *Ibíd.*, pp. 571-572.

<sup>177</sup> Francisco de P. Berlanga, “Así fueron asesinados Madero y Pino Suárez”, *La Prensa*, 22 de febrero de 1957.

<sup>178</sup> *Ibídem*

recoger los frutos que a la postre arrojaría. Se logró apartar del control político a la antigua aristocracia, pero la labor se hizo sólo a medias. Algunos de los grupos sociales que había compuesto el movimiento revolucionario maderista se vieron también decepcionados con la política del presidente, que no atinó a encontrar solidez política en el poco tiempo que tuvo para reorganizar al país.

La política de Madero había fracasado, y esto lo pagaba con su vida y la de los miles de hombres que perecerían en los más de diez años que llevó reorganizar al país. No se le puede achacar completamente la culpa, como algunos han querido hacer, a un hombre que por su personalidad y sus convicciones era muy difícil que lograra realizar una verdadera revolución en el país. Es necesario comprender su participación como parte de un proceso histórico en el que estuvieron implicados un sinnúmero de intereses con los que no podía lidiar un solo hombre. Su gestión como presidente dejaría grabada en la historia nacional una lección que ya pocos podrían olvidar. La revolución, si se realiza, como antes explica Cabrera, no puede dejar las cosas a medias, debe significar una transformación profunda y estructural, y si se hace a medias; sólo garantiza su derrota y hace inútil cualquier intento por reanimarla. Madero había dejado la herida abierta y la gangrena comenzaba a respirarse en el país; Huerta era ahora el presidente y comenzaba con esto a resentirse en el país la política porfirista que le había caracterizado durante sus últimos años de gobierno.

Sólo uno de los tres hombres que representaba aún el ideal maderista quedaba con vida. Ángeles no había sido conducido al paredón como sus compañeros de celda y salvó la vida por razones que todavía siguen produciendo en la historia un sinnúmero de interrogantes. La decisión de Huerta con respecto a la vida del general Ángeles fue más difícil de tomar, pudiendo correr la misma suerte que Madero, aunque dicha decisión hubiera traído consigo serias consecuencias para la estabilidad del “nuevo gobierno”. Ángeles era muy querido dentro del ejército y representaba todavía como persona a una institución de la que habían egresado gran parte de los hombres que ahora se encontraban sublevados. La



conclusión a la que Pino Suárez llegó y le transmitió a Sterling era la más acertada al respecto, y Calero coincidía también en este sentido: “Ángeles era no sólo fiel a la persona del Presidente, sino el prototipo del honor militar. Yo creo, y conmigo muchos otros, que Huerta respetó la vida de Ángeles por temor al movimiento de indignación que el asesinato de éste habría provocado en el ejército.”

A pesar de eso, la sangre fría mostrada por Huerta al decidir el asesinato de Madero y Pino Suárez evidenciaba que no sería por escrúpulos o por miedo por lo que guardaría la vida de Ángeles; otros factores, que se estudiarán con mayor profundidad en el siguiente apartado, como la descarada intromisión del embajador estadounidense y de algunas personas con evidente influencia política como Manuel Calero a favor del general, serían claves para que Ángeles saliese con vida de tan fatídico trance.

Sin embargo, y todavía después de su muerte, sus detractores no dejarían de recordar que Ángeles pudo haber hecho más durante los diez días trágicos. Le acusaron, como mencionamos líneas atrás, de haber evitado lastimar realmente al enemigo uniéndose a la pérfida labor de Huerta, algo que ya en su momento fue invalidado y a lo que el mismo Huerta haría referencia años después, demostrando la imposibilidad de que Ángeles se uniera a los golpistas. “Para lograr mi último golpe sólo necesitaba de un Jefe con mando de fuerzas que me ayudara. No me convenía utilizar a Delgado ni a Romero: éste había sospechado algo y el primero era maderista; y a Ángeles no podía darle ni una orden, pues ya me había desobedecido y hasta intentó bombardear la Ciudadela, sin orden mía, desobedeciéndome.”<sup>179</sup>

Y si bien es cierto, como el mismo Ángeles reconoce, que pudo haber advertido a Madero sobre la mentira que se estaba gestando dentro del ejército, algo que muchos ya habían intentado, entre ellos su hermano, Gustavo y a

---

<sup>179</sup> Victoriano Huerta, *Mis Cómplices*, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Querétaro, Senado de la República, SEP, 1986, p. 438.

quienes no había querido escuchar, el mismo Ángeles no estaba convencido del todo y, seguramente, a pesar de haberle hecho saber al presidente lo que creía estaba pasando, el empecinamiento de Madero se hubiera impuesto. “Es muy dudoso que si le hubiera comunicado sus sospechas acerca de Huerta, el presidente lo hubiera escuchado. Después de todo, desoyó el consejo de su propio hermano Gustavo, quien había encontrado pruebas de una conferencia secreta entre Huerta y Félix Díaz, y había conducido a Huerta ante el presidente a punta de pistola; aun así, Madero confió en las propuestas de inocencia de Huerta y sus promesas de tomar la Ciudadela en veinticuatro horas [...] Fue a fin de cuentas la confianza casi ciega de Madero en los jefes del Ejército Federal lo que acabó con él.”<sup>180</sup>

---

<sup>180</sup> Katz, “Felipe Ángeles...” *op. cit.*, p. 35.

## EPÍLOGO

La muerte de Madero y Pino Suárez representó un cambio significativo en la conducta de Ángeles para con la institución que le había formado. La traición orquestada por los altos mandos del ejército federal transformó radicalmente la fidelidad y el compromiso que éste tenía hacia dicha institución.

Apenas dos días después de la muerte de Madero y Pino Suárez, y ya con el nombramiento de Victoriano Huerta como presidente interino, Ángeles es excarcelado. El 24 de febrero de 1913 causa baja como director del Colegio Militar y es cesado como jefe de la 7ª Zona Militar. Se expide un oficio en el que se le envía como agregado militar de la Legación Mexicana en Bélgica, mismo que es anulado apenas seis días después.

“Como director del Plantel, de 2 de junio de 1914 a 24 de febrero de 1913, nombrándosele Agregado Militar a legación de México en Bélgica a cuya comisión no llegó a incorporarse, por orden librada en contrario el 2 de Marzo”<sup>181</sup>

Al quedar sin efecto la orden en la que se le comisionaba como agregado militar en Bélgica, Ángeles pasa a la categoría de “Sueños”. Durante este período que va de del 2 de marzo al 5 de abril en el que se le dicta auto de formal prisión por “delitos de violencia contra personas en general”, se refugiaría en la Ciudad de México a la espera de poder abandonar el país, a sabiendas del peligro que representaba para el nuevo gobierno.

---

<sup>181</sup> AHDN, Cancelados, expediente Felipe Ángeles, f. 213.

Rosa King, narra las vicisitudes que debió atravesar en la Ciudad de México para poder dar con el paradero de Ángeles. Al encontrarse éste refugiado y teniendo extremadas precauciones, muy pocos testimonios, exceptuando el de la señora King, pueden dar luz sobre lo que pensaba hacer Ángeles dado el impacto que había sufrido producto de los recientes acontecimientos.

“La tarea resultó muy complicada. Ángeles se había escondido para escapar con vida. De hecho, con la ciudad llena de espías y francotiradores huertistas, que desde los tejados dispensaban a sus enemigos infalibles balas “perdidas”, Ángeles estaba menos seguro libre que encerrado en la cárcel, donde no podía disimularse quién ordenaba las ejecuciones. Por esta razón, los amigos de Ángeles que conocían su escondite fingían ignorarlo”<sup>182</sup>

La situación en la que encontró la señora King a Ángeles es suficientemente reveladora en cuanto al difícil trance tanto moral como ideológico que sufría el sensible espíritu del general.

“Nunca olvidaré el sufrimiento en el rostro de Ángeles cuando se asomó cautelosamente por una pequeña ventana. Parecía haber envejecido años desde el día en que semanas atrás nos despedimos en Cuernavaca”<sup>183</sup>

El relato de Ángeles a la señora King se tornó entonces hacía lo sucedido durante la Decena Trágica; la impresión seguía demasiado viva en él y la desesperanza se reflejaba en cada una de sus palabras.

“-La traición- dijo Ángeles-, eso fue lo que acabó con la buena fe de un amigo. Una cosa es señora King, enfrentar a un enemigo; pero hacer frente a los pistoleros de...¡amigos!...Trate de imaginar, señora, el momento en que a punto de hacer fuego sobre la Ciudadela descubrí que alguien a escondidas, había destruido la mira de mi cañón. ¡Y pobres de Castillo y sus hombres! Huerta los

---

<sup>182</sup> King, Rosa. *Tempestad sobre México*. Óp. Cit. p 95.

<sup>183</sup> *Ibíd*em

mandó a la esquina de Balderas y Morelos, donde sabía que iban a volarlos a pedazos...¡Dios nos perdone a todos lo que hemos hecho en esta ciudad!. Al menos usted, señora, sabe que yo hice mi parte sólo por salvar a mi amado jefe. Y ahora él está muerto. Y Huerta...¡Huerta!, ocupa su lugar.”<sup>184</sup>

Las últimas palabras de Ángeles sobre sus impresiones de lo acontecido en la Ciudadela, quedarían como una premonición de lo que sería su futuro en la revolución. “Esta vez los francotiradores no me cazarán. ¡Voy a vivir para regresar!”<sup>185</sup>

El 1º de abril, se decidió abrir un proceso contra el general Felipe Ángeles. Francisco Medina Garduño había denunciado a Felipe Ángeles acusándolo de haber ordenado el fusilamiento de su hijo. Durante la refriega había sido muerto el joven por intentar sublevar a un batallón de la brigada de Ángeles. Las palabras de Manuel Calero, quien entonces fungiría como su abogado, dejaban claro que si bien era cierto el hecho de que el joven había intentado poner en su contra a un batallón, éste nunca dio la orden de que fuese pasado por las armas.

“Durante los días del pronunciamiento de la Ciudadela, un joven de honorable familia, ardoroso “felicista”, trató de sublevar a un batallón de la brigada mandada por Ángeles. El batallón se hallaba al frente del enemigo, en la línea de fuego, y el joven corruptor, aprehendido in fraganti, habría sido fusilado en presencia de la tropa, si la bondad de Ángeles no hubiera repugnado este acto terrible, pero legítimo de rigor. El joven murió después trágicamente y sus familiares denunciaron el hecho a la autoridad militar.”<sup>186</sup>

La razón por la que Huerta pretendía mantener bajo estrecha vigilancia a Ángeles era desde su punto de vista del todo justificada; Ángeles seguía representando un bastión del maderismo y dentro del ejército su fama no había

---

<sup>184</sup> *Ibíd*em

<sup>185</sup> *Ibíd*em

<sup>186</sup> Calero, *Un decenio de política mexicana, op. cit.*, p. 225.

aminorado. Es posible, y no sería pretencioso suponerlo, que Huerta buscara, con una acusación poco creíble, mantener a Ángeles alejado de la vida pública, evitando así cualquier posible reacción dentro del seno del ejército en contra de su ilegítimo gobierno.

El motivo que había llevado a Huerta a poner tras las rejas, según él mismo, es que Ángeles estaba más seguro en la cárcel que fuera de ella. “Huerta me había dicho que como Ángeles “tenía muchos enemigos” era preferible, para su seguridad, que permaneciera indefinidamente en la cárcel y que el proceso siguiera abierto, también indefinidamente, a pesar de que las investigaciones del juez instructor sólo daban resultados negativos”<sup>187</sup>

Después de un tortuoso proceso que tuvo a cuatro distintos jueces de causa, se decidió poner en libertad al general Ángeles por disposición del gobierno, suspendiendo “los efectos de la orden de proceder en esta causa...por cuyo motivo se ha ordenado sea puesto desde luego en libertad”<sup>188</sup>

En torno al encarcelamiento de Ángeles después de la Decena Trágica y su posterior liberación, se han vertido varias opiniones en las que se busca relacionarlo con el huertismo, arguyendo a la razón por la que fue liberado con una supuesta comisión de éste en Europa. Para uno de sus críticos más mordaces, Mena Brito, la razón que le había dado Huerta a Calero, que por “su seguridad” se encontraba en prisión, era completamente justificable, buscando éste relacionarlo de alguna forma con el usurpador. “Esta forma de tratar al general Ángeles es la que acostumbra a seguir el general Huerta con sus enemigos políticos? ¿Es la misma que siguió con todos aquellos que quería nulificar o con aquellos de

---

<sup>187</sup> *Ibíd.*, p. 226.

<sup>188</sup> AHSRE. Fondo Manuel Calero, vol. 1, libro 6, discurso del 10 de mayo de 1913. pp. 154-59 en Gilly, “¿Y de mis caballos qué?” en Gilly Adolfo, *Felipe Ángeles en la Revolución, op. cit.*, p. 63.

quienes tenía sospechas?... Seguramente que el general Ángeles gozaba de algún privilegio y éste lo aprovechaba bien en todas ocasiones”.<sup>189</sup>

Calero da una versión radicalmente distinta a la interrogante del porqué Ángeles terminó en prisión y no ejecutado como sus compañeros. “Ahora que Ángeles ha muerto puedo decir que a mí me debió su libertad y que todas las maniobras que produjeron ese resultado fueron obras exclusivamente mías, sin que Ángeles tomara parte en ello, ni se lo exigiera cosa alguna, ni mucho menos promesas solemnes. Lo de la comisión en Europa fue una farsa, un mero expediente para cubrir una fórmula de las leyes militares, pues Ángeles era puesto en libertad estando sujeto a proceso. Al comisionado no se le dieron instrucciones, ni se le fijó lugar de residencia, ni se le impusieron obligaciones determinadas. Por último no se le dieron recursos para salir de la República, siendo necesario que yo, personalmente, proporcionara el valor de los pasajes de Ángeles y su familia de la ciudad de México a París”<sup>190</sup>

Friedrich Katz argumenta la prisión de Ángeles y su posterior liberación desde otro punto de vista y con argumentos, que sin lugar a dudas, tenían un peso significativo.

El propósito de Huerta al encarcelar a Ángeles era, a juicio de Katz: “aplicarle la misma táctica que a Villa: demorar el proceso, para mantenerlo en prisión indefinidamente”<sup>191</sup>. Aunado a eso contaba con el apoyo de dos hombres de singular importancia en la política huertista a cuyas opiniones no se podía dar simplemente oídos sordos. “El más poderoso era el Embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, que no planteó objeciones cuando Huerta ejecutó a Madero pero se opuso terminantemente a toda posible represalia contra Ángeles. Otro protector poderoso era el político conservador Manuel Calero, que se hizo cargo de su defensa. No sólo tenía una gran influencia entre los conservadores

---

<sup>189</sup> Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, op. cit., p. 112.

<sup>190</sup> Calero, *Un decenio de política mexicana*, op. cit., p. 226.

<sup>191</sup> Katz, *Pancho Villa*, op. cit., p. 319.

mexicanos, sino que mantenía estrechos vínculos con la más grande de las compañías petroleras estadounidenses que operaban en México, la Mexican, Petroleum Company.”<sup>192</sup>

La razón del apoyo brindado por estos dos hombres era muy distinta a la que podría aseverar Mena Brito. “Ambos pensaban que ganarse la simpatía y el apoyo de un militar influyente como Ángeles, les sería muy útil. Estas presiones convencieron a Huerta de suspender el proceso y enviar a Ángeles fuera del país, bajo la cobertura de una misión de investigación militar”<sup>193</sup>

Finalmente, y sin dejar de tomar en cuenta el proceso por el que atravesó Ángeles antes de dejar el país, podemos servirnos de la historia para reconocer el verdadero incentivo de Ángeles ante el golpe huertista. Es cierto que la razón de que le perdonara la vida pudo ser causante de polémica entre sus biógrafos, pero sin lugar a dudas el argumento que en este caso más peso tiene, es el hecho de que después de pasar algunos meses en el exilio, Ángeles haya regresado a incorporarse a las filas del ejército revolucionario, poniéndose a las ordenes de Venustiano Carranza.

Ángeles saldría del país dos días después de haber sido puesto en libertad. El 31 de julio se embarcaría junto con su familia en el vapor *Antonina* dando fin con esto a su participación en el primer período revolucionario que había terminado, sin lugar a dudas, de manera fatídica para él y para el país entero.

---

<sup>192</sup> *Ibídem*

<sup>193</sup> *Ibídem*



## CONCLUSIÓN

La participación de Ángeles en la Revolución Mexicana debe ser comprendida y estudiada situando a éste en el plano histórico en el que le correspondió participar. Las turbulencias que en dicho proceso existieron fueron, evidentemente, determinantes en su personalidad, y si buscamos darle explicación a su intervención en cada uno de los episodios por los que atravesó durante la revolución sin tomar en cuenta las condiciones en las que se encontraba, estaríamos, sin lugar a dudas, cometiendo una arbitrariedad histórica. Situar al personaje en su contexto será la única forma de comprender a cabalidad cada una de sus acciones.

La evolución de Ángeles desde su partida de Zacualtipán, impregnado de las ideas que su padre le inculcó, dentro de las que sobresalía el patriotismo y el apego a la institucionalidad, continuaría y se solidificaría con su ingreso al Colegio Militar.

El Colegio Militar fue para Ángeles más que una institución de carácter educativo; en ella forjó su espíritu y su personalidad. Sus primeros años le valieron reconocimientos, sobre todo de carácter académico, y el hecho de que siendo todavía estudiante comenzara a dar clases reflejó su pasión vocacional por la academia. Al concluir su etapa formativa dentro del Colegio era ya un militar reconocido y respetado tanto por sus compañeros de profesión como por las autoridades de dicha institución.

A diferencia de muchos de sus compañeros de profesión y de algunos de los altos mandos dentro del Colegio, Ángeles se caracterizó en principio por una fidelidad absoluta al Ejército y a todo lo que éste representaba. Este compromiso ciego con el ideal que se había forjado, le valió enemistades dentro de la alta jerarquía militar, lo que a la postre terminó determinando su salida temporal del ejército, siendo enviado a Francia a continuar allá su preparación.

Ángeles se convirtió en uno de los militares académicos más destacados en nuestro país. Su conocimiento, particularmente en artillería, era cualitativamente valorado por sus compañeros y superiores, y evidentemente se sabía de la potencialidad que dicho conocimiento tenía y de las ventajas que se tendrían al contar con él. Pero no fue esto suficiente para hacer desaparecer la desconfianza que sobre él sus superiores tenían. Al darse a conocer el levantamiento del ejército revolucionario comandado por Madero, Ángeles solicita volver al país, y sin tomar en cuenta las condiciones tan críticas en las que se encontraba el ejército federal, se hace caso omiso a su petición.

Ángeles volvería, finalmente, al triunfar la revolución maderista, y sería nombrado casi a la inmediatez, director del Colegio Militar. La amistad entre Madero y Ángeles sería factor en la nueva concepción que Ángeles se forjaba de la realidad nacional e internacional, y al mismo tiempo, de las transformaciones que dicha realidad demandaba. Madero compartía con Ángeles su afición por la modernidad, había sido educado también en Francia, y su concepción de la realidad y la historia misma, concordaba en muchos aspectos con la del general. La simpatía entre estos dos hombres debe ser comprendida en este sentido. Ángeles, que antes de viajar a Francia no tenía otro objetivo que servir a la institución que le había dado no sólo una profesión sino una forma de vida en sí, ahora lograba, gracias a la instrucción recibida en un país en el que la revolución cultural, militar y científica se sentía a flor de piel, y a la concordancia ideológica encontrada con Madero, concebir su papel histórico de una forma distinta.

Al regresar Ángeles de Francia, su pensamiento había dado un giro radical; ya no era sólo un académico militar; se había empapado a su vez de una ideología que sin estar todavía del todo estructurada, le permitía comprender su papel y el del ejército de una manera distinta. Aunque ya había, años atrás, buscado transformar cualitativamente la formación de los alumnos dentro del Colegio, ahora tenía, como se observó en las políticas aplicadas como director del Colegio Militar, una visión más objetiva de las reformas sobre todo de carácter educativo que a su juicio, debían seguir los estudiantes. Comprendió que una educación puramente técnica era insuficiente y que los estudiantes debían, al mismo tiempo, formarse como profesionales más humanistas.

La campaña a la que fue comisionado en el estado de Morelos terminó por solidificar esta concepción humanista, que se reflejó en la transformación cualitativa de la estrategia con la que se había acometido la rebelión zapatista. Muchas fueron las críticas que recibió por ello, sobre todo entre la alta jerarquía militar con la que fue también él duramente crítico. Ángeles había dado muestras de compromiso al gobierno maderista y la confianza que en él depositó Madero lo convertirían en uno de los hombres fundamentales en el proyecto político del presidente.

El golpe de Estado fraguado por Félix Díaz y Bernardo Reyes truncó definitivamente el proyecto que tanto Ángeles como Madero habían concebido, demostró la frágil estructura del nuevo gobierno, y la lucha de intereses que en él se manifestaron terminó por decantar la victoria a favor del viejo grupo porfirista liderado por Victoriano Huerta. Los críticos de Ángeles han señalado, y con algo de razón como él mismo reconoció posteriormente, que su papel debió ser más activo y eficaz durante la Decena Trágica, aunque evidentemente, y como se señala en la investigación, las condiciones en las que se encontraba situado Ángeles al estallar el golpe de Estado le tenían hasta cierto punto imposibilitado.

Sin duda alguna, el haber sido partícipe de la traición del ejército al gobierno legítimo transformó fundamentalmente la posición de Ángeles ante dicha institución. Comprendió que más allá de la fidelidad que el ejército le debía al país, dentro de él se anteponían los intereses personales y hasta cierto punto ideológicos de un grupo de hombres que buscaban restaurar a como diese lugar, el viejo y caduco sistema de gobierno. Los asesinatos de Madero y Pino Suárez eran sólo la manifestación de un problema estructural.

La participación de Ángeles en el primer gobierno emanado de la revolución definió su participación en el proceso revolucionario que de él se desprendió. Su acercamiento a las clases populares, la comprensión de las carencias de las que era víctima el pueblo, así como la desmitificación que del Ejército sufrió al comprender el grado de descomposición que en él existía produjeron, sin lugar a dudas, una transformación en su personalidad y en la concepción que de la realidad social tenía.

La personalidad y la ideología que en Ángeles se forjó a raíz de su participación en el primer gobierno emanado de la revolución no podía compararse con ninguno de los dos grupos a los que había pertenecido. Con el ejército lo distanciaba fundamentalmente el aspecto ideológico y político; Ángeles comprendía la necesidad de renovar dicha institución mientras que gran parte de sus compañeros de profesión buscaban restaurar, con el apoyo de los grandes potentados del país, el viejo sistema porfirista en el que sus privilegios pudiesen mantenerse intactos. Por otro lado, no era tampoco un revolucionario emanado directamente del pueblo; a diferencia de Zapata y Villa, Ángeles no se había incorporado al gobierno maderista abanderando la causa popular; la transformación que él concebía para el país iba más allá de resolver las demandas inmediatas de los grupos sociales a los que representaban los caudillos antes citados. Aunque les daba un papel protagónico en su proyecto de país, consideraba la mejora de sus condiciones como consecuencia de un cambio

social y político radical, del cual México todavía estaba muy lejos, situación que terminaría por comprender cabalmente ya adentrado en la lucha de facciones.

La participación del general Ángeles en la primera etapa de la revolución mexicana debe ser, pues, comprendida por la ambivalencia que en su personalidad existía. La condición que le caracterizó al haber sido formado en las filas del Ejército, así como su acercamiento al proceso revolucionario a través del maderismo, forjaron a un revolucionario con características muy peculiares, mismas que deben ser consideradas si se quiere comprender su participación en el proceso revolucionario que continuó después de la caída del proyecto maderista.

“Quien quiera entender a Ángeles y su destino debe interpretarlo bajo el signo de la ambivalencia que domina su existencia, ambivalencia dentro de la cual quiso resolver el conflicto entre sus aspiraciones y su visión universalista de la vida, las exigencias pragmáticas impuestas por las circunstancias y las situaciones a lo largo de la Revolución”.<sup>194</sup>

Un ciclo se cerraba en la vida de Ángeles con la caída del maderismo. Su primera incursión en el proceso revolucionario, de la mano del presidente Madero había, sin lugar a dudas, marcado la personalidad y la ideología del General. Pocos hombres de los que se unieron más adelante contra el gobierno del usurpador Victoriano Huerta mantuvieron vivo el ideal maderista, mientras Ángeles lo enarboló como bandera durante todo el proceso revolucionario. Lo acaecido a inicios de la segunda década del siglo XX cambiaría radicalmente a Ángeles; sus principios y su fidelidad absoluta al Ejército, si no desaparecerían del todo, sí se transformarían cualitativamente; ya no era ésta, para él, la gran institución inmaculada que conoció en su infancia; conocía ahora la descomposición que se había gestado en su interior y contra ésta lucharía ahora del lado de la Revolución.

---

<sup>194</sup> Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 2013, p.182.

La transformación que la revolución maderista produjo en el espíritu del general Ángeles lo marcaría de manera definitiva; la ambivalencia que su espíritu sufrió produjeron a un revolucionario muy particular, cuyos ideales no se llegarían a sentir, ni a divulgar, como los de aquellos que estuvieron siempre en primera fila durante la Revolución, pero que, sin lugar a dudas, quedarían escritos con tinta indeleble en los anales de la historia.

## FUENTES

### 1. Archivo

Archivo Militar de la Defensa Nacional, expediente del general Felipe Ángeles.

Fondo Francisco L. Urquiza. Archivo Histórico de la UNAM.

Archivo Histórico de Francisco I. Madero. Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

### 2. Publicaciones periódicas

*El Ahuizote*. noviembre 23 de 1912.

*El Diario*. Felipe Ángeles “Importante a la sociedad mexicana y a los oficiales del ejército”. México. abril 13 de 1908.

*El Diario*. México. agosto 14 de 1912.

*El Imparcial*. junio 18 de 1911.

*El País*. México. febrero 01 de 1912.

*El País*. México. 31 de 1912.

*La Prensa*. México. febrero 08 de 1912.

*Nueva Era*. agosto 25 de 1912.

*Regeneración*. enero 07 de 1905.

### 3. Bibliografía

Alessio Robles, Miguel. *Historia Política de la Revolución*. México. INEHRM. 1985.

Ángeles, Manuel. (comp). *General Felipe Ángeles, su glorificación*. México. 1944.

Ángeles Contreras, Jesús. *El verdadero Felipe Ángeles*. México. UAEH. 1992.

----- *Felipe Ángeles: su vida y su obra*. Pachuca. UAEH, 1996.

Ángeles Felipe. *Teoría del Tiro*. México. Talleres del Departamento del Estado Mayor. 1908.

Arenas Guzmán, Diego. *Radiografía del Cuartelazo 1912-1913*. México. INEHRM. 2013.

Ávila Espinosa, Felipe. *Entre el porfiriato y la Revolución*. México. UNAM. 2005.

----- *Los orígenes del zapatismo*. México. El Colegio de México. UNAM. 2003.

Azcona Sánchez, Juan. "Felipe Ángeles" en: Azcona Sánchez, Gloria. *Centenario del nacimiento de Juan Sánchez Azcona*. México. INEHRM. 1975.

Calero, Manuel. *Un Decenio de Política Mexicana*. México. Casa Editorial Lozano. 1920.



Cervantes Federico. *Felipe Ángeles en la Revolución (Biografía, 1869-1919)*. México. Colección Biografías Conmemorativas. 1964.

----- *Francisco Villa y la Revolución*. México. INEHRM. 2000.

Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana. *Felipe Ángeles*. INEHRM. 1985.

Córdova Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana*. México. ERA. 1975.

Dublán Manuel y Lozano José María. *Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*. Arreglada por los licenciados Adolfo Dublán y Adalberto Esteva. México. 1908.

*Entrevista Díaz-Creelman*. Traducción Julio del Campo. México. Cuadernos del Instituto de Historia. UNAM. 1963.

Garner, Paul. *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*. México. Planeta. 2010.

Gilly, Adolfo. *Cada quien morirá por su lado*. México. ERA. 2013.

----- (compilador). *Felipe Ángeles en la Revolución*. México. ERA. 2008.

-----, *La Revolución Interrumpida*. México. ERA. 2014.

Guilpain Peuliard Odile. *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*. México. FCE. 2013.

Guzmán, Martín Luis. *Febrero de 1913*. México. Planeta. 2014.

Hernández, Begoña. *Huelga de Cananea*. Serie de Cuadernos Conmemorativos. México. INEHRM. 1985.

Huerta, Victoriano. *Mis cómplices en: Así fue la Revolución Mexicana*. Senado de la República. Querétaro. SEP. 1986.

Katz, Friedrich. *Pancho Villa*. México. ERA. 1936.

----- *La guerra secreta en México, Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana*. México. ERA. 1982.

Krauze, Enrique. *Entre el ángel y el fierro, Francisco Villa*. México. FCE. 1987.

King E, Rosa. *Tempestad sobre México*. México. CNPCA. 1998.

L. Urquiza, Francisco. *Recuerdo que...* México. INEHRM. 1985.

Lorenzo Monterrubio, Carmen. "El origen hidalguense de Felipe Ángeles" en *Felipe Ángeles, trabajos del foro nacional en Hidalgo*. Oaxaca. Colección Bicentenario. Oaxaca.

Madero I, Francisco. *La sucesión presidencial de 1910*. México. Época. 2005.

Magaña, Gildardo. *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. TI. México. INEHRM. 1985.

Matute, Álvaro. *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*. México. Domés. 1982.

Manuel Torrea Juan. *La Decena Trágica*. Academia Nacional de Historia y Geografía. México. 1963.

Márquez Sterling, Manuel. *Los últimos días del presidente Madero*. México. INEHRM. 2013.

Mena Brito, Bernardino. *Felipe Ángeles, federal*. México. Herrerías. 1936.

----- *El lugarteniente gris de Pancho Villa. (Felipe Ángeles)*. México. Artes Gráficas Mexicanas. 1938.

Obregón, Álvaro. *Ocho mil kilómetros en campaña*. México. Cien de México. 1920.

Osorio Rubén. *Tomóchic en llamas*. México. CNCA. 1995.

Petricioli Ortiz José. *La tragedia del 7 de enero*. México. Secretaría del Trabajo y Previsión social. 1986

*Revista del Ejército y Marina*. “Efectos del tiro de tiempos”, “Curso de regla de cálculo Manheim”, “Citas”, “Más citas”, “Nuevas citas”. México. Departamento del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra. Artículos publicados entre 1906-1908.

Sánchez Rojas, Luis Ignacio. “La educación en el ejército porfiriano 1900-1910” en *Revista Tzintzun*. Morelia nº 54. diciembre. 2011.

Silva Herzog, Jesús. *Breve Historia de la Revolución Mexicana*. México. FCE. 1962.

Suárez del Solar, María. *Francisco I, Madero. Antología*. México. INEHRM. 1987.

Torrea, Juan Manuel. *La decena trágica, apuntes para la historia del ejército mexicano, la asonada militar de 1913*. México. Ediciones Joloco. 1939.

Urrea Blas. *Obras Políticas*. México. INEHRM. 1985.

Valadés, José C. *La Revolución Mexicana*. México. Quesada Brandi. 1963.

Womack Jr, John. *Zapata y la Revolución mexicana*. Buenos Aires. S.XXI. 1974.